A vertical stained glass window on the left side of the cover. At the top is a circular medallion containing a seated figure in a yellow robe. Below this are two tall, narrow Gothic-style windows. The left window has a blue background with yellow and white floral motifs. The right window has a red background with white and yellow floral motifs.

UNA POSIBILIDAD
Y UNA ACTITUD:
“QUE TÚ TE REALICES”

Introducción a la espiritualidad
del Maestro Eckhart

J. AMANDO ROBLES

**Una posibilidad y una actitud:
“Que tú te realices”**

*Introducción a la espiritualidad
del Maestro Eckhart (1260-1328)*

J. Amando Robles

© J. Amando Robles

© Una posibilidad y una actitud: “Que tú te realices”. Introducción
a la espiritualidad del Maestro Eckhart (1260-1328)

Imagen de la portada: Vidrieras de la Catedral de León.

ISBN Libro en papel: 978-84-685-7553-7

ISBN eBook en PDF: 978-84-685-7554-4

Impreso en España

Editado por Bubok Publishing S.L

«¿Pero qué es esta oscuridad, cómo se llama? ¿Cuál es su nombre?»—. Sólo podríamos llamarla una posibilidad y una actitud, que sin embargo no carecen de esta realidad que sólo tiene esto como contenido: que tú te realices.»

(Maestro Eckhart, *Del nacimiento eterno*¹)

«De la misma forma, en la Unidad se encuentra a Dios y aquel que debe encontrar a Dios debe convertirse en la unidad. (...) En lo que implica diferencia, no se encuentra ni Unidad, ni Ser, ni Dios, ni descanso, ni felicidad, ni satisfacción. ¡Se es unidad, a fin de poder encontrar a Dios!»

(Maestro Eckhart, *Del hombre noble*²)

1 En: *Obras escogidas*, Edicomunicación, Barcelona 1998. p.109.

2 En: *Ibidem.*, p.26..

ÍNDICE

Introducción	9
ESPIRITUALIDAD DE UN ATRACTIVO ESPECIAL	15
Una espiritualidad experiencial	16
Una espiritualidad humana	18
Una propuesta racional laica	19
Un lenguaje transgresor y provocador	20
Un discurso espiritual	21
Dos discursos bien diferentes: Tomás de Aquino y Maestro Eckhart	22
Una espiritualidad no creencial	23
Espiritualidad de gran calidad	25
<i>En su concepción del alma</i>	26
<i>En su concepción de la pobreza</i>	27
Espiritualidad y propuesta sin concesiones	27
Exigente pero posible	28
Una actitud y posibilidad: “que tú te realices”	28
DATOS BIOGRÁFICOS MÁS IMPORTANTES DEL MAESTRO ECKHART	30
SER HUMANO, COSAS, DIOS. UNA PRIMERA APROXIMACIÓN	38
El hombre noble o interior	38
Criaturas y cosas	46
Dios (<i>Gott</i>) y Deidad (<i>Gotttheit</i>)	49
UNIDAD EN LA UNIDAD, Y EN LA UNIDAD, LA UNIDAD ETERNAMENTE	53
La unidad, ser y ley gravitacional de todo	53
La unidad en el alma y del alma	56
La unidad en Dios	65
PADRE, HIJO Y ALMA, UNA SOLA UNIDAD. TEOLOGÍA ECKHARTIANA DE LA UNIDAD	72
Padre, Hijo y alma (hombre), la misma y sola unidad	72
Unidad engendrada y engendradora	76
Una teología no superada	79

DEL NACIMIENTO ETERNO	82
Algunas precisiones previas	82
Nacimiento temporal y nacimiento eterno, un solo y mismo nacimiento	84
¿Dónde y cómo se efectúa el nacimiento?	85
Lo que hay que hacer	88
 EL DESASIMIENTO O CONDICIÓN HUMANA SUPREMA PARA LOGRAR LA UNIDAD	 97
Algunas notas preliminares	97
Virtud suprema	100
Virtud divina, el desasimiento inmóvil	103
Desasidos y libres	110
La pobreza como exigencia del desasimiento	115
 SU VISIÓN DEL SER HUMANO O ANTROPOLOGÍA	 125
Imposible la espiritualidad sin antropología adecuada	125
Antropología del Maestro Eckhart	127
El ser humano y su dimensión no-dual	130
Sin distinción con Dios	132
¿Por qué no somos sabios?	136
Actuando libres del espacio y del tiempo, sin porqué ni diferenciación	137
 ESPIRITUALIDAD DEL SER Y DEL COMPRENDER	 144
Espiritualidad del ser sobre espiritualidad del hacer	144
Realizados, ecuanímes, bien posicionados.. ..	149
 OBRAS CITADAS DEL MAESTRO ECKHART	 155

SIGLAS

- DD, *Tratado Del desasimiento* (citado por la edición Meister Eckhart, *Obras alemanas*)
- DNE, *Del nacimiento eterno* (citado por la edición Maestro Eckhart, *Obras escogidas*)
- LCD, *Libro del consuelo divino* (citado por la edición Maestro Eckhart, *Obras escogidas*)
- PI, *Pláticas instructivas* (citado por la edición por Meister Eckhart, *Obras alemanas*)
- THN, *Tratado Del hombre noble* (citado por la edición Maestro Eckhart, *Obras escogidas*)

Introducción

Ya va para siete años que escribí *Hombre y mujer de conocimiento*, un pequeño libro que gustó bastante, planteando la espiritualidad laica, no religiosa, que personalmente creí encontrar en las famosas “enseñanzas” de don Juan Matus y Carlos Castaneda. Fue entonces cuando una amiga, secundada de inmediato por varios compañeros de trabajo, me propuso hacer algo parecido con la espiritualidad del Maestro Eckhart. La idea me pareció tan buena que inmediatamente acepté. Sin duda que mi amiga lo hacía pensando en la calidad de la espiritualidad eckhartiana, que ambos ya conocíamos y que por su riqueza bien merece ser puesta al alcance de los hombres y mujeres de hoy. Pero yo lo acepté sobre todo por la convicción profunda que ya entonces tenía de que la espiritualidad del Maestro Eckhart es también, en el fondo, una espiritualidad laica y como tal muy apropiada para los hombres y mujeres de hoy, que rehúyen, y con razón, lo religioso como mítico. ¿De hecho no es así como lo vienen leyendo estudiosos hinduistas y budistas? Y lo leen bien. Una espiritualidad laica y, como tal, muy adecuada para la sociedad y cultura de conocimiento que estamos construyendo. Y este es el propósito del presente libro, también introductorio y pequeño: mostrar al lector que la espiritualidad del Maestro Eckhart, de por

sí ya famosa por su gran calidad, en el fondo es una espiritualidad laica, ponerla en valor como una espiritualidad muy pertinente para hoy aunque en su forma y contenidos sea tan religiosa, e inducir al lector a la lectura personal de los sermones y pequeños tratados del Maestro.

Es cierto que en principio toda espiritualidad, auténtica y verdadera, es actual, es decir, se puede leer desde hoy, como es el caso de la espiritualidad del Maestro Eckhart, y ello por más que pertenezca al pasado y la cultura en la que viene expresada sea eminentemente religiosa, con creencias y dogmas que nosotros ya no podemos aceptar, o si no religiosa, expresada en una cultura y visión de mundo que ya no son las nuestras. Es lo mismo que sucede en el arte, y aún más. Nosotros podemos admirar y admiramos obras de arte como auténticas creaciones que son, es decir, podemos tener un conocimiento impactante de ellas, independientemente de qué tiempo y cultura sean, con siglos e incluso milenios de distancia temporal entre ellas y nosotros, y ello sin tener que hacer propia la visión de mundo y creencias que las pueblan. Porque distinguimos formas de contenido estético, e incluso formas y contenido estético de la creación propiamente tal que supone toda obra de arte. Formas y contenidos son de un tiempo, lo que hay en ellas de creación trasciende el tiempo, pertenece a una especie de eterno presente humano, que se caracteriza pues por una cierta atemporalidad.

Algo así, pero de manera aún más trascendente y sutil, es lo que sucede con la espiritualidad. Esta, acontecida, por no decir creada también, trasciende verdaderamente el tiempo. Su tiempo es el ahora eterno, un ahora que permanece aún más allá de las expresiones, en el fondo temporales por culturales, que tiene que utilizar cuando se expresa. Por ello, cuando siglos y aún milenios después, al traspasar las expresiones nos encontramos con ese ahora atemporal, eterno, lo estamos captando como lo que es, algo verdaderamente actual. El tiempo pasa por las formas, pero no por la espiritualidad en tanto realidad y experiencia. Esta, cuando es verdaderamente tal, sigue siendo tan actual como cuando fue

vivida y expresada en el pasado. Es literalmente actual, porque es atemporal. Es cuestión de leerla y aprehenderla trascendiendo su temporalidad expresiva, su forma cultural. Esto es lo que hace que toda espiritualidad sea actual y la podamos captar como tal, no importando el lenguaje religioso o cultural en el que haya sido expresada y en el que venga culturalmente envuelta.

Pero cuando decimos que la espiritualidad del Maestro Eckhart en el fondo es laica, y por ello especialmente actual, sin negar lo que acabamos de decir, nos estamos refiriendo a una cualidad, no común en principio a todas las espiritualidades, sino muy propia, podríamos decir idiosincrática, del Maestro Eckhart. Y es su manera de expresarse laicamente, además de religiosamente, cosa que le hace culturalmente, y ya no solo espiritualmente, actual.

La espiritualidad del Maestro Eckhart es religiosa, no solo religiosa, es cristiana, eminentemente cristiana, impregnada de la fe del cristianismo y de sus dogmas, inseparable de esta y de estos. Pero es más. Su espiritualidad se puede mantener sin ninguna referencia a Dios y a la encarnación de Jesucristo su Hijo, piezas claves de la dogmática cristiana, y esta segunda, “el hecho más sublime que ha acontecido” según el Maestro Eckhart. Por ello, de hecho, con frecuencia el Maestro Eckhart reconocerá estar llegando a “verdades” a las que filósofos “paganos” ya habían llegado. En otras palabras, hay dimensiones de la realidad, como la propia Unidad de esta, que basados en su propia capacidad racional hombres y mujeres pueden descubrir como verdades aún siendo “paganos”, es decir, sin ser cristianos ni apoyarse en la fe cristiana. La realidad como Unidad no es una verdad exclusiva de cristianos, es una dimensión humana, inherente a todo ser humano, que racionalmente este puede descubrir y descubre en todo lo que aparece ante nosotros como realidad y ello independientemente de que sea cristiano o no, creyente o no creyente.

En el fondo el Maestro Eckhart podría decir lo que en términos mucho más modernos y recientes expresó Marcel Légaut, espiritual francés católico laico, esto es, no clérigo ni religioso, que vivió en el siglo pasado (1900-1990). En la Introducción a su libro *El hombre en busca de humanidad* (Aubier 1971, Asociación Marcel Légaut 2001) pudo escribir: «El autor de este libro es cristiano, pero no cree que las afirmaciones básicas sobre las que el hombre tiene que edificar y dar sentido a su vida surjan necesariamente del cristianismo, por más exigentes que sean y por más que reclamen una inmensa interioridad a fin de despegar todas sus consecuencias. (...). En realidad, pertenecen a la esencia humana. Básicamente no dependen de ninguna religión ni de ninguna ideología filosófica.». El Maestro Eckhart no se expresó así, pero nosotros lo podemos hacer, y esto es lo que sentimos cuando lo leemos.

La actualidad cultural del Maestro Eckhart la podríamos expresar diciendo que en él la teología no está en función de comprender verdades “religiosas” o “reveladas, sino en función de comprender la condición humana del ser humano, su humanidad. Y ello lo logra sobre todo a través de su concepción del ser humano y Dios en términos de *Uno y Unidad*, categoría eckhartiana por excelencia, no religiosa, como tampoco metafísica, sino más bien total y, como total, espiritual. De ahí la importancia que la misma tiene en todo su discurso.

Concebir Dios, Jesucristo, el ser humano, todas las cosas, en términos de Unidad, es la forma más radicalmente laica de concebir eso que llamamos el Ser o la Realidad, y por ello no religiosa. Es hablar del Ser o de la Realidad como lo que son, la Unidad en sí misma, la Unidad antes que todo fuera, incluidos Dios y nosotros, la Unidad que sigue siendo incluso cuando Dios y nosotros, sin dejar de ser Uno, comenzamos a ser creadores. La Unidad es tan laica que existió y existe antes de Dios creador, antes y después de que Dios pudiera ser concebido religiosamente y, por tanto, cristianamente, «cuando Dios aún no era Dios, mas era lo que era» y nosotros tampoco

éramos, o éramos lo que éramos antes de ser. Es tan laica que para concebirla hay que liberarse del Dios representado y por tanto del Dios creído de la religión. De ahí su famosa expresión, “Por eso es que le pido a Dios que me libere de Dios». Aquí es donde radica la naturaleza radicalmente laica de la espiritualidad del Maestro Eckhart. Y esto es lo que hace que el lector no creyente de nuestros días o culturalmente poco religioso pero ávido de espiritualidad, una vez que la ha descubierto, sobrepase fácilmente su lenguaje religioso y la sienta tan actual.

La epistemología de la cultura actual presiente que de Dios no se puede hablar como ser personal, principio, origen y/o causa. Tal Dios no sería Dios. Dios, como dice tan recurrentemente Eckhart, «no es ni esto ni aquello». De ahí la empatía con la que hombres y mujeres de hoy reciben el Dios Uno, Unidad, del Maestro Eckhart, literalmente inefable, que no es esto ni aquello, porque es Uno y, siendo Uno, es todo.

El trabajo que el lector tiene en sus manos trata de presentar esta espiritualidad poniéndola en valor e introduciendo a ella. No es otra su pretensión. De ahí el índice temático del mismo:

1. Espiritualidad de un atractivo especial
2. Datos biográficos más importantes del Maestro Eckhart
3. Ser humano, cosas, Dios. Una primera aproximación
4. Unidad en la Unidad y, en la Unidad, la Unidad eternamente
5. Padre, Hijo y alma, una sola unidad. Teología eckhartiana de la unidad
6. “Del nacimiento eterno”
7. El desasimiento o condición humana suprema para lograr la unidad
8. Su visión del ser humano o antropología
9. Espiritualidad del ser y del comprender

Para inducir al lector a la lectura personal de los sermones y tratados del Maestro Eckhart, además de poner en valor sus aportes siempre que ello nos parece necesario y pertinente, lo citamos lo más posible, comenzando por el título. De esta manera, familiarizado el lector con sus categorías más importantes, con su estilo y enfoque, y atraído por su osadía filosófica y teológica, por no decir por su sólida y original formación en ambos dominios, esperamos que el lector se sienta atraído por leerlo personalmente, verificar por sí mismo lo que se le dice en este trabajo introductorio, porque en espiritualidad nada es cuestión de creer, y estar seguro de que lo entenderá correctamente.

Sólo nos resta pedir disculpas al lector por lo que le van a parecer muchas reiteraciones. Solamente advertimos que una parte no pequeña se debe a la naturaleza misma de los escritos en alemán aquí comentados del Maestro Eckhart, que son sermones y algunos breves tratados, y como sermones, reiterativos. Aceptada, por innecesaria, la parte que nos corresponde en estas reiteraciones, y pedidas las disculpas, por la calidad de las enseñanzas que contienen las reiteraciones del Maestro Eckhart valen la pena, porque constituyen siempre una riqueza y una ocasión de profundizar más y más. Y ello en una materia humanamente tan importante, la más importante de todas. En este sentido el lector se verá ampliamente compensado.

ESPIRITUALIDAD DE UN ATRACTIVO ESPECIAL

Vista desde el presente, lo primero que llama poderosamente la atención en la propuesta espiritual del Maestro Eckhart es el enorme atractivo que ejerce sobre nosotros, hombres y mujeres modernos. Como si la sintiéramos profundamente actual, profundamente moderna. De manera que también la primera pregunta que uno se hace es por qué: ¿por qué hombre y propuesta, tan medievales en su forma, en su contenido los percibimos tan modernos y actuales?

Sin duda alguna la explicación se encuentra en el conjunto de cualidades que caracterizan como discurso la propuesta de espiritualidad del Maestro Eckhart. Esta es profundamente vivencial y vital, humana, racional, lúcida, diamantina, de la más alta calidad, y muy seria, esto es, muy rigurosa, sin concesiones; cualidades todas ellas “modernas”, que atraen al hombre y mujer actuales en busca de espiritualidad, como atrajeron a los hombres y mujeres de su tiempo. Por ello, una vez traspasada la corteza que lo cubre, su interior se vuelve sumamente atractivo. Algún autor dirá que «causa fascinación»¹, y es cierto. Nosotros quisiéramos comenzar nuestra introducción a la espiritualidad del Maestro Eckhart enfatizando estas notas o cualidades.

1 Cyprian Smith, *Un chemin de paradoxe. La vie spirituelle selon Maître Eckhart*. Traduction de l'anglais par Réginald Stoffel, Éditions du Cerf, Paris, 1997, p. 9. Atracción aparte, es unánime el considerar al Maestro Eckhart como el mayor místico de la Edad Media. «Hoy se le reconoce, unánimemente, como tal, tanto en Occidente como en Oriente.» (Alain de Libera, *Eckhart, Suso, Tauler y la divinización del hombre*. Traducción de Manuel Serrat Crespo, José J. De Olañeta, Barcelona 1999, p. 7). Amador Vega lo considera «una de las mentes más exquisitas de la intelectualidad europea» (Maestro Eckhart, *El fruto de la nada y otros escritos*, p. 11). Y el juicio de Ananda K. Coomaraswamy sobre sus Sermones es que «bien podrían denominarse una Upanisad de Europa» (*La transformación de la naturaleza en arte*. Traducción de P.R., Kairos, Barcelona 1997, p. 51).

Una espiritualidad experiencial

La primera cualidad de su propuesta es la naturaleza *práctica*, entendiendo por *práctica experiencial*, de la misma, lo que indica ya su verdad. En efecto, nada más fácil en el dominio de lo espiritual, y por ello tan frecuente, como confundir teoría con praxis identificando lo que un autor moderno (Marcel Légaut²) llama “libros de espiritualidad” y “libros espirituales”, o, de manera más gráfica, “libros de doctrina” y “libros de itinerario”. Y nada más engañoso. Porque nunca, aunque así aparezca, el saber teórico sobre espiritualidad sustituirá a esta experiencia. Se trata de dos registros profundamente diferentes y, en el fondo, incompatibles. Ya que para que se dé el conocimiento espiritual, la espiritualidad propiamente tal, todo otro conocimiento, por teórico, incluido el más aparentemente espiritual, el más teológico y religioso, tiene que callar. Pues bien, muy consciente de ello, la espiritualidad que propone el Maestro Eckhart es auténtica y verdaderamente espiritual, espiritualidad para ser vivida y en función de la vida, práctica y si se quiere praxica o, mejor aún, espiritualidad del ser, real y verdadera, no teórica. Expresada intelectualmente, racional y teológicamente, es sin embargo una propuesta profundamente vivencial, profundamente vital, una propuesta de vida y de ser.

Conocido por sus contemporáneos en general por el sobrenombre “Maestro Eckhart”, este maestro de vida, además de maestro en sagrada teología, nacido hacia 1260 y fallecido en 1327/1328, es profundamente vital, de manera que en un momento en que él mismo comienza a percibir un distanciamiento de sesgo teórico entre teología y vivencia cristiana, entre maestros de lectura (*Lesemeister*) y maestros de vida (*Lebemeister*), como él mismo dice, opta por lo segundo, siendo su teología una teología

2 Marcel Légaut, “Voy a hablaros un poco de mi libro, aún en gestación...”, Les Granges 2966, *Cuadernos de la Diáspora* n.º. 17 (mayo-noviembre 2005), pp. 13-14; Marcel Légaut y François Varillon, *Debate sobre la fe. Dos cristianos en camino* (Declée de Brouwer, 1972; Aubier, 1978), *Cuadernos de la Diáspora*. Asociación Marcel Légaut, Madrid 2007 p. 21 y 24.

de vida y para la vida, no meramente especulativa y, menos aún, autorreferencial. No puede concebirla de otra manera. Como toda auténtica propuesta de espiritualidad, la suya es también y ante todo para ser vivida y, por tanto, profundamente vital. Y de igual manera su teología. Su reflexión teológica, tanto académica como la que vía sermones realiza pastoralmente en las iglesias, es una propuesta de espiritualidad, de vida, y en función de esta. Esta es la primera nota que resalta en él y en su doctrina. Y ello en un momento en que la reflexión teológica académica parece comienza a hacerse “escolástica”, esto es, autorreferencial, por tanto, teórica, un planteamiento como el suyo no es tan evidente, en ese contexto resulta incluso provocativo.

Por lo tanto, su propuesta no es teórica ni moral. Desde el comienzo de su reflexión, su propuesta no es meramente teológica, de verdades a creer, que en el fondo es una propuesta teórica. Menos aún su propuesta es de una vida moral y sacramental como meta deseable, que garantice en términos de salvación y en el más allá la vida eterna. Su propuesta es de realización humana plena y total aquí y ahora. Es la des-velación del ser que somos y estamos llamados a ser y la propuesta de cómo serlo. Es una propuesta espiritual y de espiritualidad, del ser, no una moral o propuesta del cumplimiento, del “deber ser”. No es algo a creer en el presente y ser en el futuro sino algo a descubrir y ser aquí y ahora: el trabajo más grande que el ser humano puede realizar sobre sí mismo. Una tarea profundamente personal, no heterónoma. De manera que más que una teología o discurso primariamente sobre Dios y secundariamente, en términos de moralidad, sobre el ser humano, es un discurso sobre este, una antropología; antropología a la que Eckhart ha llegado, sin conflicto espiritual, por un conocimiento racional, filosófico y teológico. Todo ser humano está llamado ser uno con el Uno y en el Uno, porque ya en sí mismo ahora y aquí lo es, y al ser Uno es Todo, el Uno que es Todo.

Este cambio de perspectiva, que hoy, en nuestra cultura actual, experimentamos y calificamos como paso de la religión a la espiritualidad, siempre que se ha dado ha sido sumamente atractivo, obviamente también hoy, que no lo percibimos ya como una conveniencia sino como una necesidad.

Una espiritualidad humana

En segundo lugar, su propuesta es *humana*, profundamente humana, con el atractivo de todo lo humano. No es heterónoma, no es, pues, moral, menos aún, moralizante. Es una develación del ser humano profundo que somos, ser al que el Maestro Eckhart se refiere con diferentes nombres, *hombre noble, interior, nuevo, espiritual*, dando la impresión por este tipo de lenguaje que su propuesta es religiosa, y, desde luego, cristiana. Pero pese a su lenguaje, sin duda muy religioso y “cristiano”, en lo más profundo de ella misma su propuesta no es religiosa, ni es cristiana. Como tendremos ocasión de ver cuando abordemos su doctrina, es humana. Se trata de «la nobleza innata y natural del hombre». Es una propuesta para todo ser humano, precisamente en cuanto ser humano. De ahí que recurra a la “autoridad” en la materia de autores “paganos” y que les reconozca la calidad “religiosa” o espiritual a la que llegaron en su experiencia, la misma en el fondo a la que pueden llegar los creyentes cristianos. A esta convicción, a la que un espiritual católico laico como Marcel Légaut llegó en la segunda mitad del siglo pasado³, llegó ya en el fondo el Maestro Eckhart en su tiempo.

3 «El autor de este libro es cristiano, pero no cree que las afirmaciones básicas sobre las que el hombre tiene que edificar y dar sentido a su vida surjan necesariamente del cristianismo, por más exigentes que sean y por más que reclamen una intensa interioridad a fin de despegar todas sus consecuencias. (...). En realidad, pertenece a la esencia humana. Básicamente no dependen de ninguna religión ni de ninguna ideología filosófica.» Así se expresaba Marcel Légaut en su obra *El hombre en busca de su humanidad. El cumplimiento humano I*, publicada por primera vez en Ediciones Aubier en 1971, Asociación Marcel Légaut, Madrid 2001, p. 11.

Ello no le supuso ningún problema con su cosmovisión religiosa cristiana, al contrario, para él la cosmovisión era única, ya fuese vista a la luz de la razón, como en el caso de autores “paganos”, o a la luz de la fe. Pero, porque era única y la misma, era humana. La experiencia espiritual como realización humana plena, o la «Unidad en la Unidad», es la realización plena de lo humano, posible aquí y ahora como el eterno presente que es, trascendiendo el tiempo. Y esta realización, «unos en el Uno y en la Unidad», es lo que la valida como realización humana plena, por tanto, espiritual, sin necesidad de ningún referente religioso. No son estos los que la validan. Es su calidad misma la que la muestra espiritual. Es su propiedad de unidad, que para Eckhart es la propiedad por excelencia de Dios; una propiedad, pues, divina, pero laica, divina y laica.

Una propuesta racional laica

Consecuentemente, otro rasgo atractivo de la propuesta del Maestro Eckhart es su carácter *racional*, entendiendo por racional la alta estima en que tiene la razón humana y, en consecuencia, la confianza que tiene en ella como conocimiento humano. Confiado en ella, su pensamiento es audaz, no conoce límites y, con frecuencia, es transgresor. Bien formado filosófica y teológicamente, dotado de un pensamiento muy potente en ambos dominios, y puesto el pensamiento filosófico y teológico en función de la vida interior del ser humano, puede permitirse ese comportamiento y se lo permite. Valorando plenamente la razón humana, aunque él se diga valorar ante todo y por encima de todo la revelación divina como fuente de conocimiento, citará con frecuencia a autores “paganos”, como él mismo dice, o no cristianos, reconociendo sin embargo su competencia para hablar de Dios y de la naturaleza más íntima del ser humano, esto es, para hablar de la plenitud a la que este está llamado y cómo alcanzarla. De manera que la propuesta a que llega es espiritual, pero a la vez plena y totalmente humana, incluso, si se quiere,

laica, es decir, no religiosa; una propuesta en el fondo común a “paganos” y a “cristianos”, correspondiente al ser humano en tanto humano.

Un lenguaje transgresor y provocador

Confundiendo de esta manera en la razón, aunque moviéndose en un plano meramente teológico, con frecuencia podrá decir «pero yo digo aún más», «pero yo voy más lejos», o «digo otra cosa», y la dice, utilizando un lenguaje provocador y transgresor. Como cuando dice aquello de que «yo soy una causa de que Dios sea Dios. Si no existiera, Dios tampoco existiría» o «por eso es que le pido a Dios que me libere de Dios». Eckhart es un buceador en el infinito. De ahí su lucha con el lenguaje. Este siempre le queda corto. Siempre o muy pronto siente la necesidad de ser más radical, de expresarlo mejor, de ir más lejos, de ir más al fondo inefable de todo. De ahí el carácter transgresor de su lenguaje. Como auténtico espiritual es un indagador sin límite. Busca e indaga sin cesar. Bucea y bucea en el infinito de Dios, que es el infinito del ser. Encarna en sí mismo lo que él ve como exigencia de todo espiritual: «¡Tenemos que buscar hasta que hallamos encontrado sus huellas y no cesar nuestra búsqueda hasta habernos impregnado de ello!» (DNE, p. 84)

Un discurso espiritual

Como hemos dicho, por su formación Eckhart es teólogo y filósofo, y así es como se expresa en su discurso, que es teológico y filosófico. Ambos, discurso filosófico y teológico, profundamente racionales y, como racionales, profundamente fundantes. De ahí que su discurso con frecuencia sea metafísico, abraza la necesidad de fundamentar el mismo ser, partiendo para ello de categorías ontológicas especialmente fuertes en él, como la de emanación en vez de creación, *Uno y Unidad* para concebir y nombrar a Dios, creación del ser humano y criaturas *a imagen*

de Dios, eternidad versus tiempo, existencia eterna, por tanto, increada, del alma en Dios y de todas las cosas creadas, el alma *engendrada y engendradora a imagen de Dios*,... Un discurso metafísico que, cumplida su función de fundamentación y sentido, se convierte en discurso espiritual, del ser pleno y total, más allá de toda necesidad de fundamentación de sentido. Y es que el discurso metafísico aún es un discurso dual, no liberado del tiempo y de la pluralidad, limitado para expresar la experiencia espiritual. Mientras el discurso espiritual es el discurso de la plenitud y de la totalidad, de estas tales como se dan en el Uno y en la Unidad, Uno y Unidad también ellas. Su lenguaje es mucho más que teológico y metafísico, los traspasa, se hace espiritual. Como espiritual no persigue fundamentar nada ni dar sentido, solo expresar la realidad profunda del ser. Lenguaje humano supremo que progresivamente se vuelve silencio, se hace silencio, es silencio: el silencio de la Unidad; donde no hay sujeto ni objeto, solo Unidad.

A este respecto es elocuente su diferencia en visión y contenido, tanto desde el punto de vista filosófico como teológico, con Tomás de Aquino, cuya doctrina ya había sido declarada oficial en su Orden⁴ y el Maestro Eckhart tenía que seguir.

Dos discursos bien diferentes: Tomás de Aquino y Maestro Eckhart

El interés de Tomás de Aquino cuando habla de la creación y de Dios creador es definir a Dios en términos de objetividad y de trascendencia. En un universo plural, de causas y de seres, de sustancias y cualidades, de atributos y perfecciones, de realizaciones y carencias, como es el universo aristotélico asumido por Tomás de Aquino, lo importante es poner en su

⁴ Nos estamos refiriendo a la Orden de los Frailes Predicadores, de la que los dos fueron miembros.

cima a Dios. Y así lo hace, dando por un hecho la existencia de dos órdenes, increado y creado, así como de una distancia insalvable entre ellos. Cuando se dé, la relación entre ambos será de participación y causal, pero no de igualdad.

Tal concepción parece muy metafísica. No sólo lo parece, lo es. Hasta el punto de disolver en sí misma la teología, que debiera ser un discurso en función de la experiencia de Dios, convirtiéndola en una ontología e impidiendo la verdadera espiritualidad. Esta queda convertida en una moral, supuestamente apoyada en una revelación y motivada por ella, pero moral.

Por esta vía, la espiritualidad como experiencia posible de Dios aquí y ahora se hace muy difícil, si no imposible, al concebir ser humano y Dios como dos seres en el fondo irreducibles, y colocar la espiritualidad como experiencia de Dios fuera del ser humano y por encima de él. Cuando la espiritualidad es experiencia de Uno y Unidad y el ser que somos como seres humanos, Uno y Unidad hechos ser y existencia.

El interés del Maestro Eckhart es muy diferente: creados a imagen de Dios, Uno y Unidad, antes del tiempo, el interés de Eckhart es mostrar cómo nuestro ser es ser Uno y Unidad, y así serlo aquí y ahora, en el tiempo. La creación es una emanación, un salir temporal de Dios, sin perder el Ser que éramos, “a su imagen”, esto es, fuera y antes del tiempo, en nuestro ser eterno, y pudiéndolo ser “en el tiempo”, aquí y ahora. El universo de Tomás de Aquino es el resultado de una visión físico-cualitativa, un universo poblado de seres y cualidades, de cosas y sustancias. El universo del Maestro Eckhart es un universo de relaciones. Como el universo budista. El ser en el Maestro Eckhart es relacional, el ser originándose a sí mismo y originando todo en su primer y único acto que no ha terminado y nunca terminará, porque es eterno presente, sin duración.

Dios y creación no pueden ser conceptos más diferentes en Tomás de Aquino y en el Maestro Eckhart. Como en el fondo acontece con su propuesta de espiritualidad. En el Maestro

Eckhart la espiritualidad como realización humana plena en la Unidad puede y debe tener lugar aquí y ahora, en Tomás de Aquino tendrá lugar en el más allá, y ello gracias a la redención-salvación realizada por Jesucristo. También el concepto que ambos tienen de Jesucristo es muy diferente, pese a compartir la misma fe ortodoxa en Jesucristo Hijo de Dios. Engendrados juntos con Él y desde siempre, para Eckhart nosotros somos hijos como Él, con la única diferencia de que Él lo es por naturaleza y nosotros lo somos por gracia. Somos iguales, y en este sentido no somos criaturas, somos increados. Para Tomás de Aquino nosotros somos criaturas y Jesucristo es ante todo mediador y salvador.

Una espiritualidad no creencial

Coherentemente con las cualidades anteriores, la espiritualidad que nos propone el Maestro Eckhart *no es creencial*. No supone ni consiste en creer verdades reveladas que van a tener lugar en el más allá. Habla de una plenitud que ya está presente aquí y ahora, que es real, más bien, que es la Realidad. Si fuera creencial, no sería real, como no lo es ninguna espiritualidad creencial. Esta es eminentemente dual, supone siempre la existencia de un sujeto y un objeto, el sujeto que cree y lo que cree o espera, y como dual, es procesual y parcial, nunca realización humana plena. Creencialidad y espiritualidad son incompatibles, como lo son la dualidad y la unidad. Donde se da una no se puede dar la otra. Pensando y hablando en rigor, la espiritualidad creencial no existe, es imposible. Además, está ligada al tiempo. De darse un día, se dará en el futuro. Por ello se la vincula con la condición de felicidad o bienaventuranza después de la muerte, en la eternidad, concebida esta como una duración sin fin, haciéndola de nuevo imposible. Porque una espiritualidad dependiente del tiempo nunca será tal en el tiempo, siempre dependerá de este, siempre será parcial, nunca será plena. Y más allá del tiempo o fuera del tiempo es hablar de una entelequia, de

una espiritualidad más allá y fuera de la condición humana. De ahí que la espiritualidad creencial, se la mire por donde se la mire, en el fondo de ella misma y rigurosamente hablando no es real.

Cierto que en el pasado la fe-creencial fue un camino y vehículo hacia la espiritualidad, en sí misma esta no creencial, no dual, sin forma ni contenido, experiencia absoluta y total, todo ello acorde con el conocimiento pasado, que siempre se autopercibía como conocimiento de algo objetivo. Pero hoy ya no puede ser más así. Hoy, una espiritualidad como conocimiento de algo objetivo, por sublime que este algo objetivo sea, se autopercibe parcial, limitada, no espiritual.

Esta es la crisis que está experimentando lo religioso frente a lo genuinamente espiritual, lo objetivo ante lo que no es objetivo. La espiritualidad es la Realidad en su infinitud, por tanto sin sujeto ni objeto, indelimitable e inobjetivable, total y plena, la Realidad como es, sin sujetos ni objetos. Nosotros aparentemente sujetos, somos esa Realidad. Eckhart dirá somos tan hijos de Dios como su Hijo, una sola realidad con Dios, somos Dios, una sola Unidad.

La espiritualidad no es un creer, una apuesta al futuro es una convicción en el ahora y aquí que constituye el presente. Por ello en el fondo no apela a la fe sino a la razón. Es una convicción plena y total del ser absoluto que somos y que es todo. Una convicción plena y total de que lo que llamamos dimensión o ser absoluto existe, más aún, de que es lo único que existe, la única realidad, el Ser, la Realidad. Y de que esta tiene un tiempo, su tiempo, el ahora, presente y eterno, incategorizable en términos de duración, de pasado, presente y futuro, e incluso de eternidad como *duración*. Ser y Realidad plenos y totales, sin *duración*, precisamente porque son plenos y totales. Y tal es la espiritualidad como realización humana plena.

Espiritualidad de una gran calidad

Otra cualidad de la propuesta espiritual del Maestro Eckhart es la *calidad* de la misma. Su propuesta es seria, objetiva, rigurosa, del más alto nivel espiritual y de la más alta calidad, y además es clara, lúcida, diamantina, que siempre y en todo momento va a lo esencial, sin subjetivismos ni concesiones. Con razón han sido calificados los sermones del Maestro Eckhart de *Upanishads* para Europa (Ananda K. Coomaraswamy)⁵. Se trata de doctrinas que están a la misma altura, con el mismo grado de pureza, de la misma exigencia.

Así como reivindica la importancia de ir a un Dios *esencial* sobre un Dios *pensado* (PI, 6. *Del desasimiento y posesión de Dios*, p. 69)⁶, en su propuesta espiritual también va a lo esencial y la reduce a dos temas, *unidad y desasimiento*. Unidad en el sentido más riguroso, por tanto, como superación de toda dualidad, y, para el logro de esta unidad, superación, en términos de desapego y desasimiento, de todo lo que contiene o es dualidad y, por tanto, deseado, incluso si esto deseado es Dios y la propia espiritualidad. Nada debe ser deseado, todos los deseos deben ser superados. Porque el deseo es y significa apego, dualidad, sujeto y objeto, y apego y dualidad son incompatibles con la unidad. De ahí la famosa expresión del Maestro Eckhart, «Por eso es que le pido a Dios que me libere de Dios»⁷. Porque Dios mismo en cuanto pensado y deseado, no el Dios esencial, es un Dios dual, se quiera o no, que se opone al Dios real. El desapego o desasimiento en el Maestro Eckhart no es ascético ni moral, aunque así suene cuando habla proponiendo, por ejemplo, y lo hace con frecuencia, de la necesidad de renunciar

5 *La transformación de la naturaleza en arte*. Traducción de P.R., Kairos, Barcelona 1997, p. 51.

6 «El hombre no debe tener un Dios pensado ni contentarse con Él, pues cuando se desvanece el pensamiento, también se desvanece ese Dios. Uno debe tener más bien un Dios esencial que se halla muy por encima de los pensamientos de los hombres y de todas las criaturas» (PI 6, *Del desasimiento y posesión de Dios*, p. 69)

7 Sermón n.º. 14, *Beati pauperes spiritu quia ipsorum est regnum coelorum*, p. 196

a todas las cosas volcándose únicamente en Dios. Para nada está proponiendo una ascesis o moral. Lo que está es la necesidad de superar todo interés y, con el interés, toda dualidad, para lograr la unidad. Es más bien una constatación antropológica. Para él el desasimiento es un valor tan grande que es como la otra cara de la unidad. De manera que donde el desasimiento es total, Dios, la Unidad, tiene que darse. «Dios no puede dejar nada vacío y sin llenar...» (DNE, p. 111). «Dios tiene que entregarse Él mismo a un corazón desasido» (DD, p. 143). «En verdad sería una imperfección de Dios si él no realizara en ti obras magníficas, si no extendiera sobre ti magníficos tesoros cuando te encuentras tan vacío y desprovisto de todo (...). Dios dispensa su gracia en el mismo instante en que el espíritu está listo» (...). Dios no puede dejar nada vacío y sin llenar...» (DNE, p. 111). De este nivel y categoría es la espiritualidad que propone el Maestro Eckhart, una espiritualidad pura y total, no dual; ser puro y total; sin presencia de sujeto y objeto. Esto se refleja en toda su doctrina, por ejemplo, en su manera de concebir el alma y la pobreza de espíritu.

En su concepción del alma

Fiel a la convicción de la unidad como realización plena, Eckhart concebirá en el alma un lugar tan uno que ni Dios mismo ha entrado en él. Es el lugar que él llama *fortaleza* (en el sentido de ciudadela o castillo), *potencia*, *entendimiento*, *fondo*, *cabeza*, *esencia*, *chispa del alma*..., el único lugar digno de Dios, y que por eso es tan uno y único, que ni Dios mismo, el Dios pensado y representado (Padre, Hijo y Espíritu Santo, y el Dios “con modo“, Omnisciente, Todopoderoso, Creador y Providente, Dios dual e hijo de la dualidad) ha entrado en él. En ese lugar el alma es tan una como el Dios Uno, de manera que el Dios dual nunca ha entrado en él. Si en ese lugar del alma hubiera la menor dualidad, Dios Uno no podría entrar en él, porque no sería digno de Dios, de su Unidad. En otras palabras, el alma es tan una como Dios. Ambos constituyen la misma Unidad.

En su concepción de la pobreza

En cuanto a la pobreza de espíritu, pobre de espíritu es el que es uno en la Unidad y con la Unidad, por lo cual, rigurosamente hablando, «no quiere nada, no sabe nada, no tiene nada» (Sermón n° 14, *Beati pauperes spiritu*, p. 192). Es uno y por ello no quiere nada, ni siquiera cumplir la voluntad de Dios. Porque “querer cumplir» supondría tener voluntad, y eso supondría ser y comportarse como un ser dual. Por la misma razón no sabe, ni le preocupa saber nada, ni siquiera si es Dios que actúa en él. Y está tan despojado de todo, incluso de Dios, que no tiene un lugar donde este pueda actuar. Es pobre total y en todos los sentidos, pero como pobre total, uno, y como uno, un ser total, que no carece de nada ni necesita nada, porque es todo.

Espiritualidad y propuesta sin concesiones

La propuesta de espiritualidad que nos hace el Maestro Eckhart es de una autenticidad total, como son las propuestas de los grandes maestros, hombres o mujeres. Por ello es una propuesta sin concesiones. Hacerlas en esta materia es traicionar la espiritualidad misma como propuesta y engañar y traicionar a sus destinatarios, los hombres y mujeres de ayer, de hoy y de siempre. El Maestro Eckhart no va a hacer ninguna concesión ni va a caer en ningún subjetivismo. Lo tiene muy claro. Su propuesta es la espiritualidad como realización humana en términos de Unidad, porque es la única que significa realización humana plena. No ofrecerá nada menos. No puede hacerlo. Es realización humana plena o no lo es. De ahí sus dos grandes temas, unidad y desasimiento. Además de que solo lo que es “esencial”, llámese objeto, llámese verdad, es lo que satisface al ser humano. Todo lo demás lo mantiene en proceso y espera, no le realiza.

Exigente pero posible

¿Propuesta irreal, demasiado elitista, incluso imposible? La confianza que el Maestro Eckhart tiene en el ser humano lo desmiente. Planteándose una objeción más radical, como el trastorno del orden natural que significaría la posibilidad de un conocimiento (en el alma) sin imágenes y representaciones, hoy diríamos sin fondo ni forma, sin contenidos, él dice: «¡Y bien! ¿Qué sabes tú de las capacidades que Dios ha comunicado a la naturaleza humana? ¡Que sin embargo no están descritas aún en todo detalle, sino que más bien están ocultas!» (DNE, p. 85). Su confianza en la capacidad del ser humano está a la altura de su concepto de espiritualidad y de la propuesta que hace. Se sitúa en el mismo nivel.

La tarea del ser humano a este respecto no es fácil y el Maestro Eckhart no se llama a engaño ni llama a engaño a nadie. Se trata de una tarea difícil, que demanda mucho esfuerzo, incluso hacerse violencia (DNE, p. 95), pero que es posible, más aun, pese a la dualidad que nos caracteriza, es connatural al ser humano. Algo a lo que por naturaleza tiende el ser humano si no se le pone obstáculo. Hay una dimensión en el ser humano, el ser humano interior, uno y noble, que nos caracteriza también, que tiende a esta plenitud y de hecho el ser humano no descansa hasta que la logra.

Una actitud y posibilidad: “que tú te realices”

La confianza del Maestro Eckhart en el ser humano a este respecto es total, como se refleja en expresiones suyas que no dejan duda, además de resultar sutiles y, en tanto sutiles, muy sugerentes. Así, cuando a propósito del silencio interior total que hay que lograr, y que él llama oscuridad e ignorancia, dice: «Pero ¿qué es esta oscuridad? ¿cómo se llama? ¿cuál es su nombre? – Sólo podríamos llamarla –responde– una posibilidad y una actitud, que sin embargo no carecen de esta realidad que sólo tiene esto como contenido: que tú te realices.» (DNE, p. 109).

Fíjese el lector en la sutilidad de las categorías *posibilidad y actitud*. Y ello en el contexto en que son utilizadas. Así como la verdad de la frase que les sigue: «que sin embargo no carecen de esta *realidad* que sólo tiene esto como contenido: que *tú te realices*». En otras palabras, a la oscuridad o silencio como posibilidad de realización plena, puede seguir esta en cualquier momento y en toda persona que logre este tipo de silencio o desasimiento. Es bien posible y es bien real, no es elitista.

Por ello, hablando ahora no de oscuridad sino de alegría, la alegría en la que se traduce la realización plena dirá: «Pues esta alegría está cercana a vosotros, ¡está en vosotros! ¡Ninguno de vosotros tiene el espíritu bastante grosero, ni la inteligencia tan débil, ninguno está tan lejos de Dios, como para no poder encontrar esta alegría en él, tal como es en realidad, con su placer y su conocimiento, incluso antes de salir de esta iglesia, incluso en este instante en que aún estoy predicando!» (Sermón 7, *Euge, serve bone et fidelis*, p. 157). «Y, observadlo bien, el más simple, el menor de entre vosotros, puede recibir ese Don de Dios, antes de salir de esta iglesia e incluso mientras que yo predico aun, muy seriamente, tan cierto como que Dios vive y que yo soy hombre. Y es por lo que yo digo: ¡No os asustéis!, esta alegría no está lejos de vosotros, si la buscáis según la sabiduría.» (*Ibid.*, p. 159). Está al alcance de todos.

LOS DATOS BIOGRÁFICOS MÁS IMPORTANTES DEL MAESTRO ECKHART

Como de tantos otros personajes medievales, tampoco del Maestro Eckhart conocemos fecha, mes y año de su nacimiento. Lo más que nos llegan a precisar los especialistas es que tuvo que nacer cerca de 1260. En cuanto a su muerte, sabemos que esta ya había ocurrido para el 27 de marzo de 1329, fecha de la bula pontificia “In agro dominico“ en la que el papa Juan XXII condena veintiséis de sus proposiciones —no a él, que con antelación se había retractado en caso de que se le encontrase doctrinas heréticas. De esta manera se estima que su vida transcurrió entre ca.1260 – ca. 1328, y que su muerte tuvo lugar en la corte pontificia de Aviñón, sin más precisión de día, mes y año, donde entonces residía el papa y a la que él apeló y se dirigió como maestro en teología por París en el proceso que le seguía en Colonia el arzobispo de esta arquidiócesis. Tampoco conocemos su tumba.

Conocemos su siglo, el XIII-XIV, y la región en la que principalmente va a desarrollar su actividad, el Rin, tiempo y región en la que se dio una floración espiritual, la conocida como espiritualidad renana o del Rin, como nunca se ha dado en la historia del cristianismo, con excepción tal vez de los Padres del desierto en el siglo IV y V, en los desiertos de Siria y Egipto. En efecto, el Maestro Eckhart no es un fruto espiritual solitario. En tanto espiritual se da en un tiempo y en una región en este sentido excepcionalmente florecientes. Basta imaginarse el florecimiento por decenas de monasterios de hombres y mujeres, los famosos beguinas y begardos, a lo largo de las dos orillas del Rin y pensar en hombres y mujeres espirituales de la talla

de Hadewijch de Amberes, Matilde de Magdeburg, Matilde de Hackeborn, Gertrudis de Helfta, el propio Maestro Eckhart y sus discípulos Juan Taulero y Enrique Susón, Jan van Ruysbroek en Gronoendal, cerca de Bruselas, etc. Solamente entre monasterios de monjas dominicas y afines había más de una veintena en la cuenca del Rin, cuyo cuidado espiritual fue encomendado por su Orden, de los Hermanos Predicadores, al Maestro Eckhart. Como lo hemos expresado, posiblemente nunca en la historia del cristianismo o, mejor, de los cristianismos se ha dado un fenómeno de tal calidad espiritual, a la vez tan popular como intenso y profundo. Muchos de los monasterios, los famosos beguinazgos, propiamente hablando no eran monasterios religiosos, en el sentido de que sus miembros no hacían votos ni seguían formas de vida religiosa aprobadas por la Iglesia, eran, eso sí, lugares donde mujeres y hombres generalmente laicos se retiraban a vivir una vida cristiana profundamente interior y coherente, espiritual, practicando la oración, la pobreza, el trabajo artesanal y el servicio a los pobres y enfermos. Eran lugares donde lo que primaba era la experiencia de Dios y a lo que se aspiraba era alcanzar la unión con Dios, en términos de la propia divinización.

De este siglo y de este movimiento formó parte Eckhart y en ellos y con ellos interactuó. Siglo también en el que iglesia y sociedad política están pasando por serias crisis, sin encontrar las formas nuevas que demandan ya los nuevos tiempos. Estamos en la Baja Edad Media. Los reinados existentes en Europa comienzan a sentir la necesidad de organizarse como poderes centrales, dotándose de recursos y poder para ello, y sacudiéndose de dependencias y frenos feudales e imperiales, incluso de naturaleza religiosa como lo es la dependencia con respecto al papa. El hecho que la corte pontificia esté, secuestrada por el rey de Francia, en Aviñón, la «Babilonia» como la llama Petrarca, es buen signo de ello. El rey Felipe IV acaba de apoderarse de los bienes de los templarios y lleva a Francia (1309-1377), “secuestrada”, la corte pontificia que en la persona del papa

Bonifacio VIII y mediante la bula *Unam Sanctam* (1302) había pretendido ya algo imposible, tener sobre los reyes el poder casi absoluto que tuvo el papa Inocencio III un siglo antes.

La consideración “espiritual” en la que el Maestro Eckhart tiene a la autoridad y desde la cual la vive es bien significativa. Sencillamente, no la tiene. Respetuoso de la autoridad, sobre todo del papa, a quien llega a apelar en su proceso y a cuyo juicio doctrinal se somete, el Maestro Eckhart no le reconocerá sin embargo una competencia espiritual en su vida. En otras palabras, el papa no juega un papel religioso en su vida (Kurt Flasch, 24). Nada extraño, pero espiritualmente muy elocuente, si tenemos en cuenta que la teología de la iglesia, y mucho más la del papa, aún estaba por hacerse, y lo hecho era espiritualmente muy relativo. El cristianismo en tiempos de Eckhart era teológicamente mucho más sencillo, y en el caso de los espirituales como él, un medio, camino y método, de divinización, de realización plena. Se podía ser auténticamente espiritual sin necesidad de tener interiorizados papa e iglesia. En lo que refiere a la espiritualidad, a la manera de vivir la fe cristiana, la diferencia por ejemplo entre el Maestro Eckhart y el papa Juan XXII que lo condena, no puede ser mayor. Para Eckhart para ser espiritual hay que ser pobre, y espiritualmente pobre «es el no quiere nada, no sabe nada y no tiene nada», el desapegado y desasido de todo. Mientras que, en expresión del estudioso ya citado, Kurt Flasch, «el papa [Juan XXII], riguroso genio en las finanzas cubrió el mundo cristiano de deudas, condenó a los franciscanos consecuentes, y hablaba de Jesús pobre como si este hubiera poseído bienes inmobiliarios» (Kurt Flasch, 22). Conocemos también la orden religiosa en la que ingresó, la Orden de los Hermanos Predicadores, la formación que recibió en la misma y los lugares en los que estudió y enseñó, elementos ambientales muy importantes, por no decir determinantes en su vida, en su doctrina y en su espiritualidad.

Muy joven para el día de hoy, posiblemente teniendo quince años, entra en el convento de los Hermanos Predicadores de

Erfurt, y ahí comienza la formación intelectual prevista en las Constituciones de su Orden, una formación de vanguardia para su época, que abarcaba todo el saber, ciencias, filosofía y teología, sobre todo en el caso de Alemania. Mentores de esta formación en su Orden fueron entre otros Alberto Magno y Tomás de Aquino, es decir, dos figuras intelectuales del máximo nivel. En lo que respecta a los estudios en Alemania y a los dominicos, hay que tener en cuenta la situación y cambio registrados por lo estudiosos. Según estos antes de 1250 los Länders en Alemania no figuran como lugares de producción científica. Pero después 1230 los dominicos y su organización de los estudios han modificado el paisaje cultural europeo. Cada convento es un centro de estudios, dirigido este por un *lector*, esto es, por un fraile académicamente capacitado y titulado para enseñar. Y esta enseñanza era accesible a los laicos, estaba abierta a ellos. Además, había centros especiales, los *Studium Generale*, en la zona germana el de Estrasburgo y Colonia, en los que eran formados los estudiantes dominicos, y todavía los intelectualmente más capacitados de estos, como fue el caso del Maestro Eckhart, eran enviados a París. De esta manera la Alemania central muy pronto produjo intelectuales de la talla de Alberto Magno (1206-1280), Dietrich von Freiberg (ca. 1250-ca. 1310) y el propio Maestro Eckhart, todos ellos Maestros en Teología.

El *Studium Generale* de Colonia merece una mención especial. Fundado por Alberto Magno, y sin duda a imagen de su formación y saber, fue un centro donde por años se logró integrar creativamente ciencias naturales, filosofía y teología, ofreciendo una formación integral, teórica y práctica a la vez, profundamente teológica y espiritual. Aquí fue sin duda donde el Maestro Eckhart profundizó en la propuesta espiritual de Dionisio (PseudoDioniso) el Areopagita, autor muy conocido y trabajado por Alberto Magno, si no es que comenzó a conocerlo. Expresado más ampliamente, en este *Studium Generale* de Colonia es donde el Maestro Eckhart adquiere la base sólida de su extraordinaria formación filosófica y teológica, así como de su espiritualidad.

Fraila y teólogo de su tiempo, muy pronto comienza a percibir como en los centros académicos la teología, incluida la de Tomás de Aquino, obligatoria ya en su Orden, cada día se hace más teórica, viendo perder peso a su función espiritual. Eckhart se propondrá integrar ambas, no pudiendo concebir una teología que no lo sea en función de la espiritualidad. También observará que hay “maestros de doctrina» (*Lesemeister*) y “maestros de vida (*Lebemeister*), y él con su hermano de Orden, Dietrich de Freiburgo, optará claramente por ser de estos últimos.

Una vez recibida su primera formación en el convento de Erfurt, los siguientes son sus pasos más importantes:

-La siguiente etapa de su formación tiene lugar en el Estudio General de su orden en Colonia, centro creado en 1248 por Alberto Magno.

-De 1292 a 1294 es enviado a París para recibirse como Bachiller “setenciario” estudiando y comentando la famosa obra de Pedro Lombardo, *Libro de las Sentencias*, texto teológico básico en las universidades medievales, y por tanto también en la de París.

-Entre 1295 y 1298 es prior de Erfurt y vicario provincial, con Dietrich de Freiburgo como provincial, de la provincia dominicana de Sajonia. De estos años son sus *Pláticas* espirituales en alemán, *Reden der Unterscheidung*, a los jóvenes dominicos de su comunidad, su primera obra en alemán, y en la que ya se percibe su genio espiritual.

-De 1302-1303, de nuevo en París, donde se recibe y enseña como Maestro en Teología, tiempo a partir del cual, dada sin duda la potencia de su mente, se le conocerá por el sobrenombre de “Maestro” o “Meister” Eckhart.

-1303-1311 será provincial de la Provincia de Teutonia, provincia dominicana que acaba de ser separada de la de Sajonia,

-para de 1311 a 1313 volver de nuevo a París, ocupando por segunda vez, privilegio del que solo había gozado Tomás

de Aquino, la cátedra asignada a los dominicos extranjeros. En este período concibe y diseña su *Opus Tripartitum* (u obra en tres partes, *Opus Propositionum*, *Opus Quaestionum* y *Opus Expositionum*), la que hubiese querido ser su gran obra teológica y de la que solo pudo realizar una exigua parte. Con todo nos quedan varias proposiciones, cuestiones y exposiciones (comentarios a libros de la Sagrada Escritura, como el *Comentario al Prólogo del Evangelio de San Juan*) que iban a formar parte de la obra total.

-De 1314 a 1323 reside en Estrasburgo, en el *Studium* de los dominicos, período en el que además de predicar escribe *El libro del consuelo divino*, hacia 1318 y tiene el cuidado espiritual de más de una veintena de monasterio a lo largo del curso del Rin.

-De 1323 a 1326 es regente en el Estudio General de Colonia y en 1326 comienza el proceso contra él por parte del arzobispo de Colonia, Henri de Vinneburg, proceso que conoce dos intentos, apelando Eckhart en el segundo (1327) al papa, privilegio que tenían los maestros en teología por París en caso de ser procesados.

En resumen, una vida vivida entre el magisterio teológico, la predicación y el gobierno, función esta a la que tuvo que dedicar mucho tiempo con todos los desplazamientos a pie, miles de kilómetros, que ejercer la función de provincial y de vicario le supuso, y ello sin abandonar nunca la predicación, sobre todo cuando estaba en la zona del Rin. Una vida en la que con frecuencia tuvo que sacrificar el desarrollo, hablando a modo humano, de su potencial intelectual para ejercer las funciones de gobierno que le pedían sus hermanos, sin que en sus escritos se encuentre la más mínima queja a este respecto. Algo que llama profundamente la atención, pero totalmente coherente con su concepción de espiritualidad y con su propuesta: la espiritualidad compatible con toda actividad, sin espacio ni tiempo, como dimensión presente y accesible en todos los quehaceres, espacios y tiempos, sin privilegio alguno por parte de estos.

Dos notas más, muy reveladoras de su espiritualidad, conocemos del Maestro Eckhart: el uso que, juntamente con algunos franciscanos y dominicos, comenzó a hacer del alemán en su predicación, y que lo hiciera para fomentar el cultivo de la más alta espiritualidad por parte del pueblo, de lo que hoy llamamos laicado, y en aquel tiempo fieles cristianos sin más. En el caso de los jóvenes dominicos, que como él conocían bien el latín, el tener sus pláticas con ellos en alemán se piensa que podría deberse a que esta lengua, aunque incipiente y todavía en gestación, le permitía más creatividad. Muy posiblemente se debiera a que, siendo lengua materna y popular, resultaba pese a todo más vivencial que el latín, lengua de la liturgia y de la academia. En el caso de los sermones dirigidos al pueblo las dos cosas iban completamente unidas. Predicaba en alemán para que también el pueblo llano recibiese la propuesta espiritual, y la propuesta espiritual era la misma que se exponía académicamente en latín, en los Estudios Generales y en la Universidad de París, era del más alto nivel. En Eckhart no había dos teologías ni dos espiritualidades, una para el mundo académico y letrado y otra para el pueblo, sino una sola teología y espiritualidad, un solo cristianismo. Método, argumentación y discurso eran diferentes, pero la espiritualidad como propuesta era la misma.

En su caso, como también en el caso de sus discípulos, Juan Taulero y Enrique Susón, su propuesta fue de tal calidad, tan teológica y tan espiritual a la vez, que no se ha vuelto a dar en la historia de los cristianismos en Occidente, ni siquiera con el Concilio Ecuménico Vaticano II (1962-1965) de la Iglesia Católica. Es cierto que este fue un concilio pastoral, esto es, que renovó la doctrina cristiana en función de la vida y por tanto propuso un cristianismo mucho más vital, pero su propuesta espiritual fue todavía la de una moral, la de un hacer sobre el ser, una espiritualidad esencialmente dualista, muy lejos de la que predicó y enseñó Eckhart. Aún y con toda la renovación que supuso del cristianismo la propuesta del Concilio Ecuménico Vaticano II sigue siendo la de una religión, no la de una espiritualidad; un

cuerpo de verdades en el que creer y a cuya luz vivir moralmente, no un camino de realización humana plena aquí y ahora. Como lo denunció lúcidamente el espiritual francés del siglo pasado, Marcel Légaut, fue una modernización del cristianismo como religión, pero no una recuperación del cristianismo como propuesta y camino espiritual.

La propuesta del Maestro Eckhart es directamente espiritual. Porque para él el cristianismo es propuesta de espiritualidad, y es accesible a todos, letrados y no letrados, clérigos, religiosos y laicos, todos llamados al mismo tipo de unión con Dios, todos llamados a ser unos en él y con él. Por ello su propuesta era la misma para todos y todos podían comprenderla y entenderla. Así lo argumentaba cuando sus superiores en la Orden, Orden de Hermanos Predicadores, desde las máximas instancias directivas de esta como son los Capítulos Generales, trataban de disuadirlo a él y a sus discípulos de predicar en alemán argumentando que el pueblo no sabe, no entiende de teología, menos aún de espiritualidad, y que cuando se le predica en esos términos se le confunde, argumento de vieja data y que se sigue repitiendo. «A esto respondo —escribe Eckhart al final de *El Consuelo Divino*— que si no está permitido instruir a los que no están instruidos, nadie podrá ser instruido y nadie aprenderá nunca a vivir y a morir.» Y sigue argumentando, «San Juan anuncia el Evangelio a los creyentes y también a los incrédulos para que se hagan creyentes; y sin embargo comienza su Evangelio por las más elevadas verdades que un hombre pueda decir de Dios aquí abajo y sus palabras, así como las de Nuestro Señor, han sido frecuentemente mal comprendidas». Muy posiblemente nunca la espiritualidad cristiana fue teológicamente tan exaltada y posiblemente nunca nadie, después de Jesús de Nazaret, tuvo tal confianza en la capacidad espiritual del ser humano como la tuvo el Maestro Eckhart. Su teología no solo fue muy diferente al común de las teologías sino su antropología o concepción del ser humano y de su metafísica o concepción del ser.

SER HUMANO, COSAS, DIOS. UNA PRIMERA APROXIMACIÓN

Difícil poder precisar hoy qué llevó a qué, biográficamente hablando, en el Maestro Eckhart, si la espiritualidad a su visión antropológica, cosmológica y teológica, del ser humano, del mundo y de Dios, o si estas a su espiritualidad. Como difícil, si no imposible, separar hoy *post eventum*, aquí habría que decir *post scriptum*, en su obra teológica, una de la otra. Y nosotros no vamos a entrar en ello. Sin embargo nos parece que haremos más fácil al lector la comprensión de los temas eckhartianos de fondo que van a seguir si, todavía en este capítulo preliminar y como una primera aproximación, adelantamos aquí su visión espiritual del ser humano, del mundo y de Dios, como el mismo Eckhart comienza haciendo en su tratado *Del hombre noble*.

El hombre noble o interior

Considerándolo parte de la revelación cristiana, el Maestro Eckhart asume convencidamente que en el ser humano hay dos naturalezas, cuerpo y espíritu, o mejor aún, dos hombres: un hombre exterior y otro hombre interior. Nada especial en ello, aún cuando de entrada tales categorías nos suenen dualistas, y con razón, e incluso morales y moralizantes. Con toda la inadecuación que este tipo de categorías lleva consigo, Eckhart las toma de san Pablo, así como las expresiones equivalentes, *hombre viejo/hombre nuevo*, *hombre según la carne/hombre según el espíritu*, que ya en Pablo tienen una significación bien precisa. No se trata de la oposición materia / espíritu, cuerpo / espíritu, ni de la antropología dualista maniquea que subyace a estas, sino de la oposición *Ley/Gracia*,

con todo lo que esta oposición supone, y en la que la moral, por religiosa que sea, caería de parte de la Ley: un actuar según la carne, racional, limitado, no gratuito, no espiritual. En otras palabras, estas categorías de Pablo son menos dualistas de lo que parecen y, desde luego, no son moralizantes. Pero hasta aquí, nada especial en el Maestro Eckhart. Este toma vuelo cuando al hombre interior lo llama el *hombre noble*, asumiendo que así lo llama la Escritura y el propio Jesucristo (THN, pp. 21 y 22), y comienza a decirnos qué entiende por él.

La expresión la toma del evangelio de Lucas 19, 12: «Un hombre noble se fue a un país lejano para ser nombrado rey y volvió», y su interpretación de la misma, así como de todas las citas bíblicas que continuamente hace, es, de acuerdo a su época, alegórica espiritual o más bien, en términos técnicos, anagógica. Ello en un texto que literariamente no admite tal interpretación. De manera que hoy el Maestro Eckhart no aprobaría el examen más elemental de exégesis bíblica. Pero su interpretación es coherente con la propuesta espiritual que significa el Evangelio, leyéndolo verdaderamente «en el Espíritu que ha inspirado todas sus palabras, el espíritu de Dios.» (LCD, p. 59) y por tanto «yendo al fondo» (DNE, p. 85), único modo correcto ayer y hoy de leer los textos genuinamente religiosos o espirituales como son en lo esencial los Evangelios. Además, en el Maestro Eckhart la expresión «hombre noble» es emblemática. Hasta el punto de dar nombre al tratado muy breve pero enjundioso del mismo título y sobre todo poder resumirse en ella toda su enseñanza, pues el *hombre noble* en Eckhart es el hombre y la mujer espiritual.

La advertencia con que comienza Eckhart es ya muy expresiva: «Con estas palabras nuestro Señor nos enseña toda la *nobleza innata y natural* del hombre y hasta qué punto puede divinizarlo la gracia» (THN, p.21). En otras palabras, para el Maestro Eckhart hablar del hombre noble significa hablar de la nobleza innata y natural del hombre, esto es, del hombre sin más. Y esto el Maestro Eckhart no lo olvida, al contrario, lo va a tener siempre muy presente. Sin dejar de creer que el origen

del ser humano es divino, está en Dios, no es de una dimensión humana supuestamente sobrenatural o divina de la que nos va a hablar, sino de la nobleza innata y natural del ser humano en tanto humano.

¿Qué es para el Maestro Eckhart el *hombre noble*? ¿Qué entiende por él? Todo lo opuesto al hombre exterior. “Del hombre exterior forma parte todo lo que, aunque inherente al alma, está unido y mezclado a la carne y actúa en cooperación corporal con cada miembro, ojo, oído, lengua, mano etcétera” (THN, p. 21). Es decir, el hombre exterior es el hombre que percibe, conoce y vive la realidad como le aparece vía los sentidos y el conocimiento ordinario, en términos, pues, de pluralidad, de espacio y de tiempo, y él en medio de ellos, por tanto, de una manera profunda y radicalmente dualista: un sujeto entre objetos, un ser movido por la necesidad y el deseo.

Este hombre mientras se comporte así, como hombre exterior, y no lo supere, podrá ser muy moral e incluso muy religioso, pero espiritualmente hablando no es un hombre logrado ni realizado, no puede dar buenos frutos, como dice Eckhart; digamos, no es verdaderamente espiritual. Es un hombre que incluso a nivel espiritual busca su realización donde no está, fuera de sí, en cosas, metas y procesos; realidades todas ellas parciales; que dependen del tiempo y son plurales, es decir, carecen de lo único que realiza al ser humano: lo que es uno, total y pleno ahora y aquí. Es un sujeto no unificado, profundamente dualizado como lo muestra su actuar en base a necesidades y deseos, y por tanto constitutivamente carente y sufriente. No es un ser plena y totalmente realizado, no es espiritual, aunque lo parezca. Incluso, y ello es bien elocuente en el Maestro Eckhart, es este hombre exterior, no el demonio, el adversario del hombre interior. «Al hombre exterior le es hostil y ha sembrado y echado en él malintencionadamente la cizaña.» (THN, p. 22).

El hombre noble, por el contrario, es el hombre interior. Tan uno en sí mismo, tan pleno y total, que «está suspendido

del bien mismo, insensible a esto o aquello» (THN, p. 22). Es decir, no tiene intereses ni deseos, se siente y es uno, liberado (“suspendido”) del mismo bien, pleno y total en sí mismo, y por lo tanto es como un árbol que da buenos frutos. En su vida no hay distinción entre ser y acción, porque es ser y acción total, y su realización es plena y total. No así el hombre exterior. En este sentido la diferencia y oposición entre hombre exterior y hombre interior no puede ser mayor: el hombre interior «es el buen árbol del que Dios dice que siempre da buenos frutos y nunca malos... El hombre exterior es el mal árbol que nunca puede dar buenos frutos.» (THN, p. 22). Las expresiones, además de bíblicas, en el Maestro Eckhart son radicales, y las mantiene, las reitera. La diferencia en términos de frutos entre hombre interior y hombre exterior es total, como entre el árbol que da buenos frutos y el árbol que los da malos. Es la misma diferencia que se da entre obra interior y obra exterior cuando no están integradas (LCD, p. 57).

Por asociación con el árbol, Eckhart hablará también de plantación y de semilla y lo que expresa es de suma importancia en su concepción del hombre interior o noble, por no decir del hombre sin más: «es el campo donde Dios ha plantado su imagen y semejanza y donde echa la buena semilla..., semilla de naturaleza divina. ¡Esta semilla es el Hijo de Dios, el verbo de Dios!» (THN, p. 22). Es el tesoro enterrado en el campo del que habla el Evangelio, puntualiza sabiamente el Maestro Eckhart (THN, p. 25).

El Maestro Eckhart habla de Dios plantando su imagen y semejanza en el ser humano, que ha echado en él su semilla. Cristiano y teólogo medieval como es, no puede en este nivel hablar del hombre sin hablar de Dios, es decir, sin utilizar un lenguaje teísta y, por tanto, dualista, pero veamos cuál es la concepción que tiene del ser humano, lo que califica de nobleza innata y natural del hombre.

Antes de nada, la categoría de *imagen* en el Maestro Eckhart es una categoría filosófica y teológicamente hablando muy potente. No es una simple metáfora ni una categoría teológica, de cuño bíblico y patrístico, para expresar cierto parecido o semejanza del ser humano con Dios; imagen o semejanza en la que se fundamentaría la dignidad del ser humano, como desde hace décadas plantea el Magisterio de la Iglesia católica y la teología.

Cuando Eckhart habla de imagen en el sentido filosófico y teológico, y de la manera enfática en que suele hacerlo, está hablando de aquello que tiene el mismo ser de lo que es imagen y al que se siente por tanto totalmente referida, ya que en sí misma la imagen no tiene ser propio —«pues aquello que ha de ser la imagen de otro, debe haber surgido de su naturaleza [la del otro] y haber nacido de él y ser igual a él.» (Sermón XVIa, *Dice un maestro...*, p. 228). Y cuando está hablando de la *imagen increada* del hombre en Dios, está hablando de la unidad sin distinción de Dios y del hombre, por lo tanto, de la naturaleza divina y única de ambos, que ya no son dos, sino Uno. La única diferencia, y ello en el lenguaje teológico de Eckhart, es que Dios *engendra* y la imagen es *engendrada*, y aún esta diferencia matizada, porque, en expresión de Eckhart, Dios engendra un alma capaz a su vez de engendrar, incluso de engendrar al mismo Dios, según la expresión «yo soy una causa de que Dios sea Dios» (Sermón 14, *Beati pauperes spiritu*, p. 197; Sermón LII, *Beati pauperes spiritu*, p. 374), o la más fuerte aún: «Desde esa pureza me ha engendrado eternamente, como su hijo unigénito, en la misma imagen de su paternidad eterna, para que yo sea padre y engendre a Aquel de quien nació», Sermón XXII, *Ave gratia plena*, p. 256).

Por ello, coherentemente, también igualará esta semilla con el Hijo de Dios. «¡Esta semilla es el Hijo de Dios, el verbo de Dios!», en el ser humano. El Hijo de Dios y el hombre fueron engendrados a la vez en Dios, eternamente, y, de nuevo aquí, son iguales, son uno. Ambos son hijos. La única diferencia que retiene Eckhart, clásica ya en su tiempo, es que el ser humano es por *gracia* lo que el Hijo de Dios es por *naturaleza*. El lenguaje

sigue siendo dualista, *gracia/naturaleza*. Pero la concepción en el fondo no lo es, o lo es mucho menos de lo que aparenta: Dios, Hijo de Dios y hombre son iguales, hasta el punto de que aquí los dos ‘hijos’ engendran también al Padre. Los tres son uno. Son la misma Unidad.

Consecuencia lógica de todo ello, esta imagen o semilla, que en su naturaleza divina se ha vuelto *connatural* al ser humano, nunca podrá ser destruida, extinguida o apagada en él, por mucho que se la recubra y se la esconda. Permanece siempre viva en el ser humano, en el fondo del alma dice el Maestro Eckhart, como una fuente de agua viva. Y, como semilla, si no se le impide, creciendo y subiendo hacia Dios, hacia la Unidad. Este es su ser y naturaleza más profundos, su ser interior, su ser *noble*. Connatural al ser humano, uno y divino desde siempre. «Dios es la misma Unidad que soy yo. En la que soy engendrado cuando permanezco con mi naturaleza en el seno y el corazón del Padre.» (LCD, p. 61). El lenguaje es religioso, de lo que está hablando, no. Está hablando de la dimensión antropológica más profunda del ser humano en cuanto ser humano, connatural al ser humano de todos los tiempos, de ayer y de hoy.

Lo que hace toda la diferencia es nuestra concepción antropológica, el ser humano por el que optamos y cultivamos en nosotros, el hombre exterior o el hombre interior, en otras palabras, la dualidad o no dualidad en nosotros y en todo. «Cuando el alma del hombre se vuelve completamente hacia la eternidad, allá arriba, solamente hacia Dios, la imagen de Dios aparece ella y se vuelve brillante, pero cuando el alma se vuelve hacia el exterior, aunque sea en ejercicios exteriores de virtud, la imagen está completamente escondida.» (THN, p. 25). Aquí, en este punto, es donde radica toda la diferencia. Si nuestro ser es interior y totalmente unificado, lo que es nuestra dimensión más profunda, la “imagen de Dios”, brilla en nosotros y todo lo vemos como uno. Si nuestro ser es exterior, dual y dualizado, esta dimensión está escondida, permanece escondida y todo lo vemos

como aparece, en términos de pluralidad, de no permanencia y de no realización.

De ahí que el alma tenga que desprenderse (“desnudarse”) y vaciarse de toda imagen, representación y conocimiento (dual), de toda dualidad, para recibir la imagen de Dios y que Dios nazca en ella. «En efecto, es preciso que el hombre salga de todas las imágenes y de sí mismo, que se vuelva completamente extraño y desigual a todas las cosas. Si verdaderamente quiere convertirse en el Hijo de Dios y recibir la filiación en el seno y el corazón del Padre. Pues toda mediación es extraña a Dios.» (THN, p. 25) En otras palabras tiene que superar toda dualidad y, con la dualidad, todo deseo e interés inherente a esta, para ser él mismo.

El hombre tiene que descubrirse a sí mismo, en su unidad y plenitud, y así ver, experimentar y sentir que lo único que necesita es volverse a sí mismo y ser él mismo. En expresión repetida del Maestro Eckhart, «El hombre debe aprender a sacar de su interior su sí-mismo y a no retener nada propio y a no buscar nada, ni provecho, ni placer, ni ternura, ni dulzura, ni recompensa, ni el paraíso, ni la propia voluntad.» (PI, 21. *Del fervor*, p. 92). Todo lo que el ser humano quiere ser, aquello que le realiza totalmente, está ya en él. Él es todo y en su ser tiene todo. Es, pues, de sí mismo y en sí mismo donde tiene que tomarlo todo. Es uno con Dios. Desde siempre es uno y existe ya en la Unidad. Su fondo y el fondo de Dios es el mismo fondo⁸. No necesita nada fuera de sí mismo. Sólo necesita ser lo que ya es en lo más profundo de su ser, uno en el Uno, uno en la Unidad. Porque «solo cuando el hombre está unido al Uno, puede ser Dios.» (THN, p. 26), puede ser él mismo, es él mismo.

Y, sin embargo, no es un tomar subjetivo, no es un volverse a su subjetividad ni un resultado de ella. Es un descubrirse y tomarse como objetivamente es, Dios, Unidad, algo anterior y superior a saberse y sentirse conocedor de ello, a tener conciencia de ello.

⁸ «Ahí el fondo de Dios es mi fondo, y mi fondo el de Dios. Ahí vivo de lo mío, así como Dios vive de lo suyo.» (Sermón Vb, *In hoc apparuit charitas Dei in nobis*, p. 178).

Por ello, ninguna contradicción entre el «sacar de su interior su sí-mismo», absolutamente todo, y sacarlo de Dios, al contrario, se trata de la misma convicción y de la misma enseñanza. El ser humano en sí mismo y Dios coinciden. Por ello, sin contradicción alguna el Maestro Eckhart puede decir: «el hombre noble coge y extrae todo su ser y toda su vida, toda su bienaventuranza, únicamente de Dios, por Dios y solo en Dios, pero no en el conocimiento, la contemplación y el amor de Dios, etcétera.» (THN, p. 28), y también puede decir: «Aunque fuera cierto que el alma no puede ser feliz si no tiene conciencia de su felicidad, sin embargo, no es esta en absoluto la conciencia de su felicidad; pues el primer fundamento de la bienaventuranza espiritual, es que el alma contemple a Dios sin velos; de ahí le vienen todo su ser y toda su vida; de ahí es de donde coge todo lo que es, del mismo fondo de Dios y no sabe nada del saber ni nada del amor, ni absolutamente nada de nada.» (THN, p. 28). Se trata del Dios “esencial” o como en sí mismo es, infinitamente superior al Dios “pensado” (PI, 6. *Del desasimiento y posesión de Dios*, p. 69), pensado subjetivamente, que en el fondo es construcción humana.

El ser humano debe hallar la unidad, allí donde esta solo se encuentra: en su ser más profundo, o sea, en sí mismo, en Dios y en todas las cosas vistas “en Dios”, en su ser profundo. Tratar de hallar la unidad en otra parte, por debajo de la Unidad, de Dios, dice el Maestro Eckhart, es engañarse. En la pluralidad o “destrucción”, este segundo término es de Eckhart, que él ve implicada en el “se fue“, o salida de sí mismo del hombre noble, ahí «no se encuentra ni Unidad, ni ser, ni Dios, ni descanso, ni felicidad, ni satisfacción. ¡Se es unidad, a fin de poder encontrar a Dios!» (THN, p. 26), es decir, la Unidad. Porque la unidad es la propiedad de Dios: «ser unidad en la unidad». (THN, p. 26).

De ahí la advertencia del Maestro Eckhart ya al final de su tratado: «Pues el hombre debe ser uno en sí mismo; esta unidad tiene que buscarla en sí mismo y en la Unidad; es necesario que la reciba en la Unidad y, por consiguiente, únicamente debe contemplar a Dios.» (THN, pp. 29-30). Para terminar, como

queriendo sintetizarlo todo, de esta manera tan poética y tan teológica, a la vez que tan lacónica: «¡La Unidad con la Unidad, la Unidad saliendo de la Unidad, la Unidad en la Unidad y, en la Unidad, ¡la Unidad eternamente!» (THN, p. 30)..

Criaturas y cosas

Ambos términos son muy recurrentes en el Maestro Eckhart, el primero, utilizado preferentemente con más propiedad, para referirse a todo lo creado por Dios, y el segundo, con un sentido más amplio, para referirse a todo lo que presenta un carácter objetivo o de cosa, tanto sea creado por Dios tanto sea producto o resultado del ser humano. Pues bien, en Eckhart también las cosas, todas, tanto las creadas por Dios, propiamente hablando “criaturas”, como las concebidas y construidas por el ser humano, son portadoras de un doble ser, en correspondencia con el doble ser, interior y exterior, del ser humano, y con su doble capacidad de conocimiento, interior y exterior. Se trata de las criaturas como son “vistas o conocidas en sí mismas” y de las criaturas “vistas en Dios”. Las criaturas vistas en sí mismas, lo que el Maestro Eckhart llama “conocimiento de tarde”, son como aparecen, plurales, distintas, espaciadas y temporales. En sentencia de Eckhart «toda la creación se ve en imágenes distintas». «Pero cuando se conoce a las criaturas en Dios —lo que Eckhart llama “conocimiento de mañana”— se ve a la criatura sin la menor distinción, sin ninguna de las imágenes que la representaban y sin semejanza absolutamente con nada, en la Unidad que es Dios mismo. Y esto es lo que nuestro Señor entiende cuando dice que un hombre noble se fue. Noble, porque es uno y porque en la Unidad conoce igualmente a Dios y a la criatura.» (THN, p. 27). De nuevo aquí el concepto de imagen, de eternidad o de imagen increada y creada, y de unidad.

Como el ser humano existe en Dios en tanto imagen increada, engendrado por él e indistinto de él, todas las cosas existen en Dios de la misma manera, desde siempre. Y cuando son vistas

o conocidas así, son vistas y conocidas sin ninguna distinción, en la Unidad que es Dios mismo. Porque no hay diferencia ni distinción entre Dios y criaturas existentes en él. Porque la Unidad verdaderamente es tal, Unidad. A la imagen increada el Maestro Eckhart también la llama imagen o imágenes *primigenias* -«imágenes primigenias carentes de imágenes, e imágenes más allá de la imagen» (Sermón XXII, *Ave gratia plena*, p. 255)-. Y por ello con esta terminología ha podido expresarse así: «En Dios, las imágenes primigenias de todas las cosas son iguales; pero son las imágenes de cosas desiguales. El ángel supremo, el alma y el mosquito tienen una y la misma imagen primigenia en Dios.» (Sermón IX, *Quasi stella matutina*, p. 195). E incluso, «En Dios todas las cosas son iguales y son Dios mismo» (Sermón XII, *Qui audit me*, p. 211), «En Dios ninguna criatura es más noble que otra» (Sermón III, *Nunc scio vere*, pp. 167-168).

Las cosas creadas, creadas pues en el tiempo, no pierden esta cualidad o propiedad, la conservan. Porque, en términos de creación y de Dios, «Dios comienza por dar el ser a toda criatura y solo después le da, *en el tiempo, pero a la vez fuera del tiempo y sin nada que pertenezca al tiempo*, todas las propiedades acordes a su naturaleza temporal» (THN, p. 29, subrayado nuestro). Es decir que, incluso en su ser plural y espaciotemporal y vistas con el conocimiento de la ‘tarde’, conservan su carácter de imagen de Dios y pueden ser conocidas con el conocimiento de la ‘mañana’, en la Unidad a la que refieren con todo su ser y en la que existen. Tal es la experiencia de los espirituales cuando en todas las cosas ven a Dios (el Todo, Uno y Unidad) y, mejor aún, cuando todas las cosas las ven en él.

Vistas así las cosas, todas son iguales, incluso en tanto creadas, pero mucho más, totalmente, como increadas: «Dios da a todas las cosas de la misma manera y, en la medida que estas cosas emanan de Dios, son iguales; sí, ángeles, hombres y todas las criaturas surgen primero iguales de Dios... Pero si ya son iguales en el tiempo, lo son mucho más en Dios, en la eternidad. ... En Dios todas las cosas son iguales y son Dios

mismo» (Sermón n° 5, *Qui audit me, non confundetur*, p. 147). Y Eckhart pone un ejemplo, provocador como casi siempre: un mosquito tal como está en Dios, es más noble que el ángel más elevado. Aunque ello no le impedirá hacer sentar dentro de esta igualdad una diferencia abismal entre alma (ser humano) y cosas, ello hablando en términos de la presencia de Dios en ellas. En las cosas Dios está en tanto esencia, en el alma está como quien engendra, creando filiación. Las cosas serían huella de Dios, el alma, imagen de Dios (Cf. DNE, p. 87).

Por el contrario, las cosas como meramente creadas, sin la dimensión que tienen en Dios, no solo no son ni siquiera lo que aparentan ser, diferentes entre sí, plurales, espaciotemporalmente limitadas, por tanto impermanentes, no realizadoras, sino que son nada. «Todo lo que es creado, eso es la nada.» (Sermón n° 5, *Qui audit me, non confundetur*, p. 147)⁹. Nosotros diríamos son producto de nuestra necesidad y de nuestro deseo, no son lo que las cosas en sí mismas consideradas son, absolutas, unas y totales.

De ahí la necesidad de salir totalmente de ellas y volverse a Dios. Salirse de ellas, de su ser dual e interesado, y volverse a Dios como Unidad, al Dios que está por encima de “Dios”. Salirse de lo parcial, incluso cuando es aparentemente espiritual, y volverse al todo. De ahí la importancia del desapego y desasimiento total con respecto a todas las cosas, como medio necesario de superar la dualidad y autodescubrirse Unidad.

El camino es doble y positivo: vivir las cosas en su unidad, y desde la unidad que es uno. No se trata de una renuncia ascética, se trata, negativamente expresado, de renunciar a todo lo que no es real, porque es dual y porque es parcial, porque no es realizador; y positivamente expresado, de unidad y plenitud en todo, de la unidad en todas las cosas y de la unidad en nosotros mismos, que es la misma unidad. Una unidad tan positiva que,

⁹ *Sermón Surrexit autem Saulus de terra apertisque oculis nihil videbat*, que Amador Vega titula “el fruto de la nada” en su edición del Maestro Eckhart, *El fruto de la nada. Y otros escritos*, p. 91.

cuando tal sucede, hasta las distinciones se vuelven unidad. «En verdad, si fueras completamente unidad, permanecerías siendo uno en la distinción, las distinciones se volverían unidad para ti y cesarían de ser un obstáculo» (THN, p. 26). Porque «La Unidad continúa siendo unidad, tanto en millares y millares de piedras como en cuatro piedras y mil veces mil es verdaderamente un número tan simple como cuatro» (THN, p. 26)

Uno en la distinción (pluralidad), y las distinciones (pluralidad) volviéndose unidad. La precisión del Maestro Eckhart es muy adecuada y da pie para enfatizar el carácter positivo de su exigencia de desapego y desasimiento de las cosas. En el fondo, ni siquiera se trata de abandonar la pluralidad, y con la pluralidad las cosas.

No se trata de renunciar al espacio y al tiempo. Se trata de percibirlo y vivirlo todo, pero de verdad, sin autoengaño, en términos de Unidad. Se trata de vivir todo en la Unidad y en el ser total que le asiste y del cual es imagen, tomada esta expresión en el sentido radical con que suele utilizarla Eckhart.

Dios (Gott) y Deidad (Gottheit)

En Dios no hay un doble ser, no hay dos Dioses, pero sí hay dos formas profundamente diferentes de concebirlo, de acuerdo con el esquema increado/creado, que el Maestro Eckhart con razón gusta enfatizar y que es necesario tener en cuenta para entender más fácilmente sus enseñanzas. En efecto, Dios también puede ser pensado fuera del tiempo y en el tiempo, antes de la creación y como creador, y las consecuencias en términos de diferencia de cómo se lo conciba son muy grandes. Dios concebido como creador es un Dios vinculado con las criaturas, pensado con “modo”, como dice Eckhart en términos de la teología escolástica de su época, esto es, en términos cualitativos, como Dios Creador, Todopoderoso, Omnisciente, etc., en el fondo, codependiente de las criaturas y necesitado de “añadidos” que en realidad no le añaden nada a Dios. Es pues un Dios dual,

necesariamente concebido y pensado siempre en referencia a algo, creación y criaturas, espacio y tiempo, algo que no es él, que existe fuera de él. A este Dios es al que Eckhart llama “Dios” (*Gott*). Es un Dios profundamente lejano de la Unidad y que por lo mismo servirá como concepto explicativo y causal de muchas cosas o, al menos, así es pensando, pero que no realiza al ser humano. Por su misma naturaleza dual, nunca puede satisfacer plenamente al ser humano, resultando ser un Dios siempre buscado, pero nunca encontrado. Un Dios “pensado” más que “esencial”, como dirá el Maestro Eckhart (PI, 6. *Del desasimiento y posesión de Dios*, p. 69)

Limitado por esta concepción y mientras no la supere, el ser humano no puede concebir a Dios como en sí mismo es, en el eterno presente que lo caracteriza, uno e indistinto de todas las cosas existentes desde siempre ya en él. Dios al que el Maestro Eckhart prefiere llamar Deidad (*Gotttheit*), y más preferentemente, de manera todavía más abstracta, Uno y Unidad, es Dios antes de Dios. Este es el Dios como era antes de la creación y como lo sigue siendo y lo será siempre, el Dios Uno y Unidad. El Dios no concebido por relación a las criaturas ni a su actuar en el tiempo. El Dios en el que todo, tanto lo increado como lo creado, existe en sus imágenes primigenias, sin ninguna diferencia entre sí y con él. El Dios Uno y Unidad, en el que todo lo que es unidad y tiende a la unidad, ser humano, alma, criaturas, todo se realiza, porque todo es Uno y Unidad.

La diferencia entre Deidad y Dios no puede ser mayor. En palabras de Eckhart «son realidades tan distintas como el cielo y la tierra» (Sermón 13, *Nolite timere eos qui corpus occidunt*, p. 189), la operación y la no operación¹⁰. Y no es por casualidad o por simple asociación de ideas que esta distinción la asocie con la

10 Términos escolásticos equivalentes a actuación y no actuación, entre los cuales la diferencia no puede ser mayor, ya que el ser que tiene que actuar (todas las criaturas) es porque algo le falta, en el fondo mucho, es carente y necesita actuar (operar) para completarse. Mientras el ser que no tiene que actuar (Dios en términos de Deidad) es porque lo es todo, no tiene carencia de nada, es la Unidad.

distinción existente entre el hombre interior y exterior (cf. *Id.*), como hay que asociarla también con la distinción existente entre obra interior y obra exterior. Porque en el fondo se trata de la misma diferencia. Una diferencia infinita, entre lo que es y lo que no es, entre dualidad y Unidad, entre proceso y plenitud, entre tiempo duración y el ahora eterno.

Una diferencia significativa y elocuente. De Dios se habla, y se habla mucho, como son muchos los conceptos que hay al respecto. Sobre sus nombres se han escrito gruesos libros, dice el Maestro Eckhart. Sobre Dios Deidad no se puede decir nada. ¿Y por qué no se puede decir nada? Porque es Uno y por ello literalmente inefable. Todo lo que está en la Deidad es Unidad y no se puede decir nada de ello.» (*Id.*). “Dios y la Deidad difieren como la operación y la no operación» (*Id.*). En la Deidad como lugar, si así pudiéramos hablar, en lo que el Maestro Eckhart llama *Fondo, Lecho, Riachuelo y Fuente* de la Deidad, «“Dios” desaparece» (*Id.*). Porque es una creación dual nuestra, en correlación con nuestras necesidades y deseos.

Dios Deidad es Unidad, realización, plenitud. Dios creador es dualidad, no unidad, no realización. En este contexto se entiende bien la justeza de la expresión tan famosa del Maestro Eckhart. «Por eso es que le pido a Dios que me libere de Dios» (Sermón n.º. 14, *Beati pauperes spiritu*, p. 193; Sermón LII, *Beati pauperes spiritu*, p.374).

De esta manera se comprende que la propiedad de Dios Deidad es la unidad. En otras palabras, Dios es Deidad porque es Uno y es la Unidad. Esta es su propiedad. «Su propiedad es ser unidad en la unidad» (THN, p. 26). «La naturaleza divina es Unidad y cada persona [de las personas divinas] es igualmente Unidad, esta misma Unidad que es su naturaleza.» (*Ibid.*). Y esto es lo que atrae a todas las criaturas, la Unidad, no el que Dios sea Dios, creador, todopoderoso, etc. Ellas tienden a la unidad, porque ellas mismas en su ser más profundo son unidad y su ser solo puede terminar y realizarse en la Unidad. En ninguna otra

cosa inferior: «en la Unidad se encuentra Dios y aquel que debe encontrar a Dios debe convertirse en unidad.» (THN, p. 26).

Dios es tan Uno que la Unidad es lo único que le motiva a actuar, es decir, su propio ser. No conoce otra motivación ni otro objetivo. No los puede conocer, solo a sí mismo. De ahí que, como sucederá también al alma y, en el fondo, a toda la naturaleza (THN, p. 52), Dios deteste incluso la semejanza, y toda mediación le resulte extraña (THN, p. 25).

Dios es Unidad y plenitud, «Dios no es ni esto ni aquello» (Sermón Va, p. 176), expresión muy reiterada en el Maestro Eckhart. De él no se puede hacer ningún concepto ni representación. Y no conoce ni admite mediaciones. Semejanzas y mediaciones son expresiones de dualidad. A la Unidad solo se puede ir desde la unidad. Lo semejante tiene principio, la unidad no. «La unidad es principio sin principio.» (LCD, p. 50). En síntesis, «Dios detesta todo lo que le es extraño y lejano. Hacia la unidad es hacia donde atrae y llama Dios, la Unidad es lo que buscan todas las criaturas, incluso las más inferiores.» (LCD, p. 62).

En fin, Dios es tan Uno, que no conoce el tiempo. Su tiempo es el ahora presente, este ahora que es eterno. En él existe y en él crea todo. «Dios crea el mundo [en el eterno] “ahora” y todas las cosas son igualmente nobles en ese día» (Sermón X, *In diebus suis placuit Deo et inventus est iustus*, p. 203). De ahí que «El pasado y el porvenir son, en efecto, extraños a Dios.» (LCD, p. 60). Y por ello está igualmente presente en todos los sitios y en todo momento (LCD, p. 55).

UNIDAD EN LA UNIDAD, Y EN LA UNIDAD, LA UNIDAD ETERNAMENTE

Difícil Unidad y desasimiento son los dos grandes temas del Maestro Eckhart, en los que se resume y sintetiza toda su enseñanza en tanto propuesta espiritual. Aunque considerado aún más sintéticamente, solo hay un tema, la Unidad. Como solo hay una realidad, la Unidad, hacia la cual la unidad que significa el desasimiento radical de todo es el único camino. Y, por tanto, una sola espiritualidad, la Unidad. De hecho, el Maestro Eckhart no utiliza la expresión espiritualidad. No era expresión de su tiempo. Él habla de la unión con Dios, del nacimiento de Dios en el alma y, como requisito y resultado de esta unión y nacimiento, de la Unidad. Pensando en la espiritualidad como “contenido”, si es que así podemos pensarla, lo que solo es una forma de hablar, Unidad es como podríamos llamarla, siempre en términos del Maestro Eckhart. En esta categoría queda expresada, pues, toda su propuesta. No hay otra que la sintetice mejor: la unidad como no dualidad, la unidad como realización humana plena, y ello en el único tiempo que existe, en el tiempo sin tiempo, en el ahora eterno. Recordemos cómo el Maestro Eckhart pone fin, sintetizando, a su breve tratado *Del hombre noble*: «¡La Unidad con la Unidad, la Unidad saliendo de la Unidad, la Unidad en la Unidad y, en la Unidad, la Unidad eternamente!»

La unidad, ser y ley gravitacional de todo

La unidad en el Maestro Eckhart es ante todo la aspiración que rige todo lo creado, y así lo declarará enfáticamente: «la Unidad es lo que buscan todas las criaturas, incluso las más inferiores» (LCD, p. 62). Nada escapa a esta aspiración. La unidad rige todo,

y todo, absolutamente todo, aspira a la unidad. Y aspira a ella con todo su ser. De manera que para el Maestro Eckhart no se trata solamente de la ley más universal sino también, y a la vez, de la más profunda. Una especie de ley gravitacional que rige y direcciona todo, íntimamente relacionada con su realización, que solo se da en la unidad, pues la aspiración a la unidad es la aspiración a la realización plena.

Se ha dicho que no puede haber espiritualidad sin una cosmología y antropología pertinentes (Raimon Panikkar¹¹). Pues bien, esta es la cosmología, sino más bien la metafísica, del Maestro Eckhart, su visión de las cosas: todas ellas atravesadas por la aspiración a la unidad. Una cosmología y metafísica no separada de la antropología ni de la teología, y desde sus fundamentos, profundamente espiritual: la unidad en todo, la unidad en la Unidad. En el fondo, una epistemología certera y potente, y una construcción teórica de igual poder, que le permite explicar todo, lo cosmológico, lo antropológico y lo teológico-espiritual, sin necesidad de cambiar de enfoque ni de planteamiento. Hasta el punto de dar la impresión, por su grandiosidad, precisión y encaje, de estar ante una gran construcción física, cósmico-espiritual, como las catedrales góticas de su tiempo, y el Maestro Eckhart moviéndose como experimentado encajador de la misma.

La clave está en que todas las cosas están hechas de la misma “materia” de la que está hecho todo lo demás: «En Dios todas las cosas son iguales y son Dios mismo» (Sermón XII, *Qui audit me*, p. 211). Expresado de otra manera, «Dios comienza por dar el ser a toda criatura y solo después le da, *en el tiempo, pero a la vez fuera del tiempo y sin nada que pertenezca al tiempo*, todas las propiedades acordes a su naturaleza temporal» (THN, p. 29, subrayado nuestro).

Antes de la creación y, por tanto, del tiempo, Dios les da el ser a todas las cosas, su propio ser, divino, uno, sin distinción ni

11 Raimon Panikkar, *Ecosofía. Para una espiritualidad de la tierra*, San Pablo, Madrid 1994; *Invitación a la sabiduría*, Espasa Calpe Madrid 1998.

dualidad. Por tanto, en Dios todas las cosas son iguales a Él, son Dios. La razón de ello es que Dios no puede hacer o crear algo inferior a sí mismo ni distinto de él. Y luego, «en el tiempo, pero a la vez fuera del tiempo y sin nada que pertenezca al tiempo», esto es, en el presente eterno, todas las propiedades acordes a su naturaleza temporal, propiedades acordes con su ser de imágenes de Dios, propiedades pues de unidad e igualdad en la pluralidad. De manera que las cosas, unas en sí mismas y plurales en el tiempo, con todo su ser, incluido el de su pluralidad, tienden a la unidad. Porque en el fondo la unidad es su ser y así aparecen ante el hombre interior o ejercitado, lo que permite al Maestro Eckhart poder expresarse de la siguiente manera: «Sin embargo, las apariencias externas no son ninguna cosa externa para el hombre ejercitado, porque todas las cosas externas tienen para el hombre interior una *divina [e] interna forma de existencia.*» (PI, 21. *Del fervor...*, p. 91, subrayado nuestro). En otras palabras, para el hombre interior, o espiritual, no hay nada meramente externo a él, limitado, temporal, contingente. Todo ello es expresión de una *divina e interna forma de existencia.* Todo es uno, divino, absoluto.

En el Maestro Eckhart la tendencia a la unidad es postulable incluso en el orden de lo físico, como se ve en su ejemplo de la copa que, totalmente vacía, incluso del aire, subiría hacia arriba, hasta el cielo —«Si el hombre pudiera hacer el vacío completo en una copa y mantenerla vacía de todo lo que pueda mantener, vacía incluso del aire, indudablemente la copa abandonaría y olvidaría toda su naturaleza, su vacuidad la elevaría hasta el cielo.» (LCD, p. 50)—, y el todavía más frecuente de la madera y el fuego que, siendo diferentes, al arder se hacen uno. Son ejemplos extrínsecos, aunque no tanto, de la unidad que según Eckhart subyace a todo y a la que tiende todo. Aunque cuando él habla de unidad es sobre todo para referirse al ser profundo de todas las cosas, antes de toda pluralidad.

En este mismo orden de las cosas no se puede dejar de registrar su convicción de cómo, en su tendencia a la unidad, la misma naturaleza profunda de las cosas, que él aquí llama

«presencia oculta de la naturaleza», detesta la semejanza. Tan fuerte y profunda es la tendencia a la unidad. «Y añadiré aunque la presencia oculta de la naturaleza no solo detesta en secreto la separación sino también la semejanza, puesto que esta aún lleva distinción y dualidad» (LCD, p. 52). Y la presencia oculta de la naturaleza, la naturaleza en su ser más profundo, en la semejanza solo busca y ama la Unidad, el mismo comportamiento que el Maestro Eckhart reconocerá darse en Dios y en el alma, la Unidad que es el mismo “Padre” (LCD, p. 52).

La unidad en el alma y del alma o la unidad en el ser humano y del ser humano

Si las cosas de la naturaleza, todo lo creado, desde su ser más profundo tienden a la Unidad, el alma humana, que en la antropología actual para nosotros sería el ser humano en su dimensión más profunda¹², tiende, según el Maestro Eckhart, todavía mucho más y de una manera muy especial. El objetivo o intencionalidad con la que ha sido creada, su forma especial de ser imagen de Dios, ambas propias del alma en tanto realidad creada, y la unidad que la caracteriza en tanto realidad increada, todo ello la impulsan inconteniblemente a la unidad.

En primer lugar, porque como una criatura más, creada a imagen de Dios, nacida a partir de la unidad, tiende naturalmente a esta. : «Yo digo que es su naturaleza de imagen, su nacimiento a partir de la Unidad lo que lleva al alma hacia Dios, porque Dios es la unidad en esta unión natural anterior a todo nacimiento...» (LCD, p. 50), máxime si se tiene en cuenta que entre imagen y aquello de lo que es imagen la unión es tan grande que resultan inseparables (Sermón XLIII, *Adolescens, tibi dico: surge*, p. 334).

12 O “dimensión absoluta” (DA), sin contenido ni forma, como la llama un autor actual, Marià Corbí, contraponiéndola a la “dimensión relativa” (DR) o en función de la vida, las dos dimensiones que constituyen el ser humano en cuanto animal viviente dotado de habla. Cf. *Reflexiones sobre la cualidad humana en una época de cambios*, Verloc&CETR, Barcelona 2012, pp. 161-181.

En segundo lugar, porque el alma es una criatura especial, muy diferente de las demás criaturas, en las que la presencia de Dios también es profundamente diferente. Sobre esta presencia, y su diferencia, de Dios en las cosas y en el alma, se pregunta explícitamente Eckhart, ya que en principio para él «En Dios todas las cosas son iguales y son Dios mismo» (Sermón XII, *Qui audit me*, p. 211). Y dice: en las cosas Dios está en tanto que esencia, actividad e incluso sensibilidad, pero «solo se engendra en el alma» (DNE, p. 87). Expresado de otra forma, «Todas las criaturas son una huella de Dios, pero el alma es en su naturaleza imagen de Dios» (*Ibid.*). Es decir, el alma en tanto creada es capaz de una relación realizadora, de Dios en ella y de ella en Dios. Ninguna otra criatura tiene tal cosa.

Esta singularidad el Maestro Eckhart la expresa diciendo: «el alma en su naturaleza es imagen de Dios» y Dios «solo se engendra en el alma». En esta su naturaleza, el alma comienza a percibirse y percibir todo, incluido Dios, en términos de unidad, y tender hacia ella como a su realización. Sólo ella tiene esta capacidad dinámica y vital de absoluto. Por la “creación” especial de la que ha sido objeto, según la expresión de Eckhart: «Pero al alma no la ha creado sólo según la imagen que se halla dentro de Él, ni según aquello que de Él emana [y] se enuncia de Él, sino que la ha hecho según Él mismo» (Sermón XXIV, *Acoged en vosotros...*, p. 263).

El objetivo e intencionalidad con los que ha sido creada por Dios es que el hombre sea hijo de Dios, de igual manera que lo es el Hijo, sin ninguna diferencia ni distinción, formando una sola y misma unidad, siendo unos con el Padre, con Dios y en él, tesis continua y radicalmente reiterada por el Maestro Eckhart. De manera que esta es la razón de la existencia de todo lo demás: que el hombre llegue a ser uno con Dios o, expresado en términos de nacimiento, implicado este en el engendrar, que Dios nazca en el alma y el alma nazca de Dios. «Si alguien me preguntara: ¿por qué rezamos, por qué ayunamos, por qué hacemos todas nuestras obras, por qué somos bautizados, por qué se hizo hombre Dios,

lo cual fue [el hecho] más sublime, yo diría: A fin de que Dios naciera en el alma y el alma naciera en Dios. Por esta razón se escribió toda la Escritura, por ello creó Dios el mundo y toda la naturaleza angelical: para que Dios naciera en el alma y el alma naciera en Dios» (Sermón XXXVIII, *In illo tempore missus est ángelus Gabriel a Deo*, p. 310).

Pero el alma tiende especialmente a la unidad, si así se puede hablar, ya que lo que “es” no “tiende a”, porque ella en sí misma es Unidad o, mejor aún, es la Unidad: «Dios es la misma unidad que yo soy» (LCD, p. 61). Y aquí, en esta dimensión y punto está el aporte quizás más genial y original del Maestro Eckhart, además de su enseñanza más reiterada.

Hay una parte del alma, la parte más pura y noble de la misma, la más profunda, que el Maestro Eckhart llama de muchas maneras, *potencia, entendimiento, esencia, fondo, cabeza, chispa...*, resultándole todas ellas tan limitadas e insatisfactorias, que, a la postre, no sabe cómo llamarla. En el fondo, porque no se la puede llamar, porque literalmente hablando es innombrable. Y es innombrable porque, como Dios, es una, no creada e increable. «He dicho a veces, a propósito de este pequeño puesto [fortaleza o ciudadela], que era una potencia en el espíritu, la única que es libre. He dicho igualmente que era una vigía del espíritu; y también que era una luz del espíritu; y a veces incluso que era una pequeña chispa. Y ahora os digo que no era nada de todo eso. Y sin embargo es algo superior a esto o a aquello, superior al cielo y a la tierra» (Sermón n.º. 1, *Intravit Jesus in quoddam castellum*, p. 121). «En el primer toque con el cual Dios ha tocado y toca al alma en su carácter de no-creada y no creable, allí el alma es —en cuanto al toque de Dios— tan noble como Dios mismo. Dios la toca según [es] Él mismo.» (Sermón X, *In diebus suis placuit Deo et inventus est iustus*, p. 203).

Tan una, y por ello, no creada e increable, que nadie ha podido nunca ni siquiera echar una mirada en ella, no digamos ya entrar, ni el mismo Dios. Porque para que Dios pueda echar una

mirada en ella, «tendrá que despojarse de sus nombres divinos y de la propiedad de sus Personas; será necesario que deje todo fuera, si quiere mirar en el interior» (Sermón n.º. 1, *Intravit Jesus in quoddam castellum*, p. 122). Para entrar en esta parte del alma, Dios mismo tiene que volverse unidad y simplicidad totales, como lo es el alma en esa parte. Sólo así puede entrar en este Uno, que Eckhart llama la “ciudadela” o “fortaleza del alma”, expresión que de momento le parece la más noble de las que ha utilizado otras veces (*Ibid.*).

En su ser más profundo el alma es tan simple y una, que ni Dios mismo, se refiere al Dios con “modo”, ha podido echar una mirada en ella. En esa parte el alma es totalmente una, como Dios. Porque es una en Dios y con él. Una, no unida. «Hay en el alma un algo tan afín a Dios que es uno sin estar unido» (Sermón XII, *Qui audit me*, p. 210). De ahí que, dicho sea de paso, esta parte del alma sea el único lugar digno de Dios, el único en el que él puede engendrar, engendrándose y naciendo en ella. Porque es totalmente uno y simple.

¿Cabe expresar con mayor radicalidad y profundidad hasta qué punto el alma es una y, por tanto, el ser humano en su dimensión humana más profunda? Difícilmente, aunque en el mismo Maestro Eckhart con frecuencia puede encontrarse al respecto un lenguaje teológico quizás más impactante aún por lo inusual, como cuando declara que respecto de Dios somos tan hijos como su Hijo, e incluso un lenguaje más extremo, en el que a veces parece poner y pone el alma por encima del mismo Dios. Y, recordemos, cuando el Maestro Eckhart habla así del alma, está hablando del ser humano en su dimensión más profunda, no de una dimensión sobrenatural, superhumana.

La igualdad del alma con Dios el Maestro Eckhart la expresa reiteradamente, y siempre con el lenguaje enfático que le es tan propio. Desde luego hablando en términos de uno y unidad, como cuando dice. «Dios es la misma Unidad que yo soy» (LCD, p. 61).

«Dios y yo somos uno» (Sermón n.º. 3, *Justi autem in perpetuum vivent*, p. 134). Pero igualmente hablando en otros términos, que en él resultan funcionalmente equivalentes, isomórficos, como el hombre bueno y la Bondad. «El hombre bueno y la bondad no son más que una sola bondad, con la restricción de que el primero es engendrado y la segunda engendra. Y el engendrar de la bondad y el nacimiento del hombre bueno no son más que un mismo y único ser, una sola y misma vida.» (LCD, p. 35). Por cierto, que al expresarse así advierte sabiamente: «Todo lo que acabo de decir de lo bueno y de la Bondad es válido para el veraz y la Verdad, el justo y la Justicia, el sabio y la Sabiduría, el Hijo de Dios y Dios...» (LCD, p. 36). En otras palabras, la igualdad en la unidad del hombre con Dios no es una ocurrencia o audacia expresiva en el Maestro Eckhart, es una convicción filosófica y teológica fundamental y profunda sobre la que no abriga la menor duda. De ahí que sea tan redundante en ella.

Pero como decíamos, quizás hay en él un lenguaje teológico todavía más impactante, si no más extremo, al menos por ser menos usual. Nos estamos refiriendo al lenguaje en el que expresa que Dios engendra a su Hijo en el alma desde toda la eternidad, que los engendra iguales, Hijo e hijos, Hijo y seres humanos, amando Dios al alma más que a su Hijo y poniéndola incluso por encima de Dios.

Mantenida la diferencia entre engendrar (Dios) y engendrada (el alma), engendrado por naturaleza (Hijo de Dios) y engendrados por la gracia (hijos de Dios en el alma), para el Maestro Eckhart no hay ninguna diferencia entre el Hijo de Dios y el hombre engendrado hijo en el alma. «El Padre engendra a su Hijo en el conocimiento eterno, y exactamente de la misma manera el Padre engendra a su Hijo en el alma como en su propia naturaleza y lo engendra para que pertenezca al alma, y su ser depende de que —gústete o no— engendre a su Hijo en el alma. (...). Donde el Padre engendra dentro de mí a su Hijo, allí soy el mismo Hijo y no otro; es cierto que somos diferentes en el ser-

hombre, más allá soy el mismo Hijo y no otro. (Sermón IV, *Omne datum optimum...*, p. 172).¹³

Y todo esto ocurre en el alma y solo en el alma: engendramiento único del Hijo y del hijo, o de los hijos, que implica un solo y mismo nacimiento, *nacimiento eterno*, del Hijo en nosotros y de nosotros en el Hijo y con él. Todo ello, porque el Hijo es la imagen perfecta del Padre y nosotros somos engendrados en esa misma imagen, no en otra, menos aún en algo inferior. «El Padre engendra a su Hijo en lo más entrañable del alma, y te engendra a ti junto con su Hijo unigénito [y] no [en condición] inferior.» (Sermón XXX, *Praedica verbum*, p. 286). Entre el Hijo y nosotros la igualdad es total. «Esta imagen es el Hijo del Padre y esta imagen lo soy yo mismo» (Sermón XVIa, *Dice un maestro...*, p. 227).

No solamente nos ha engendrado iguales a su Hijo, sino que en cierto modo nos ha hecho privilegiados, amándonos y dándonos más que a él. Desde luego lo que Dios ha dado a Jesucristo en su naturaleza humana, según Eckhart nos lo ha dado también a nosotros, de manera que entre la naturaleza suya y la nuestra no hay diferencia, es una sola. «Todo cuanto, en algún momento, le dio a Él en [su] naturaleza humana, no me resulta ni más extraño ni más distante que a Él.» (Sermón Va, *In hoc apparuit charitas Dei in nobis*, p.174). Pero, es que, además, lo que le dio a él, se lo dio en función de nosotros, mirándonos y amándonos a nosotros (*Ibid.*). Más aún, nos ha hecho engendrados, de su Hijo, de nosotros mismos y de él mismo, de Dios. ¡Somos engendrados de Dios!

Dios, que «se entrega de una manera engendrante» (LIX *El profeta Daniel dice: Te seguimos*, p. 396), hace que nosotros junto con él engendremos al Hijo, al Hijo natural: «Dios tiene todo su placer en el nacimiento, y por eso engendra a su Hijo en nuestro

13 Cf. Sermón VI, *Iusti vivent in aeternum*, p. 184; Sermón X, *In diebus suis placuit Deo et inventus est iustus*, p. 202; Sermón XII, *Quit audit me*, p. 209; Sermón XXIX, *Convenscens praecepit eis*, p. 284.

fiero íntimo para que tengamos en ello todo nuestro deleite y engendremos junto con Él al mismo Hijo natural» (*Ibid.*). Porque Dios no puede obrar nada sin nosotros (Sermón XIV, *Surge, illuminare, Ierusalem*, p. 222). Al ser unos con él, no puede hacer nada sin nosotros y no nos puede excluir (Sermón XXV, *Moses orabat dominum deum suum*, p. 267). Con él engendramos al Hijo, nos engendramos a nosotros mismos, e incluso engendramos a Dios, sí, al mismo que nos engendró.

Dada la concepción que el Maestro Eckhart tiene del alma y de su unidad en Dios y con él, la unidad no sólo es una aspiración del alma, del ser humano, sino una realidad, el ser mismo del alma: «Yo he engendrado eternamente, a mí [como] tú, y a ti [como] yo. Sin embargo, el hombre humilde [y] noble no se contenta con ser el hijo unigénito, engendrado eternamente por el Padre: quiere ser también Padre y adentrarse en la misma igualdad de la paternidad eterna y engendrar a Aquel de quien fui engendrado desde la eternidad.» (Sermón XIV, *Surge illuminare Ierusalem*, p. 221). Desde la pureza primigenia, que es la plenitud de toda pureza, es decir, desde el ser uno y eterno del alma en Dios, «Desde esa pureza me ha engendrado eternamente, como su hijo unigénito, en la misma imagen de su paternidad eterna, para que yo sea padre y engendre a Aquel de quien nació.» (Sermón XXII, *Ave gratia plena*, p. 256). Estamos tan hechos a imagen del Padre que somos ‘Padre’ como él, engendrados como él y con él, de todo, de nosotros, de su Hijo e incluso de él mismo como Padre.

A la luz de estas convicciones se entenderá mejor ahora su famosa expresión «Yo soy la causa de que Dios es “Dios”; si yo no existiera, Dios no sería “Dios”» (Sermón LII, p. 374; Sermón I4, *Beati pauperes spiritu*, pp. 196-197). Quizás la más famosa junto con la expresión «Por eso es que le pido a Dios que me libere Dios», contenidas ambas en el mismo sermón.

En efecto, en su ser eterno, de no-nacidos o no creados, alma y hombre, tomados aquí como equivalentes, y por tanto como una sola realidad, son superiores a Dios, entendido como

creador y origen de todas las cosas. Aunque añadirá Eckhart, «no hace falta saberlo». En otras palabras, es una manera de expresar la unidad en la dimensión más profunda del ser humano, que no le añade nada a la unidad en sí, que es lo que es y es lo que importa: un ser anterior a Dios y a todas las cosas, libre por tanto de Dios y de todas ellas. El alma antes de ser creada, el alma en Dios sería la unidad, y el Dios creador sería dualidad, en cuyo origen está el Dios Uno, Unidad, y el alma una en esta Unidad. El alma en Dios en tanto no creada es una con él, no está unida: «hay en el alma un algo tan afín a Dios que es uno sin estar unido. Es uno, no tiene nada en común con nada, ni le resulta común ninguna cosa de todo cuanto ha sido creado.» (Sermón XII, *Qui audit me*, p. 210).

E igualmente se comprenderán otras expresiones del Maestro Eckhart como las que a continuación, y como colofón de este epígrafe, evocamos, expresiones dichas del alma de manera unívoca, como el Maestro Eckhart las dice de Dios, y por ello chocantes de entrada. De entrada, solamente, porque ahora sabemos que, en términos de Unidad, alma y Dios son la Unidad, y lo que se dice de Dios, con la misma propiedad se puede decir del alma. De ahí el paralelismo de las mismas.

En primer lugar, para comprender el alma, como para comprender a Dios, *hace falta un saber sobrenatural* (Sermón VII, *Populi eius qui in te est*, p. 188), es decir, un saber no dual, pero humano; el único capaz de conocer el alma como es en sí o, como dirá Eckhart, el alma como es en Dios. El saber humano convencional nunca podrá penetrar en lo que es el alma en su fondo, solo el conocimiento no dual, común a creyentes y a filósofos “paganos”, como suele decir Eckhart, y por tanto humano. Lo no dual solo de manera no dual se puede conocer. Y en este sentido es que Eckhart habla de saber *sobrenatural*.

Al igual que Dios, el alma *no tiene nombre*. Una y simple como Dios, no es acotable, supera todo nombre, literalmente es *innominada, inefable*. (Sermón III, *Nunc scio vere*, p. 167; Sermón

XVII, *Qui odit animam suam in hoc mundo*, p. 232). Una en Dios y como Dios, el alma es Dios. El Maestro Eckhart dirá, *el fondo de Dios y el fondo del alma son un solo fondo* (Sermón XV, *Homo quídam nobilis abiit in regionem longinquam*, p. 226).

El alma solo busca la Unidad, la Unidad que incluso está por encima de Dios, más allá de toda imaginación y representación. Porque solo esa Unidad la realiza, solo en ella descansa. Como Dios también, el alma *detesta la semejanza* (LCD, p. 52), que siempre supone dualidad. Solo busca la unidad.

Hablando en términos del alma justa, Eckhart dirá *el alma justa es igual a Dios y con Dios, ni por debajo ni por encima* (Sermón VI, *Iusti vivent in aeternum*, p. 183). Dios es Dios porque *su naturaleza es carecer de naturaleza* (Sermón XXXI, *Ecce ego mitto angelum meum*, p. 291), no tiene criatura (Sermón XXXVIII, *In illo tempore missus est ángelus Gabriel a deo*, p. 313). Así también el alma: no tiene criaturidad (Sermón XXVIII, *Ego elegi vos de mundo*, p. 280; Sermón XLII, *Adolescens, tibi dic: surge*, p. 330).

Ni el alma ni Dios son “tocados” (afectados) por el tiempo (Sermón XXXVIII, *In illo tempore missus est ángelus Gabriel a deo*, pp. 312-313). Ambos, alma y Dios, que son uno, existen en el ahora presente, eterno, en el tiempo sin tiempo.

En fin, así como en Dios está presente todo y por ello no tiene necesidad de buscar ni busca nada fuera de sí (Sermón XIIIa, *En una visión san Juan vio un corderito de pie*, p. 217), de la misma manera el alma tiene que interiorizarse y tomar todo de su ser, de su fondo mismo, como hace Dios (Sermón XIV, *Surge illuminare Ierusalem*, p. 221), no de ningún otro lugar, interno o externo a ella. Todo lo que el ser humano necesita para ser plenamente espiritual, para ser plena y totalmente él mismo, lo tiene en sí mismo y de ahí debe tomarlo todo, no de nada exterior a él, ni siquiera de Dios.

Lo que el Maestro Eckhart llama el alma, no hay que olvidarlo, es lo que nosotros en nuestra antropología actual consideraríamos y llamaríamos le dimensión más profunda

del ser humano, absoluta y total en sí misma, sin necesidad de suponer un Dios ni de concebir la dimensión absoluta humana o alma en obligada referencia a él. Y sin embargo Eckhart sí se ve obligado filosófica y teológicamente a hacerlo y así lo hace. En su pensamiento Dios es la clave de bóveda de todo. Pero un Dios Unidad, por encima de lo creado, el Dios por encima y anterior a Dios, «Padre desde toda la eternidad y que se hizo Señor por crear a las criaturas» (LCD, p. 54). Un Dios frente al cual se siente libre y que en el fondo es el nombre de su ser o dimensión más profundos. De ahí que hoy podamos leer estos textos del Maestro Eckhart de una manera laica, sin suponer a Dios, como lo leería o lee un budista o un no teísta, y ello sin traicionar su contenido, al contrario.

La unidad en Dios

La unidad que es todo, antes de la creación de todas las cosas e incluso en su creación, y a la que tiende todo, es Dios. Un Dios antes de Dios y por encima de Dios, Dios Unidad, impronta esta de su ser, sin la cual nada existiría, ni siquiera él mismo y, desde luego, no sería Dios. Porque divinidad y unidad son la misma realidad o, si se quiere, una es condición de la otra, ya que solo lo divino es uno, y sólo lo que es uno es divino; la realidad sin nombre y sin un más allá de ella, porque es una y simple, porque es todo. De ahí que, en principio y en última instancia, todo es unidad y sólo unidad, y la Unidad es Dios y Dios es la Unidad.

Así, de manera sin duda muy abstracta, podríamos sintetizar el pensamiento del Maestro Eckhart a propósito de la unidad. Él lo hizo de una manera poética, y por ello mucho más bella y sugeridora cuando, poniendo punto final a su breve tratado *Del hombre noble*, sintetizó sus enseñanzas al respecto en la frase lapidaria ya varias veces citada por nosotros: «¡La Unidad con la Unidad, la Unidad saliendo de la Unidad, la Unidad en la Unidad y, ¡en la Unidad la Unidad eternamente!».

Todo es unidad, y por tanto comprensible en términos de unidad, porque Dios es unidad. Como hemos visto, todo, criaturas, cosas y alma (ser humano), es comprensible en términos de unidad, porque en Dios, en su ser increado, son unas e iguales a él, *Uno*, y en su ser creado han sido creadas a su imagen, a imagen de su ser *Uno*. En definitiva, son comprensibles en su unidad porque Dios es unidad y todas las cosas son unidad.

Por otra parte, la unidad es fuente de diferenciación y es realización. Sin Dios Unidad no habría diferenciación o pluralidad, manifestaciones diversas de la unidad, y no habría realización, el ser humano no sería un ser realizado, feliz. Sería siempre un ser en búsqueda, sin reposo ni descanso. «En lo que implica destrucción — “diferencia” traduce Ilse M. de Brugger— no se encuentra Unidad, ni Ser, ni Dios, ni descanso, ni felicidad, ni satisfacción.» (THN, p. 26). Más aun, sin la Unidad no habría Dios, porque la Unidad es Dios, así como donde hay pluralidad todavía no está Dios.

Las categorías Uno y Unidad, que, a nosotros, hombres y mujeres occidentales modernos, nos pueden parecer tan simples, y dentro de su simplicidad, muy pobres en significado e incluso dualistas, como cuando concebimos uno y unidad en una pluralidad de cosas, en el pensamiento del Maestro Eckhart se trata de las categorías más rigurosas y más absolutas. Tan rigurosas y absolutas que sólo se pueden decir de Dios y de lo que es Dios. No de lo que convencionalmente llamamos Dios, del Dios, principio y causa de todo, sino de Dios como era y es en sí mismo. Un Dios, como la unidad, «principio sin principio» (LCD, 50), y por lo tanto, no principio ni causa de nada. Tampoco de lo que convencionalmente llamamos cosas, aunque se trate de las cosas más grandes y espirituales que se puedan imaginar, porque en tal sentido, en tanto creadas, son nada, dirá reiteradamente el Maestro Eckhart, sino de las cosas cuando, antes de ser creadas, sólo existían en Dios y eran iguales a Dios. Como es el caso del alma, es decir, del ser humano en su dimensión más profunda.

El Uno y la Unidad en el Maestro Eckhart es la forma más rigurosa, no tiene otra, para referirse a lo que es todo. Un todo no sumatorio de partes sino el todo esencial, sin diferenciación en sí mismo, y por tanto sin tiempo; sin procesos ni partes; en el que todo es uno y lo uno es todo. Una realidad simple, sin añadidos, que demanda también el concepto o conceptos más simples posibles, como Uno y Unidad. Cualquier otro concepto, quizás con la excepción de “todo” y “nada”, resultará fácilmente dualista¹⁴. Uno y Unidad son dos conceptos antidualistas, antipluralidad. Conceptos como principio, causa, origen, creador, son eminentemente dualistas. A todos ellos les sigue siempre un *de* (principio *de*, causa *de*, origen *de*, creador *de*, ...), que implica un otro diferente de lo que es o se considera principio, causa, origen, creación, y al haber dos, por no decir muchos, el ser se reparte entre ellos, aunque sea jerarquizadamente; ya no hay una realidad que sea todo, todo el ser, y por lo tanto, Uno, único. Y ese Dios principio, causa y origen no es Dios.

El Maestro Eckhart lo expresó y argumentó muy bien, aunque de una manera también abstracta, pero fácilmente comprensible, echando mano de la categoría “negación”. Cuando nombramos algo, ¿qué es lo que en el fondo estamos haciendo?, se pregunta. Y su respuesta es, estamos negando que sea todo lo demás. Al nombrar algo, mediante un pequeño añadido, como el nombre propio que añadimos al gentilicio de una persona, estamos diciendo que no es todo lo demás, negamos que sea todo lo demás. En este sentido todas las criaturas implican una negación, dice el Maestro Eckhart. Una niega ser otra, un ángel niega ser otro. «En Dios, sin embargo, hay una negación de la negación; es uno solo y niega todo lo demás, porque no hay nada fuera de Dios» (Sermón XXI, *Unus Deus et pater omnium*, p. 252). Es el

14 Aunque para Nicolás de Cusa, y tiene razón en ello, de acuerdo a su terminología, «lo no-otro es más simple que lo uno». Ver *Acerca de lo no-otro o de la definición que todo define*. Traducción de Jorge M. Machetta. Buenos Aires: Editorial Biblos 2008, p. 53. Su argumento es que el ser uno se obtiene del “no-otro”, no a la inversa o, expresado de otra manera, el “no-otro” es anterior al uno.

Dios tomado como Uno. Porque «Uno solo es la negación de la negación.» (*Ibid.*, p. 251). Y continúa argumentando el Maestro Eckhart, si digo Dios es *bueno*, le estoy añadiendo algo a Dios, *bueno*. Uno solo, en cambio, es una negación de la negación y una contradicción de la contradicción. Para terminar diciendo, «¿Qué es lo que quiere decir: «Uno solo»? Uno solo significa aquello a lo cual no se ha añadido nada.» (*Id.*). En otras palabras, decir Uno y Unidad es la única manera de decir todo. De ahí el rigor de las categorías Uno y Unidad predicadas o dichas de Dios.

Entendidas en su rigurosidad las categorías Uno y Unidad, ahora podemos comprender mejor la aplicación metafísica y teológica que el Maestro Eckhart hace de las mismas a Dios, aplicaciones o predicados a los que ya aludíamos en el primer párrafo del presente acápite. En este sentido el Sermón XXI, *Unus Deus et pater omnium*, etc., es de una gran riqueza. De este sermón y de un párrafo ya hacia el final del mismo son las siguientes expresiones filosóficas y teológicas sobre Dios, las más ontológicas, si se nos permite utilizar esta expresión, del Maestro Eckhart sobre Dios:

«En el hecho de que Dios es uno, se cumple la divinidad de Dios (...). Digo, además: [La] unidad la posee solo Dios. La peculiaridad de Dios es [la] unidad; de ella toma Dios el hecho de ser Dios, de otro modo no sería Dios. (...). La riqueza y la sabiduría y la voluntad divinas son entera y exclusivamente uno en Dios; no es [solo] uno, sino que es unidad. (...). Dios tiene toda la plenitud como uno y de ello pende la naturaleza divina. (...). Dios es todo y es uno.» (p. 253).

Y los comentarios que va haciendo el Maestro Eckhart intercalados en el mismo párrafo son del mismo tenor. «Si Dios no fuera uno, no podría engendrar jamás su Hijo unigénito» (*Id.*). En efecto, no lo podría engendrar como tal, como uno e igual a él; lo engendraría como un segundo y desigual a él, por más semejante que fuera. Más aun, lo crearía, pero no lo podría “engendrar”. Porque “engendrar” según el Maestro Eckhart es hacer algo o

alguien igual a sí mismo. Es, por ejemplo, engendrar el alma, que a su vez engendra a Dios mismo. Recuérdese a este propósito la confesión de fe del Credo Nicenoconstantinopolitano sobre Jesucristo, que recita la comunidad cristiana en la misa dominical: «engendrado, no creado, de la misma naturaleza del Padre».

«Del hecho de que Dios es uno, [es que] Él saca todo cuanto obra en las criaturas y en la divinidad.» (*Id.*). La unidad es la fuente de su obrar, y lo que obra lo hace en su actuar eterno y conforme a \neg el, a imagen y semejanza de su unidad. Según el Maestro Eckhart Dios no puede crear o hacer algo inferior a sí mismo. Cuanto crea o hace, no lo crea y hace negándose a sí mismo ni negando el ser que ya todas las cosas tienen desde siempre en él, sino desde su ser uno y desde el ser primigenio eterno de todas las cosas en él. Recordemos la expresión ya citada: «Dios comienza por dar el ser a toda criatura y solo después le da, *en el tiempo, pero a la vez fuera del tiempo y sin nada que pertenezca al tiempo*, todas las propiedades acordes a su naturaleza temporal» (THN, p. 29).

Ser uno es su ser, y su ser uno es la fuente de su obrar. De manera que «Todo cuanto obra Dios es uno» (Sermón VI, *Iusti vivent in aeternum*, p. 184). Y en cierta manera de todas las cosas en su unidad y diferenciación se puede decir lo que el Maestro Eckhart dice a propósito de las tres divinas personas, Padre, Hijo y Espíritu Santo, en la Trinidad: «la unidad es la diferenciación, y la diferenciación es la unidad» (Sermón X, *In diebus suis placuit Deo et inventus est iustus*, p. 203). «La diferenciación proviene de la unidad, [me refiero a] la diferenciación en la Trinidad. La unidad es la diferenciación, y la diferenciación es la unidad. Cuanto mayor es la diferenciación, tanto mayor es la unidad, pues es diferenciación sin diferencia.» (*Id.*)

En fin, Dios es tan uno que «La peculiaridad de Dios es [la] unidad». A tal punto que es de ella que Dios toma el hecho mismo de ser Dios. De otro modo no sería Dios. Y es en la unidad donde Dios tiene su plenitud. «Dios tiene toda la plenitud

como uno y de ello depende la naturaleza divina, y el hecho de que Dios es uno solo constituye la bienaventuranza del alma» (*Id.*). El alma tiene su gozo en la unidad y solamente en la unidad, dice Eckhart. Si Dios no fuera uno, el alma no podría ser feliz, tal como sucede mientras el alma no es una en sí misma. «Por no poseer lo Uno, el alma no llega a descansar hasta que todo sea uno en Dios» (*Id.*). Sólo en la unidad se sacia y se realiza el ser humano. De ahí que cualquier otra aspiración que quede por debajo no realiza al ser humano.

En síntesis, «Dios es todo y es uno» (Sermón XXI, *Unus Deus et pater omnium*, p. 253), y el hecho de que Dios sea uno, es decir, el hecho de que Dios sea la unidad, es la bienaventuranza y descanso del alma. «Dios es uno solo; ésta es la bienaventuranza del alma y su adorno y su descanso.» (*Id.*).

Pero aún con las categorías uno y unidad, de por sí tan rigurosas, lo mismo que con cualquier otra categoría en materia de espiritualidad, hay que actuar siempre con cautela. Si las utilizamos como la expresión de una realidad ontológica, las estaremos objetivando, dualizando, falseando, por lo tanto, y ya no estarán apuntado a la realidad que pretendemos que apunten. En este sentido hay que superar la naturaleza filosófica y teológica de uno y unidad, todavía objetivantes, por una significación de naturaleza espiritual, la única adecuada por estar libre de toda ontología. Aquí se ve muy bien como el conocimiento espiritual y su discurso supera el pensamiento metafísico e incluso teológico, apunta mucho más allá. Arranca y sigue donde los otros dos terminan.

Esto es algo que el Maestro Eckhart tiene siempre muy en cuenta, como lo expresa en un párrafo del Sermón XXVI, *Mulier, venit hora et nunc est*, p. 272. En este párrafo, enseñando como el entendimiento es la potencia más perfecta del alma, que por ello en principio «no puede descansar» nunca, porque siempre va más allá, dice: «No tiende hacia Dios, en cuanto Espíritu Santo y en cuanto Hijo: huye del Hijo. Tampoco tiende hacia Dios

en cuanto Dios. ¿Por qué? Porque ahí tiene [un] nombre. Y si existiesen mil dioses, el [entendimiento] siempre se abriría paso porque lo quiere [encontrar] allí donde no tiene nombre alguno: quiere algo más noble, algo mejor de lo que es Dios en cuanto tiene nombre. Entonces ¿qué quiere? No lo sabe; lo quiere en cuanto es Padre. Por eso dice *Felipe*: «Señor, haznos ver al Padre, y ya nos basta» (Juan 14, 8). Lo quiere en cuanto es la médula de donde surge [la] bondad; lo quiere en cuanto es un grano del cual emana bondad; lo quiere en cuanto es una raíz, una vena, de la cual brota [la] bondad, y sólo allí es Padre.».

El Dios, unidad y totalidad, que busca el ser humano, no es una idea, concepto o representación, es la realidad inobjetivable, una y total, la única en la que el ser humano puede descansar, siendo él uno con esta misma realidad. De ahí la hermosa expresión que el Maestro Eckhart toma de san Agustín: «Señor, si te nos quitas a ti, danos otro tú, o no descansaremos nunca; no queremos nada más que a ti.» (Sermón XXa, *Homo quidam fecit cenam magnam*, p. 242). El alma, el ser humano en su dimensión más profunda, no quiere más que la unidad, porque la unidad es el límite sin límite; más allá de ella no hay nada, ella es todo.

PADRE, HIJO Y ALMA, UNA SOLA UNIDAD. TEOLOGÍA ECKHARTIANA DE LA UNIDAD

Padre, Hijo y alma (hombre), la misma y sola unidad

Hasta aquí hemos destacado la unidad como propiedad peculiar de Dios y del alma, no así la teología que el Maestro Eckhart utiliza para explicar dicha unidad. Esto es lo que quisiéramos hacer a continuación, dado como la misma teología que utiliza pone en evidencia aún más, por la naturaleza de las categorías a que recurre, el valor de dicha propiedad. Estas categorías son las máximas: Dios, Hijo, alma (hombre) y el engendrar como acción que les es propia. A este respecto la teología eckhartiana se podría sintetizar en la expresión del epígrafe: Padre, Hijo y alma, la misma unidad.

En la teología cristiana es frecuente hablar de la presencia de Dios en el alma en términos de inhabitación, nacimiento y unión de Dios en el creyente cristiano y con él, entendidas las tres expresiones en términos de presencia espiritual o de gracia. Una concepción así, además de suponer una distinción no superada entre Dios y alma, en el fondo supone también un Dios dual, de alguna manera concebible en sí mismo como distinto de todo y, por tanto, del alma, un Dios creador, redentor y santificador, pero no Uno. En este tipo de planteamiento, unidos, alma y Dios, siguen siendo dos, sin perder incluso su mediación (que es también mediatización) jerárquica (Dios ser supremo, el ser humano criatura), nunca Unos en la Unidad.

Como hemos visto, el Dios del Maestro Eckhart es muy diferente. Es el Dios Uno, en cuyo ser eterno todas las cosas son

Uno con él, sin ninguna distinción ni diferencia, menos aún con el alma, entendida hoy antropológicamente como la dimensión más profunda del ser humano. Porque si a todas las cosas las creó a su imagen y semejanza, al alma la creó “según él mismo”. De manera que en el alma hay una parte tan profunda y esencial, tan una, que ni Dios mismo ha podido entrar y echar una mirada en ella. Considerada de esta manera, no es que el alma esté destinada a vivir con Dios y en Dios por toda la eternidad, es que el alma, una como Dios y en él, ya es en sí misma divina como Dios, porque es una.

En otras palabras, todo ser humano lleva en sí la dimensión absoluta que se ha llamado Dios y tiene en sí mismo todo lo que necesita y requiere para ser plena y totalmente él mismo, sin necesidad de tener que tomarlo de otra parte, ni siquiera de Dios como diferente de él. En otras palabras, y en coherencia con el planteamiento del Maestro Eckhart, hoy podríamos decir que una persona puede ser no creyente, ateo, y ser plena y verdaderamente espiritual. Porque todo lo que necesita para serlo lo tiene en sí mismo.

En el alma, sin duda en esta parte del alma de la que venimos de hablar, Dios ha impreso su imagen y plantado su semilla, imagen y semilla que, en términos del Maestro Eckhart, es el mismo Hijo de Dios, el Verbo (THN, p. 22), la perfecta imagen de Dios Padre, en la que él se mira, ya que mirar a su Hijo es mirarse a sí mismo. Dios imprime su imagen y planta su semilla, expresiones equivalentes ambas, engendrando a su Hijo en el alma, es decir, haciéndolo igual a él, y en ese engendramiento, engendrando simultáneamente y de la misma manera, sin diferencia ni distinción, al portador del alma como hijo de Dios. De manera que, según el Maestro Eckhart somos hijos de Dios de igual manera que su Hijo es hijo. Ambos, Hijo e hijos, Hijo y seres humanos, engendrados en el alma, iguales, de la misma manera, y en el mismo instante, que es el ahora presente y eterno. Es una realidad perenne, mejor aun, es la Realidad: la dimensión absoluta que es todo y está en todo.

Decíamos que el Dios del Maestro Eckhart es muy otro del de la teología hablando de Dios inhabitando el alma. De la misma manera, su concepción del Hijo de Dios o Verbo. La presencia de este en el alma es por engendramiento, y su función es para que el hombre sea hijo de Dios como él lo es, es decir, de igual naturaleza, con el mismo ser y desde toda la eternidad, esto es, en el tiempo sin tiempo, en el “ahora esencial”, que es eterno. De manera que Dios Padre, Hijo y alma no solo son unos, sino que constituyen una sola unidad desde siempre y para siempre. La diferencia por parte del hombre está en ser lo que es, no en el mismo ser, que ya lo es. La teología del Maestro Eckhart es sublime e ingeniosa.

Haciendo uso de la teología cristiana recibida y cultivada en su época, y de entidades-categorías supremas como Dios y su Hijo, sumamente dualistas pero reinterpretadas unitariamente, logra presentar la espiritualidad como lo que realmente es: la realización humana plena en el tiempo pero liberada del tiempo, como igualmente liberada del espacio y de la diversidad, liberada incluso de Dios y de Jesucristo cuando ambos son considerados actuando en el tiempo, y por tanto posible, aquí y ahora.

Dentro de la teología cristiana dualista de su época, no cabe un planteamiento más radical y profundo, más en términos de Uno y Unidad. Dios e Hijo de Dios, unos en su naturaleza divina, son el medio atemporal de la Unidad en el alma y a la vez expresión teológica de la misma. A la Unidad sólo se puede llegar por la Unidad, y a la Unidad que es Dios, sólo se puede llegar mediante esa misma Unidad.

En Dios todas las cosas son uno y presentan la misma igualdad, puesto que «En Dios ninguna cosa es más noble que otra» (Sermón III, *Nunc scio vere, quia misit Deus angelum suum*, pp. 167-168). Es más, todas las cosas son Dios, pues «lo que hay en Dios es Dios», como enfatiza el Maestro Eckhart hablando del ser puro de Dios: «Él es un puro estar-en-sí-mismo donde no hay ni esto ni aquello; pues lo que hay en Dios, es Dios.» (*Ibid.*,

p. 168). En otras palabras, hablando rigurosamente, antes de la creación hay una unidad común entre Dios y todas las cosas. Pero esta unidad es mucho más especial entre Dios y el alma, y esto no solo en el alma en tanto increada sino incluso en tanto realidad creada, unión (unidad) esta última en la que el engendramiento del Hijo de Dios por Dios su Padre en el alma juega, de acuerdo a la teología del Maestro Eckhart, una función fundamental.

La unidad de Dios y del alma según el Maestro Eckhart viene siendo destacada en todo lo que hemos venido expresando a partir de la unidad del alma, e incluso en la teología de la que para ello se sirve el Maestro Eckhart. Pero esta es tan ingeniosa, además de sublime, que merece la pena destacarla aún más, y ello porque la misma permite captar aún más en su relevancia la unidad del alma, la unidad que es todo o fuera de la cual no hay nada.

La unidad del alma se podría explicar como resultado sin más de la relación entre Dios y el alma, sin necesidad de hacer intervenir al Hijo de Dios, tal como lo han hecho filósofos paganos, como el mismo Eckhart lo reconoce. Él lo hace haciendo intervenir el Hijo porque profesa el dogma cristiano, en el que el Verbo Hijo de Dios y hecho carne es fundamental en el proceso de la divinización del ser humano. Pero la concepción que él tiene del Hijo de Dios antes de la Encarnación es tal que la unidad del alma y en el alma resulta más divinizada y, por lo mismo, más total y absoluta. A través del Verbo Hijo Dios y en él, engendrado en el alma, la unidad del alma es la misma unidad de Dios.

En primer lugar, el Verbo Hijo de Dios es el Verbo de sí mismo que Dios como Dios tiene en sí mismo desde toda la eternidad a la vez que lo expresa, como los seres humanos conservamos en nosotros mismos todos los verbos o conceptos que expresamos.

Este Verbo, no expresado y expresado, o mejor aun, engendrado, es el Verbo de sí mismo como Dios, su imagen

exacta y total, su Hijo. Y este Hijo, engendrado desde siempre, Dios Padre lo engendra en el alma, también desde siempre y de la misma manera, resultando así iguales en unidad y, por tanto, en divinidad, el Hijo y los hijos, resultados estos de las almas engendradas. La única diferencia es que lo que en el Hijo acontece por naturaleza, en el alma (ser humano) acontece por gracia. Pero la misma unidad y la misma totalidad.

De esta manera Padre, Hijo y alma constituyen y son la misma Unidad, y el dogma o dogmas cristianos no le impiden al Maestro Eckhart dar cuenta de ello, al contrario, conceptuando Dios, Hijo y alma en términos de unidad y la relación entre ellos en términos de engendramiento, le permiten dar cuenta de ello de una manera mejor, totalmente de acuerdo con la doctrina cristiana en la que cree.

Sin sacrificar nunca la Unidad, como fundamento, esencia y realidad, al contrario, dándoles la expresión teológica más sublime que se las puede dar dentro del cristianismo. Se diría que para él los dogmas por los dogmas no tienen ningún interés o muy poco sino en la relación que todos ellos muestran con la unidad y en función de esta. Esto es lo que le interesa. Bajo este criterio es que él lee los dogmas y los interpreta, nunca bajo el criterio de la mera ortodoxia y menos aún de la mera confesionalidad.

Unidad engendada y engendradora

En la unidad engendrar y engendramiento juegan un rol específico, son mutuamente implicantes. Lo propio de la unidad es engendrar y lo que se engendra es la unidad. De ahí que el Maestro Eckhart retenga estos dos términos, *engendrar* y *engendramiento*, como también va a retener otros dos términos correlativos de estos, *nacer* y *nacimiento*. Porque engendrar significa hacer algo igual a sí mismo, por lo tanto, uno como uno mismo, no inferior ni diferente, ni siquiera parecido o semejante, comenzando por Dios: «Todo cuanto obra Dios, lo obra en lo

Uno como igual a Él mismo.» (Sermón XXVIII, *Ego elegi vos de mundo*, p. 279).

La Unidad no puede ser ni existir de otra manera que engendrando y engendrándose. Ser engendrada y engendrar es la peculiaridad de lo uno y de la unidad. Un engendrar eterno, sin principio ni fin, o principio sin principio, como la misma unidad.

Hay unidad, porque esta es engendrada y, como engendrada, engendrante de la misma unidad. En otras palabras, unidad y engendrar no solo son términos correlativos, sino que la unidad solo existe como engendrada y engendrante: unidad engendrada por la unidad y engendrante de la unidad; la unidad engendrando unidad, la unidad engendrándose a sí misma, la unidad y solo la unidad.

Una circularidad simultánea y perfecta, que a propósito de Dios Unidad el Maestro Eckhart expresa así: «Porque Dios engendra a sí mismo de sí mismo en Él mismo y vuelve a engendrar a sí mismo en sí mismo.» (Sermón XLIII, *Adolescens, tibi dico: surge*, p. 332).

De ahí que el obrar de Dios en el cielo, es decir, el único obrar de Dios, que es su obrar eterno, por lo tanto, sin tiempo, en el “ahora” presente, no sea otra cosa que el engendrar, como lo declara Eckhart. «Alguna vez me preguntaron ¿qué era lo que hacía el Padre en el cielo? Entonces dije: Engendra a su Hijo y esta actividad le resulta tan placentera y le gusta tanto que no hace nunca otra cosa que engendrar a su Hijo, y los dos hacen florecer de sí al Espíritu Santo» (Sermón IV, *Omne datum optimum*, p. 172).

Expresado en otras palabras, «La intención máxima de Dios consiste en engendrar. Nunca se contenta, a no ser que engendre en nosotros a su Hijo. El alma tampoco se da por satisfecha en manera alguna, si no nace en ella el Hijo de Dios. Y de ahí surge la gracia.» (Sermón XL, *Permaneced en mí*, p. 205).

Engendrar es el único obrar al que tienden todas las cosas. Todas las cosas tienden a engendrar «Es característico de todas las criaturas engendrar. Una criatura sin nacimiento tampoco existiría.» (Sermón XLIII, *Adolescens, tibi dico: surge*, p. 332).

Es característico de todas las criaturas, como les es característica la unidad a cuya imagen fueron creadas. Todas las criaturas tienden a engendrar de la misma manera que tienden a la unidad. Si fueran plenamente unas, lo que engendrarían sería su unidad, la unidad. Es lo que sucede en el caso de Dios Padre, de su Hijo único y del alma en su parte increada e incluso creada.

Aquí la circularidad es simultánea y perfecta: Padre, Hijo único y alma se engendran continuamente en la unidad que son y que los constituye: «entonces te da poder para engendrar, junto a Él, a ti mismo y a todas las cosas y [te concede] su propio poder igual que a este mismo Verbo. Así pues, estás engendrando sin cesar, junto con el Padre por la fuerza del Padre, a ti mismo y a todas las cosas en un «ahora» presente.» (Sermón XLIX, *Beatus venter, qui te portavit*, p. 357).

El engendrar no es algo que Dios hizo de una vez para siempre, es algo que hace “en el cielo”, esto es, en el “ahora” presente, por tanto, que sigue haciendo. Dios, dice el Maestro Eckhart, no hubiera engendrado, si haber engendrado no fuera engendrar, como no hubiera creado si su haber creado no fuera crear.

Engendrar y crear es su actuar pasado y presente, su actuar eterno. «Dios nunca habría engendrado en la eternidad a su Hijo unigénito si el haber engendrado no fuera igual al engendrar. Por eso dicen los *santos* que el Hijo ha nacido tan eternamente que sigue naciendo sin cesar. Si el ser-creado no fuera [una y la misma cosa que] el crear, Dios tampoco habría creado jamás el mundo.» (LCD, p. 121).

En cuanto al alma, esta está también engendrando siempre, porque, igual que a su Hijo único, la engendra engendrante o, como traduce, Ilse de Brugger, “parturienta”, de manera que en

palabras del Maestro Eckhart, «El alma que posee a Dios, es parturienta en todo instante» (XLIII, *Adolescens, tibi dico: surge*, p. 332), esto es, está engendrando continuamente. «Así pues, estás engendrando sin cesar, junto con el Padre, a ti mismo y a todas las cosas en un «ahora presente.» (Sermón XLIX, *Beatus venter, qui te portavit*, p. 357). “Parturienta” que, como dice Eckhart a propósito de la bondad y de la justicia (LCD 1, p. 103 y 104), implica no-nacidas, no hijas del tiempo y del mero esfuerzo humano, y sin embargo, por el hecho mismo de ser unas y totales, engendradoras de todo lo que es y tiene carácter de verdaderamente valioso, de todo lo justo y de todo lo bueno. “Parturienta” o “co-parturienta”, ya que, en la visión teológica del Maestro Eckhart, todo lo que engendra lo engendra en Dios y con él (Sermón II, *Intravit Iesus in quoddam*, p. 162).

Finalmente, si engendrar es el obrar de Dios, el engendrar es su placer, su dicha, su felicidad. «Es tan grande el placer que siente en el Hijo, que no necesita nada más que engendrar a su Hijo, porque Éste es una semejanza perfecta y una imagen acabada del Padre.» (Sermón LI, *Hec dicit Dominus: honora patrem tuum*, p. 366). «Engendra a su Hijo y esta actividad le resulta tan placentera y le gusta tanto que no hace nunca otra cosa que engendrar a su Hijo, y los dos hacen florecer de sí al Espíritu Santo» (Sermón IV, *Omne datum optimum*, p. 172). Como dirá reiteradamente Eckhart, «todo el placer de Dios está cifrado en engendrar» (Sermón LIX, *El profeta Daniel dice: Te seguimos...*, p. 396; cf. Sermón XXXIX, *Iustus in perpetuum vivet*, p.318).

Una teología no superada

Esta teología de la Unidad, por no decir apofática o de la negación, no ha sido alcanzada todavía hoy en su calidad. La teología posterior, dualista, sigue discurriendo muy lejana de ella. Dios sigue siendo un Dios con “modo”, Padre, Creador, constructor principal de la historia humana, es decir, un Dios al que se supone dotado de voluntad e inteligencia, lleno de intencionalidad y

propósitos, principio y origen de todo, un Dios no Uno, aunque se piense lo contrario, profundamente dual y, por tanto, no Dios.

Un Dios ontológico y creador de ontología que, por mucho que se encarne en este mundo y asuma como propia toda la realidad, cósmica y humana, es de otro orden, ontológicamente diferente del nuestro y, obviamente, superior. El Hijo, si bien es Hijo y Dios como él, es mediador entre él y los hombres, como Dios salvador y redentor de todos los hombres, mientras al Dios de Eckhart toda mediación le es extraña.

Todo ello porque, según la teología en uso, pretendidamente racional y crítica, en el origen de todo está la dualidad, la desigualdad y el pecado, no la unidad y la bendición, y el alma, según esta teología, necesita de salvación y de redención.

En esta teología, teología catafática, casi la única imperante, en el mejor de los casos la unidad solo se puede alcanzar al final, como un logro parcial y más bien como una gracia. Mientras en el Maestro Eckhart la Unidad es la realidad total, principio sin principio de sí misma, por tanto origen y fin de sí misma, sustraída al tiempo o, por así decirlo, presencia total y plena en el tiempo sin tiempo que es el suyo, el tiempo del ahora presente, eterno.

La teología de la encarnación, una de las más desarrolladas en la modernidad occidental tardía, pero que viene de vieja data, palidece ante la teología del Hijo Uno engendrado antes del tiempo y en el tiempo, pero fuera del tiempo por el Padre. Lo más que ha llegado a expresar es que Dios en la Encarnación de su Hijo ha asumido todo lo humano y todo lo creado, que lo ha asumido evolutiva, social e históricamente, asumiendo divina y gratuitamente la causa de los pobres, de los que sufren, de todas las víctimas. Sin poder llegar a decir que Dios y todos los seres humanos en su dimensión más profunda son Uno, son la Unidad, hijos todos iguales a su Hijo desde ya y para siempre, en un tiempo sin tiempo, en el ahora eterno. De ahí que la teología o teologías dualistas, como ésta, cambian tanto como cambia el

tiempo. Es una necesidad en ellas. Dualistas como son, son hijas del tiempo. Mientras que la Unidad en la teología del Maestro Eckhart es eterna.

En resumen, la clave en la teología del Maestro Eckhart está en la unidad, en la unidad del Padre, del Hijo y del alma, la misma y única unidad engendrándose mutuamente siempre o, mejor aun, recíprocamente: Dios con el alma engendrando en esta a su Hijo único, y al hacerlo así engendrándonos hijos de la misma manera que engendra al Hijo, iguales en naturaleza, y por tanto, ambos, Hijo e hijos, engendrades del Padre. La misma y única unidad que son los tres y que es todo. Padre, Hijo y alma (la dimensión más profunda del ser humano), una sola unidad, y una sola relación, de engendramiento mutuo.

Unidad y relación omnipresentes en toda la obra del Maestro Eckhart y explícita o implícitamente en tantas de sus expresiones: «“Padre” indica una generación pura» (Sermón IV, *Omne datum optimum*, p. 72). «Porque soy hijo de todo aquello que me configura y engendra a su imagen y dentro de sí como igual.» (LCD, p. 104), «porque Padre significa nacimiento y no similitud y se refiere al Uno en donde la similitud enmudece y se calla todo cuanto tiene apetito de ser.» (LCD, p. 116).

DEL NACIMIENTO ETERNO

Algunas precisiones previas

Hemos visto lo fundamentales que resultan en la propuesta espiritual del Maestro Eckhart las categorías de *unidad* y *engendrar* o *engendramiento*, sin duda por la forma tan sugerente en que las segundas permiten dar cuenta de la primera. Pues con las categorías de *nacer* y *nacimiento* sucede otro tanto, son de la misma importancia. Ambas son correlativas de engendrar y engendramiento, ya que engendrar supone nacer y engendramiento supone nacimiento. Por ello cuanto se dice de engendrar y engendramiento se puede decir, y hay que decirlo, de nacer y nacimiento.

Lo único que añade nacer y nacimiento a engendrar y engendramiento es el énfasis en el efecto que engendrar y engendramiento significan en nosotros: en palabras de Eckhart, el nacimiento del Verbo de Dios en nosotros, y con el nacimiento y en él, la Unidad divina que somos, que es la misma de ellos, del Padre y del Hijo. En cuanto a lo demás, unidad, engendrar y nacer son la única y misma realidad.

De ahí que nacer y nacimiento del Verbo de Dios en el alma (en la dimensión más profunda del ser humano) sea, según Ilse M. de Brugger, «la idea fundamental y nuclear» del Maestro Eckhart. No le interesa otra cosa. De ella derivan y a ella apuntan todas las demás. Y añade la siguiente valoración que hacemos propia. «Ha desconocido a Eckhart quien no ha comprendido que el Nacimiento del Hijo por el Padre divino en la chispa del alma constituye la única razón, el contenido y el fin de la prédica de Eckhart, y otorga a sus exposiciones una, casi diría yo, una

monotonía grandiosa.»¹⁵. Monotonía, porque se repite mucho, pero, efectivamente, grandiosa.

Partiendo del concepto joánico del Verbo de Dios, para Eckhart una de las verdades cristianas reveladas más grandes y fundamentales, y de lo que fenomenológicamente ocurre en todo concepto enunciado, que primero es mentalmente concebido antes de ser enunciado y sigue permaneciendo tal una vez enunciado, a Eckhart le gusta hablar de Dios

Padre *pronunciando* su Palabra, su Verbo. Esta manera de hablar, y ello de manera muy lograda de acuerdo a su teología, le permite expresar la convicción de que cuando Dios pronuncia su Palabra, se está pronunciando a sí mismo, su Palabra o Verbo, imagen perfecta de sí mismo, a la vez que la misma permanece en él siendo igual a él; que esa Palabra se pronuncia en el tiempo de igual manera que en la eternidad, y se pronuncia en la parte más profunda y noble del alma, en el silencio total, allí «donde nunca penetró ni siquiera el rayo de una imagen ni penetró en ella ninguna de las potencias del alma» (DNE 2, p. 88), allí donde es una, como el Hijo y con él. De nuevo, pues, la Unidad, la unidad del alma, del Hijo y del Padre, la única Unidad, ya que no hay tres Unidades, esta vez “explicada” a través de las categorías de *pronunciar* y *escuchar*, una variante pues de engendrar y engendramiento, de nacer y nacimiento.

Retornando a las categorías de ‘nacer’ y ‘nacimiento’, de nuevo vamos a hablar de lo único que hemos venido hablado, de la Unidad, solamente que, en parte, desde otras categorías y con otro énfasis. En este caso, de cómo Dios Unidad nace eternamente en nosotros, es condición del nacimiento en el tiempo de Dios Unidad en nosotros cuantas veces ello ocurre, y este, para poder darse, requiere de la unidad-silencio total del alma y en el alma. Siempre en la convicción-experiencia del

15 Introducción a la obra Maestro Eckhart, *Obras alemanas. Tratados y sermones*, p.23.

Maestro Eckhart de la Unidad como el todo, como la Realidad; de la Unidad como realización única y total del ser humano.

Todavía una aclaración necesaria. La edición castellana “Maestro Eckhart, Obras escogidas”, Edicomunicación, Barcelona 1998, que nosotros citamos con frecuencia por su mayor accesibilidad al lector, al presentar bajo la forma de un breve tratado con el título “Del nacimiento eterno” lo que son cuatro sermones, respectivamente numerados, puede inducir al lector al error de pensar que el Maestro Eckhart en efecto escribió específicamente un breve tratado sobre el tema. No es el caso.

El Maestro Eckhart no escribió un tratado sobre el nacimiento eterno. Aunque dada la importancia que tenía para él, sí lo abordó en profundidad y se refirió recurrentemente a él en muchos de sus sermones. Los cuatro recopilados en esta edición y bajo ese título común, que nosotros citamos por sus siglas DNE, son significativamente elocuentes al respecto.

Nacimiento temporal y nacimiento eterno, un solo y mismo nacimiento

Como de Dios, del Verbo y del alma, siempre en la visión del Maestro Eckhart (*en el tiempo y fuera del tiempo*), también en lo que se refiere al nacimiento de Dios en el alma es posible hablar de dos nacimientos, uno temporal y otro eterno. Más aun, hay que hacerlo, y así lo hace Eckhart. Dos nacimientos que en el fondo son un mismo y solo nacimiento: el nacimiento eterno, como Eckhart se encarga de enfatizar (DNE 2, p. 87) y del cual habla reiteradamente.

El nacimiento eterno coincide con el engendramiento de Dios en el alma, cuando desde toda la eternidad Dios ha engendrado a su Hijo en ella y ha engendrado el alma de la misma manera, resultando ambos igualmente hijos, alma e Hijo Unigénito (Jesucristo, en términos también del dogma cristiano).

Es el nacimiento original eterno, en el que los tres, Dios Padre, Hijo y alma (y en el fondo todas las cosas antes de su creación) son Uno, constituyen la misma Unidad. El nacimiento temporal es este nacimiento en la medida en que, en el tiempo (aunque sin depender del tiempo) se da en el alma, en la parte increada o *chispa* del alma y en la parte creada, cuando esta ha logrado la condición una y silenciosa, eterna, de aquella. Es el nacimiento que podríamos llamar *espiritual*, para no llamarlo místico, y temporal, en la medida en que es en nuestras vidas que se da, en el tiempo, aunque cada vez que se da trasciende el tiempo. A diferencia de la dualidad, la unidad, así como el nacimiento en la unidad, no es susceptible del tiempo, lo trasciende. La unidad es atemporal.

En fin, habría un tercer nacimiento, el que, según el dogma cristiano, tuvo lugar en la historia humana con el nacimiento de Jesús de Nazaret, verdad fundamental en el Maestro Eckhart, pues para él es incluso condición del nacimiento temporal del Verbo en nosotros, pero del que Eckhart habla bastante menos. Y es muy significativo.

El nacimiento de Dios hecho hombre en Jesús de Nazaret como objeto “histórico” de fe, al igual que otras verdades “históricas” de fe cristianas, no es lo que más le interesa. De estas verdades la dimensión que casi instintivamente siempre rescata y pone en valor es su dimensión espiritual, aquello que está llamado a ser una realidad en nosotros, en este caso, el nacimiento de Dios Padre en nosotros. «Este nacimiento se produce siempre, dice Agustín. Pero cuando no se produce “en mí”, ¿qué me importa? ¡Que, por el contrario, se produzca en mí, es toda la cuestión!» (TNE 1, p. 79). Esto explica que hable de dos nacimientos, según la doble perspectiva posible, eternidad o tiempo, advirtiéndonos sin embargo que en el fondo y en rigor se trata de un solo y único nacimiento.

El Maestro Eckhart sintetiza muchas veces ambos nacimientos en su relación en formulaciones como estas: «Celebramos aquí en esta vida temporal, el nacimiento eterno

que Dios Padre ha realizado y realiza aun sin interrupción en la “eternidad” y que este mismo nacimiento se ha producido también en el tiempo, en la naturaleza humana.» (DNE 1, p. 79); y «este nacimiento se realiza en el alma exactamente de la misma manera que en la eternidad y no de otra forma; pues es un solo y mismo nacimiento.» (DNE 2, p. 87).

Y realiza dos importantes distinciones.

Primera, aunque en el fondo se trata de un solo y mismo nacimiento y se realiza siempre, eternamente, el segundo, o temporal, solo se puede dar donde se da el primero, o eterno, por lo tanto, en el ser humano *bueno*, no en las cosas, tampoco en el pecador, ni en el infierno, aunque en estos últimos subsista eternamente “la nobleza de la naturaleza“, divina, que le es propia al hombre por el nacimiento eterno (DNE 2, p. 88).

Y segunda, aunque el nacimiento eterno sea condición y posibilidad del segundo, lo importante es que se realice temporalmente en uno, en la vida de cada quien: «cuando no se produce “en mí”, ¿qué me importa? ¡Que, por el contrario, se produzca en mí, es toda la cuestión!» (DNE 1, p. 79). Afirmación hecha por Eckhart sin el más mínimo sentido de interés personal, aunque así suene, sino como expresión de la tendencia más profunda del alma. Lo importante no es que ya seamos eternamente unos, al ser engendrados eternamente en la Unidad, sino que lo que ya somos eternamente lo seamos en el tiempo, ahora y aquí.

Nacimiento eterno y nacimiento temporal son relacionados sintéticamente así por el Maestro Eckhart: «En el alma que se mantiene en un «ahora» presente, el Padre engendra a su Hijo unigénito, y en este mismo nacimiento el alma renace en Dios. Éste es un solo nacimiento: tantas veces como ella [el alma] renace en Dios, tantas veces el Padre engendra en ella a su Hijo unigénito.» (Sermón X, *In diebus suis placuit Deo, et inventus est iustus*, p. 303).

¿Dónde y cómo se efectúa el nacimiento?

Por lo demás, para el Maestro Eckhart, y con razón, lo verdaderamente importante es preguntarse *¿dónde* ocurre el nacimiento? o, de acuerdo a otra expresión que le es muy querida, Dios y su *Verbo*, su *Palabra*, *¿en qué parte del alma pronuncia Dios su Palabra?* Porque, por una parte, aquí el dónde determina el cómo y lo que hay que hacer para que tal nacimiento ocurra. Por otra parte, dónde, cómo y qué dejan ver el único interés en todo ello del Maestro Eckhart, el llegar a ser lo que ya somos, unos en la Unidad, así como el concepto que él tiene del nacimiento de Dios en el alma.

Acogiéndose al dicho de un hombre sabio «Cuando todas las cosas reposaban en un profundo silencio, descendió hacia mí desde lo alto, desde el trono real, una palabra secreta», y viendo en esta palabra la Palabra de Dios, su Verbo, para el Maestro Eckhart la parte del alma donde Dios Padre se pronuncia a sí mismo pronunciando su Palabra o Verbo, engendrando a su Hijo, es la parte más pura, fina y noble del alma. ¿Qué entiende por estas cualidades? Un alma «que se mantenga pura y viva con una perfecta nobleza, que esté completamente unificada y completamente interior, que no vagabundee fuera, por los cinco sentidos, en la diversidad de las criaturas, sino que esté por completo en el interior y unificada en lo más puro que posee.» (DNE 1, pp.79-80).

En otras palabras, Dios solo puede nacer, pronunciarse a sí mismo, allí donde el alma ha llegado a ser una y simple como él, por lo tanto, divina como él, donde ser eterno del alma y ser temporal coinciden, son la misma realidad. «Allí está el profundo silencio, pues allí no ha penetrado nunca ninguna criatura ni ninguna imagen que, en este nacimiento, corresponda a la plena unión con la naturaleza divina.» (DNE 1, p. 80). Este es el único sitio digno de Dios, la Unidad en la Unidad. Como dice Eckhart, cualquier otro sitio más modesto le repugna.

Esta es el alma en su condición más plena, la de la unidad. No hay otra más plena posible. Si la hubiera, si Dios la pudiera crear, dice Eckhart, Dios mismo tendría que esperar a que se diese esa condición para él nacer en el alma. De ahí que toda imagen, representación o afección, todo lo que es dual, temporal y espacial, tenga que desaparecer. Desaparición que significa superación en la unidad, no negación o desaparición de sentimientos, percepciones y afecciones. El nacimiento tiene que darse en el *silencio* total, en el *desnudamiento*, *vacío* y *desierto* totales, en una palabra, en la unidad. «Y es precisamente de esta manera y no de otra como Dios Padre engendra a su Hijo, en el fondo y la esencia del alma y es uno con ella. Si hubiera allí alguna imagen la plena unión con Dios no podría encontrar sitio y solamente sobre ella reposa toda la bienaventuranza en el alma,» (DNE 1, pp. 80-81). Sólo la Unidad sacia al alma, al ser humano, solo el todo. Cualquier otra imagen, en el fondo, criatura, por religiosa o espiritual que sea, nunca puede saciar al ser humano. «Una criatura no puede ser la bienaventuranza.» (DNE 1, p. 81), solo la Unidad.

Lo que hay que hacer

Como vemos, el dónde nace Dios determina el cómo nace y lo que hay que hacer para que tal nacimiento se dé, y Eckhart lo plantea con una radicalidad y coherencia totales. ¿Demasiado radical?

Hay que tener en cuenta que cuando él habla del nacimiento de esta manera, se está dirigiendo a hombres y mujeres espirituales, que han caminado y siguen caminando por el camino espiritual, del silenciamiento total, hacia la unidad. «Todo lo que he dicho aquí, sólo es válido para un hombre perfecto que ha caminado y aun camina por los senderos de Dios, pero no para un hombre natural e inexperto» (DNE 1, p. 79).

El desapego y la unidad tienen que ser totales. De ahí la violencia que hay que hacerse y de la que, obviamente, habla el Evangelio, texto espiritual por excelencia del cristianismo: “¡El reino de los cielos sufre violencia y solo los violentos lo alcanzan!” (Mt 11, 12). Significa superar nuestra forma ordinaria de vivir, de conocer y actuar, siempre interesada, dual y dualizada. Ser unos supone renunciar a todo lo que es dualidad, pluralidad e interés, no sólo a lo que supone egocentración. El Maestro Eckhart es muy consciente de ello y así lo advierte: «¡El que no renuncie a todo lo exterior de las criaturas, no puede ser ni concebido ni engendrado en este nacimiento divino!» (DNE 1, pp. 85-86). «Con toda seguridad, ningún hombre puede experimentar este nacimiento, o acercarse a él, si no es a través de una gran violencia.» (DNE 3, p. 95).

La tarea más ardua que un ser humano puede echarse a la espalda¹⁶, como le dijo don Juan Matus a Carlos Castañeda al proponerle, en palabras equivalentes, la misma meta: «ser hombre de conocimiento».

De nuevo, una condición antropológica, la unidad que ya somos frente a la dualidad como modo de superar esta y llegar a la unidad, no una exigencia ascética. La propuesta o propuestas espirituales del Maestro Eckhart parten siempre de una concepción antropológica optimista del ser humano, del ser humano como *ser noble*, no de una concepción pesimista, que se traduce en conciencia de carencia, y por tanto en necesidad de moral y ascesis.

«¡El que no renuncie a todo lo exterior de las criaturas, no puede ser ni concebido ni engendrado en este nacimiento divino!» (DNE 1, pp. 85-86). La unidad tiene que ser Unidad, total. Y para ello, también el silencio de todo nuestro conocimiento dual,

16 Carlos Castañeda, *Las enseñanzas de don Juan. Una forma yaqui de conocimiento*, F.C.E., México 1974, p. 74; cf. J. Amado Robles, *Hombre y mujer de conocimiento. La propuesta de don Juan Matus y Carlos Castañeda*, EUNA, Heredia, Costa Rica, 1ª ed. 2006, p. 80 y ss.

que es nuestro conocimiento ordinario, por muy filosófico e incluso teológico que sea. Mientras sea dual, racional, discursivo, no puede llegar al fondo.

Esto es lo que, según Eckhart, les ha pasado a muchos filósofos y teólogos, y les sigue pasando, cuando no han superado su forma dualista de conocer. Sus afirmaciones al respecto son muy expresivas y siguen siendo de la mayor actualidad. «Pues los que han escrito sobre las capacidades del alma, no han ido sin embargo más allá del punto a que su razón natural los ha llevado: nunca han ido al fondo. Y como consecuencia muchas cosas estaban escondidas para ellos y han permanecido escondidas. (...): pensad en toda la verdad que todos los maestros han enseñado hasta ahora por su propia razón, o que enseñarán alguna vez, hasta el día del juicio final, ¡y sin haber entendido lo más mínimo de este saber, de este fondo!» (DNE 1, p. 85). Este es el gran problema de la teología y de los teólogos actuales, tanto más grave cuanto teólogos y teología ni siquiera tienen conciencia de él.

Para llegar al conocimiento que supone la Unidad, que es conocimiento experiencial y solo experiencial, no causal, procesual y parcial, todo otro conocimiento tiene que llegar a ser y experimentarse como lo que es, un no saber, oscuridad total, plena y total ignorancia. «No te imagines que la razón pueda crecer y elevarse hasta poder conocer a Dios. Pero, si Dios debe lucir divinamente en ti, ninguna luz natural podrá serte útil de ninguna manera: ante todo ha de convertirse en una pura nada y renunciar a sí misma, entonces Dios puede resplandecer dentro con su luz.» (DNE 4, p. 108). «En verdad, ni la ciencia de todas las criaturas, ni tu propia sabiduría pueden llevarte al punto en el que estés en estado de conocer a Dios de forma divina: para esto tu saber ha de cambiarse primero en una pura ignorancia, en un olvido de ti mismo y de todo lo creado» (DNE 4, p. 108).

La advertencia del Maestro Eckhart es perenne y por ello de una gran actualidad. La tentación de creer que la espiritualidad

puede ser el resultado de conocimientos y prácticas sofisticadas, más aún si son esotéricas, es muy grande. Los verdaderos maestros de todos los tiempos, pasados y actuales nos lo recuerdan: la experiencia espiritual nunca es ni puede ser el resultado de un saber racional ni de una técnica. Tampoco es resultado de una ascesis, aunque requiera de lo que Eckhart llama un hombre y mujer espiritualmente “ejercitados”. Es un conocimiento de otra naturaleza, totalmente gratuito, no causal ni causado, que se da en el tiempo, pero lo trasciende radicalmente.

Experimentar este no-conocimiento o ignorancia constituye ya un paso muy importante, aunque no el definitivo. Porque nosotros no somos artífices del nuevo conocimiento, no está en nuestra capacidad el producirlo, solo somos seres expectantes de que ello ocurra y testigos de ello cuando ocurre. En esta situación, en que la tentación es dejar la oscuridad y “retornar a casa”, tema clásico en los espirituales, esto es, volver a la situación anterior, del conocimiento convencional, dual e interesado, el Maestro Eckhart siente que el oyente o lector le pregunta: «¿Qué debo hacer? ¿Debo mantenerme en plena oscuridad? ¿Hay que abandonarlo todo? ¿No hay ningún retorno?» —el no retorno a casa, la no vuelta al ego, del que hablan grandes espirituales de Oriente y Occidente—. Y su respuesta es: En relación a tener que permanecer en la oscuridad, «— ¡Por supuesto que sí! No puedes estar en posición mejor que cuando te cambias completamente en oscuridad, en la ignorancia.» (DNE 4, p. 108); «¡un silencio completo, un vacío completo, eso es lo mejor que puedes hacer!» (DNE 4, p. 110). Y con relación al no retorno, «— ¡En verdad que no! Propiamente hablando, no hay retorno» (DNE 4, p. 108-109).

La razón de ello es que tal oscuridad «Solo podríamos llamarla una posibilidad y una actitud, que sin embargo no carecen de esta realidad que solo tiene esto como contenido: que tú te realices» (DNE 4, p. 109). La expresión del Maestro Eckhart es tan fina y sutil como sugerente, una *posibilidad* y una *actitud*, pero de la que depende todo, de la que literalmente depende tu unidad,

tu realización. Si la abandonas, adiós tu unidad y tu realización. Por lo que prácticamente no hay retorno o, mejor aún, es difícil imaginarse tal retorno en hombres y mujeres que han caminado hasta aquí. Pero advierte Eckhart, y merece la pena transcribir sus expresiones tal cual, «Pero si llegara a ocurrir que hicieras este retorno, eso no puede hacerse por buenos medios, sino que es preciso que sea por los sentidos, el mundo o el diablo. Y si sigues este retorno, inevitablemente caes en el pecado y puedes ir tan fácilmente lejos por esta vía que te ganas la caída eterna. Es por lo que no existe una vuelta atrás, sino solamente una marcha hacia delante, una realización de la posibilidad.» (DNE 4, p. 109).

Hablar de pecado en esta situación es sin duda demasiado por parte del Maestro Eckhart, pues como sabemos la categoría cristiana de pecado supone conciencia de que lo que se hace es moralmente malo y voluntad, quererlo hacer. Pero sí es un error de consecuencias graves. Es querer llegar a la Unidad vía la dualidad, al desinterés total vía la acción interesada, lo cual es imposible.

En todo caso, ello habla claro y bien del alto concepto, por lo demás genuinamente correcto, en el que el Maestro Eckhart tiene la espiritualidad y la unidad como el ser de esta. En ellas está pensando cuando dice «El alma solo descansa cuando está llena de toda su realidad», es decir, cuando es una. Eckhart diría, una en la Unidad.

De ahí que en el sermón n.º 2, de *Del nacimiento eterno*, el Maestro Eckhart ya dijera: «¡Espera solamente este nacimiento en ti y todo bien, todo consuelo, todo éxtasis, toda esencia y toda verdad se volverán tuyos! ¡Si dejas escapar esta cosa única, dejas escapar también todo bien y toda santidad! Lo que por este nacimiento entra en ti, te aporta esencia pura y firmeza; lo que buscas y captas fuera de él se corrompe, de cualquier manera, que lo cojas.» (DNE 2, p. 88).

El nacimiento es la unidad, es todo. Nacer en Dios es nacer en la Unidad y a la Unidad, ser uno con el Uno y en el Uno.

El resto es no ser. La alternativa es, espiritualidad auténtica y verdadera, realización plena, o espiritualidad convencional, siempre dual, subjetiva e interesada, nunca realización plena, por sentida y lograda que sea.

Son muchas las preguntas que al respecto del nacimiento de Dios en nosotros caben hacerse y que el Maestro Eckhart supone en su audiencia y en sus lectores. Una de ellas es si, dada la radicalidad de su enseñanza, en verdad puede hallarse un signo o criterio por el que se pueda reconocer que este nacimiento temporal ha tenido lugar en nosotros, ha ocurrido en nosotros. Y responde que sí: «— ¡Sí, con toda seguridad, un signo infalible,... A veces me preguntan si el hombre puede llegar a un punto en que ni el tiempo, ni la multiplicidad, ni la materia sean para él un obstáculo. ¡Sí puede! Cuando este nacimiento tiene realmente lugar, ninguna criatura puede ser ya para él un obstáculo: todas le muestran a Dios y a este nacimiento.» (DNE 4, p. 112). En efecto, cuando todas las cosas se convierten para uno únicamente en Dios, esto es, en unidad, en la realidad sin fondo ni forma que son, unas, plenas, totales, entonces se puede estar seguro de que este nacimiento ha tenido lugar.

Por el contrario, «Cuando “esto” te falte, que ya no busques ni veas a Dios en todos los sitios y en todas las cosas, entonces este nacimiento te falta.» (DNE 4, p. 112). Sigues siendo un ser ético, moral, religioso, pero estás muy lejos de ser uno, hoy diríamos, estás muy lejos de ser verdaderamente espiritual, de ser un ser humano plena y verdaderamente realizado.

Son los vendedores de palomas, con quienes según el Maestro Eckhart (Sermón I, *Intravit Iesus in templum*, p. 156) Jesús mostró un comportamiento más benévolo en la expulsión de los mercaderes del templo (Mt 21, 13). Según el Maestro Eckhart a estas personas Jesús no les habría expulsado ni increpado, sino que más bien les dijo “¡Quitad esto de aquí!”, como si hubiera querido decir: «Esto, si bien no es malo, trae obstáculos para la verdad pura». «Esas personas —subraya Eckhart— son todas

personas buenas que hacen sus obras exclusivamente por amor de Dios y no buscan en ellas nada de lo suyo, pero las hacen con apego al propio yo, al tiempo y al número, al antes y al después. [Entonces] esas obras les impiden [alcanzar] la verdad óptima, es decir, que deberían ser libres y desasidos tal como nuestro Señor Jesucristo es libre y desasido y, en todo momento se recibe como nuevo de su Padre celestial, sin cesar y en forma atemporal, y al mismo instante y sin cesar renace otra vez [y] del todo» (Sermón I, p. 156).

A esas personas Eckhart también las llama “esposos”, tomando pie de que los esposos como máximo dan un retoño al año, y la reiteración en cuanto a lo que entiende por tales es muy significativa: «son todos aquellos que con su apego al yo, están atados a la oración, los ayunos, las vigiliyas y a diversos ejercicios y penitencias externas.» (Sermón II, *Intravit Iesus inquoddam castellum*, p. 161). En otras palabras, estos, por muy religiosos que sean, en términos de frutos dan pocos, además de pequeños.

El templo es el templo del alma noble, el que, liberado de los obstáculos del apego al yo y a la ignorancia, brilla de tal manera, es de tal calidad, que sólo el Dios increado se le puede igualar. Solo en el alma una está Dios como en su templo. Los vendedores de palomas son esas personas buenas, pero todavía con apegos, y las palomas son esos apegos, apegos que se convierten en obstáculos en el camino a la libertad y desasimiento total.

El criterio del nacimiento de Dios en nosotros es el famoso criterio espiritual cristiano, “ver a Dios en todas las cosas y a todas las cosas en Dios”, pero asumido antropológicamente, en términos de quien verdaderamente ve al Uno en todo lo aparentemente no uno, múltiple, perecedero, y la Unidad de todo esto en el Uno, no asumido moralmente, como comportamiento. Siempre el criterio de la espiritualidad versus el criterio de la moral, el criterio de la unidad versus el criterio de la dualidad, teniendo en cuenta que espiritualidad es unidad, y moral es y supone dualidad.

Nada extraña que el ser humano verdadera y plenamente realizado coincida con el que en el *Tratado Del hombre noble* el Maestro Eckhart considera el sexto y último grado del hombre interior o nuevo. «La característica del sexto grado —escribe el Maestro Eckhart— consiste en que el hombre, luego de haber sido desnudado de su propia imagen, ha sido transformado en la imagen de la eternidad divina y ha logrado un olvido totalmente perfecto de la vida percedera y temporal, y ha sido atraído por una imagen divina transformándose en ella, y [así] ha llegado a ser hijo de Dios.» (THN p. 136). Es el hombre y la mujer que, transformados en la imagen de Dios, son uno como él y con él, como lo es su Hijo Unigénito, el Verbo, viendo pues las cosas como ellos dos las ven.

Por lo demás, este nacimiento está teniendo lugar siempre, en el “ahora” eterno presente que lo caracteriza. No es algo que sucedió en el pasado y que esté llamado a suceder en el futuro. Es algo que está sucediendo en el presente, ahora, en este mismo instante, en este ahora presente que es eterno. Dios no ha engendrado ni nacido. Su ser es su obrar y su obrar es su ser, y está engendrando, pronunciado y naciendo siempre. «Dios nunca habría engendrado en la eternidad a su Hijo unigénito si el haber engendrado no fuera igual al engendrar. Por eso dicen los *santos* que el Hijo ha nacido tan eternamente que sigue naciendo sin cesar. Si el ser-creado no fuera [una y la misma cosa que] el crear, Dios tampoco habría creado jamás el mundo.» (LCD, p. 121).

En una frase de síntesis el Maestro Eckhart ha dicho «La verdadera palabra de la eternidad no nos es dicha por lo demás más que en la eternidad: allí donde el hombre se ha vuelto un extraño para sí mismo y para toda diversidad.» (DNE 4, pp. 109-110).

Parafraseándola podríamos decir: la verdadera palabra de la unidad no nos es dicha más que en la unidad, allí donde el hombre se ha vuelto un extraño para sí mismo y para toda diversidad. Y

se ha vuelto un extraño para sí y para toda diversidad, porque todo es unidad, y en la unidad no hay más que unidad, no hay yo, Dios, cosas.

Todavía una pregunta, “¿Ha de ejercitarse en las obras de penitencia aquel que ha llegado a este estado, pierde algo si no lo hace?” (DNE 4, p. 112). Y una respuesta. Todos los ejercicios ascéticos funcionan como una brida de la carne frente al espíritu, con el fin de que la carne no triunfe sobre el espíritu, «¡pero si quieres dominarla y encadenarla mil veces mejor, ponle la brida del amor!», es decir, practica la acción sin interés, actúa desde esa parte de tu ser donde eres uno, pleno, total, absolutamente desinteresado. Ejercicios y práctica ascéticas son necesarias pero limitadas. Siempre persiguen objetivos, al fin y al cabo particulares. Siempre obedecen al esquema necesidad-interés-motivación-acción. Siempre es un actuar dual y fuente de dualidad. El amor es uno, no conoce dualidad, es la acción sin interés, de la que tanto hablan los espirituales. Con razón Eckhart dice «¡Que no busque otro camino el que ha encontrado este!» (DNE 4, p. 113). Es el actuar sin interés o la acción sin resultados, tema clásico en la espiritualidad, según el cual lo importante es el cómo, no lo que se hace. Eckhart lo explicita provocativamente: «¡que haga algo o no haga nada, no tiene ninguna importancia!» (DNE 4, p. 114). Lo que importa es el amor (la unidad), desde el cual y con el cual actúa quien actúa sin interés, plenamente unificado. Esa acción, por pequeña que sea, siempre es una, siempre es total. Es todo.

EL DESASIMIEN TO O CONDICIÓN HUMANA SUPREMA PARA LOGRAR LA UNIDAD

Algunas notas preliminares

De la importancia del tema habla en primer lugar la recurrencia del mismo en la predicación del Maestro Eckhart, recurrencia de la que, junto con otros tres temas, él es muy consciente y siente la conveniencia, si no la necesidad, de expresarlo, como hizo en uno de sus sermones, el número LIII, *Misit dominus manum suam et tetigit os meum* (según la edición citada de Ilse M. de Brugger, p.376): «Cuando predico suelo hablar del desasimien to y del hecho de que el hombre se libre de sí mismo y de todas las cosas. En segundo término [suelo decir] que uno debe ser informado otra vez en el bien simple que es Dios. En tercer término, que uno recuerde la gran nobleza que Dios ha puesto en el alma para que el hombre, gracias a ella, llegue hasta Dios de manera milagrosa. En cuarto término [me refiero] a la pureza de la natura divina... el resplandor que hay en la naturaleza divina, es cosa inefable. Dios es un Verbo, un Verbo no enunciado.». Cuatro temas en los que resume su enseñanza, y que por ello podía expresar como lo hizo, de esta manera sintético-progresiva. Pero aquí la recurrencia del tema es indicador de una importancia todavía mayor.

El desasimien to en el Maestro Eckhart es proceso y experiencia: proceso de renuncia, desprendimien to y desapego de todas las cosas, que no termina nunca, dura toda la vida; y experiencia de realización plena, que el ser humano, y con razón, desde la dimensión más profunda de su ser, siente y percibe como estado deseable y alcanzable en su vida. De los dos tiene conciencia viva y sobre los dos su discurso es insistente y reiterativo.

Pero, amante por personalidad y formación de ir al fondo de las cosas, al ser y a la dinámica esencial que las constituye y anima, preferentemente hablará del desasimiento como proceso desde el desasimiento como estado o condición humana, dejando fuera de su lenguaje lo que sería un discurso ascético o moral, y haciendo que su discurso sea en sí mismo inductivo a la espiritualidad, si no espiritual.

El desasimiento de por vida es un hecho real. Eckhart es muy consciente de ello y así lo advierte desde su primera obra, desde las colaciones o pláticas vespertinas tenidas con los jóvenes dominicos: «Has de saber que en esta vida nunca hombre alguno se ha desasido de sí mismo sin haber descubierto que debe desasirse más aún.» (PI, 4. *De la utilidad del desasimiento*, p. 66). Lo que no es real ni esperable es que sea momentáneo, resultado de un fervor. En expresión gráfica de Eckhart tiene que ser «bien ejercitado, que tanto precede como perdura.» (PI, 21. *Del fervor*, p. 92).

En todo caso, como proceso y como estado o condición humana, el desasimiento pertenece a la propia racionalidad humana, entendida esta en un sentido amplio, de sabiduría. «Un hombre racional es aquel que se entiende a sí mismo con la razón y se halla desasido en sí mismo de todas las materias y formas.» Hasta el punto de que «cuanto más desasido esté de todas las cosas y cuanto más recogido en sí mismo, tanto más clara y racionalmente conocerá en su interior todas las cosas sin dirigirse hacia fuera: tanto más “hombre” es.» (Sermón XV, *Homo quídam nobilis abiit in regionem longinquam*, p. 225). Y sin duda que así es. Pero en la visión que le merece al Maestro Eckhart el desasimiento es mucho más que racional, es espiritual. Esto le permitirá a Eckhart afirmar «El mismo conocimiento en el cual Dios se conoce a sí mismo, es el conocimiento de cualquier espíritu desasido y no [es] otro» (Sermón X, *In diebus suis placuit Deo et inventus est iustus*, p. 199). Expresión audaz, como tantas otras del Maestro Eckhart, pero correcta.

Lo expresamos al comienzo de este trabajo y es el momento de recordarlo. Junto con la unidad, el desasimiento es la segunda categoría y tema más importante en la propuesta espiritual del Maestro Eckhart. De manera que en ambas se puede sintetizar toda su enseñanza, e incluso, si se quiere una síntesis más apretada, en la unidad solamente, ya que dada la antropología humana, el desasimiento es medio en el logro de la unidad, eso sí, un medio o condición absolutamente necesario. Aunque en el Maestro Eckhart el desasimiento perfecto es todavía mucho más, es expresión de la propia unidad. De ahí que en Eckhart con frecuencia desasimiento y unidad coinciden. Es lo que explica que en él ambos términos aparezcan tan estrechamente unidos, como tales sean tan recurrentes en sus escritos y resulten tan importantes, los más importantes sin duda. En lo que respecta a la unidad esperamos que su importancia en el Maestro Eckhart haya quedado enfatizada si no mostrada en la presentación que hemos ido haciendo de la misma. En lo que respecta al desasimiento, categoría y tema que ya ha ido saliendo, intentaremos hacer lo propio.

En lo que respecta al desasimiento, además de la referencia frecuente al mismo en sus sermones, esta vez tenemos un tratado, *Del desasimiento (Von abegescheidenheit)*, breve pero en su mejor estilo, es decir, radical, argumentado y profundo. En la forma de elaboración que presenta, sintético-expositiva y no carente de cierta formalidad, a juicio de los especialistas en el Maestro Eckhart muy posiblemente no sea obra directa del Maestro, pero sí en su doctrina y radicalidad. Este segundo aspecto ningún crítico lo pone en duda.

La manera, un tanto retórica, como el Maestro Eckhart comienza su breve tratado *Del desasimiento* no deja lugar a dudas sobre la importancia máxima del tema. Declara haber leído muchos escritos, tanto de maestros paganos como de los profetas del Antiguo y del Nuevo Testamento, y haber investigado «con seriedad y perfecto empeño» «cuál es la virtud suprema y óptima», «debido a la cual —las palabras que siguen hay que

tomarlas en todo su peso doctrinal— el hombre puede llegar a ser por gracia lo que es Dios por naturaleza, y mediante la cual el hombre se halla totalmente de acuerdo con la imagen que él era en Dios y en la que no había diferencia entre él y Dios, antes de que Dios creara las criaturas.». «Y cuando penetro a fondo en todos los escritos —sigue diciendo— no encuentro sino que el puro desasimiento supera todas las cosas.» (DD, p. 142). Es decir, cuando se trata de la realización humana máxima, ser en el tiempo el ser que “en Dios” o por naturaleza ya eternamente somos, el medio humano supremo para lograrlo es el desasimiento. No hay otro medio, ejercicio o práctica espiritual, superior. No hay otra condición humana mejor. El Maestro Eckhart está hablando del desasimiento en toda su pureza, del desasimiento que implica unidad y, de esta manera, como una condición de ser que comparte el mismo Dios. Igual que lo hace en otros temas, es en este nivel de significación espiritual o última que se mantendrá con frecuencia, sobre todo en su Tratado, y este es el nivel que, por su importancia, nosotros vamos a destacar aquí.

Virtud suprema

Ante todo, hablando en términos de virtud, disposición o cualidad humana, para el Maestro Eckhart el desasimiento es la virtud suprema, algo que supera cualquier otra virtud, disposición o condición humana, algo que, literalmente hablando, «supera todas las cosas». Y su argumento, muy propio de la filosofía y antropología escolásticas de su época, es certero: «pues todas las virtudes implican alguna atención a las criaturas, en tanto que el desasimiento se halla libre de todas las criaturas» (DD, p. 143). Certero y muy válido, también hoy. Hoy diríamos, las virtudes cultivadas como son entendidas en general, en términos de cualidades y/o disposiciones humanas, son cualidades o disposiciones de un sujeto o en un sujeto con relación a algo o alguien, suponen siempre relación e implican

dualidad. El desasimiento en su pureza no apunta directamente a la unidad. En sí mismo considerado, el desasimiento puro es la cualidad por antonomasia de la unidad, es la plenitud y, por tanto, la inmovilidad que caracteriza al ser en su plenitud, la unidad.

La aplicación de este principio, unidad versus dualidad, hallarse libre de las criaturas versus no hallarse libre, le va a permitir a Eckhart mostrar, a modo de ejemplo, la superioridad del desasimiento sobre virtudes “espirituales” o cualidades humanas tan grandes como el amor, la humildad y la misericordia, virtudes o valores con razón tan elogiadas por los teólogos.

Estos, apoyándose en san Pablo, en su himno al amor, “si no tengo amor, no soy nada”, de 1 Cor 13, 1 y ss., con razón elogian el amor. Sin embargo, el Maestro Eckhart dirá que él elogia el desasimiento por encima del amor. ¿Por qué? Como tantas otras veces, las razones que da para ello son teológicamente audaces, pero fundadas y seguras desde su teología.

Primera razón, «porque lo mejor que hay en el amor es el hecho de que me obligue a amar a Dios, el desasimiento, empero, obliga a Dios a amarme a mí» (DD, p. 143). El cambio es total. ¿Y por qué así? Porque «el lugar propio y natural de Dios lo constituyen [la] unidad y [la] pureza que provienen del desasimiento. Por lo tanto, Dios debe entregarse, Él mismo, necesariamente a un corazón desasido.» (*Id.*).

Segunda razón, «porque el amor me obliga a sufrir todas las cosas por Dios, en tanto que el desasimiento hace que yo no sea susceptible de nada que no sea Dios.» (DD, p. 143). En síntesis, elogia el desasimiento sobre el amor, porque este, usualmente entendido, es iniciativa o pasión, en el sentido escolástico del “patior”, de recepción pasiva, esto es, porque amor implica y supone dualidad, mientras el desasimiento es tan puro y tan simple, tan no dual, que «no es susceptible de nada que no sea Dios». Solo Dios está a la altura de la simplicidad que significa y es el desasimiento total. Ninguna otra cosa le es adecuado.

Otro tanto hay que decir en el caso de la humildad y de la misericordia. Ambas son virtudes dinámicas, relacionales, implican pues cosas, situaciones y movimiento. En el sentido usual, son duales. Siempre se es humilde y misericordioso en relación con algo o alguien.

El desasimiento no es absoluto y total en sí mismo, «permanece en sí mismo». Y desde este su ser comprende y realiza la humildad y la misericordia, como todos los demás valores o cualidades, en su grado máximo, sin la más mínima dualidad, sin el más mínimo interés, iguales a él en su ser; un ser que, al ser el Ser, es nada, no tiene pluralidad o añadido y por tanto limitación. Es por ello por lo que «la humildad puede subsistir sin desasimiento, pero el desasimiento perfecto no puede subsistir sin la humildad.» (DD, p. 143). Y lo mismo hay que decir de la misericordia.

En efecto, «el desasimiento toca tan de cerca la nada que no puede haber cosa alguna entre el desasimiento perfecto y la nada» (DD, p. 144). El desasimiento perfecto es puro y total, es la unidad. No necesita ni quiere estar por encima ni por debajo de ninguna otra criatura o cosa. No persigue pues ningún movimiento. No busca ni aspira a nada. Tampoco quiere ser semejante o desemejante con nada ni nadie. «No quiere ser ni esto ni aquello», expresión muy recurrente en Eckhart, porque «No quiere otra cosa que ser» Pero no la pretensión de ser esto o aquello. Esa no la desea tener. Porque, como advierte el Maestro Eckhart, quien quiere ser esto o aquello, «quiere ser algo; el desasimiento, en cambio, no quiere ser nada.» (DD, p. 144). Es inmóvil en sí mismo. Porque lo es todo.

Inmóvil en sí mismo y, en este sentido, superior a la humildad, incluso en lo que refiere a Dios mismo, de cuya humildad y desasimiento dice expresivamente Eckhart: «... su humildad llena de amor, lo movió a Dios a que se inclinara a la naturaleza humana, mientras su desasimiento se mantenía inmóvil en Sí mismo, tanto cuando se hizo hombre como cuando creó el

cielo y la tierra» (DD, p. 144). Totalmente desasido, Dios actúa permaneciendo inmóvil y desde la inmovilidad, es decir, desde su plenitud y totalidad.

¿Qué es entonces el desasimiento? ¿Qué relación hay entre el desasimiento y Dios? Son algunas preguntas que el Maestro Eckhart supone en sus oyentes y lectores y que él pedagógicamente se hace y responde.

Virtud divina, el desasimiento inmóvil

El desasimiento es una virtud divina, si así podemos hablar; en términos del Maestro Eckhart, la virtud divina por excelencia, ya que es la cualidad por excelencia del mismo ser de Dios, que es plena y totalmente desasido. El desasimiento es tan propio de Dios que se puede decir del mismo lo que se dice de Dios, y a la inversa, tal como reiteradamente lo hace el Maestro Eckhart. Así, por ejemplo, cuando dice «el que Dios sea Dios, se debe a su desasimiento inmóvil, y gracias a este Él tiene su pureza, su simpleza y su inmutabilidad» (DD, pp. 146-147). En otras palabras, si Dios no fuera plena y totalmente desasido, no sería Dios. Dios debe su ser a su desasimiento, o es Dios gracias a su desasimiento. Gracias al desasimiento es que Dios es Dios, es puro, simple e inmutable.

Como hemos visto, del desasimiento dice Eckhart «no quiere otra cosa que ser», pero no ser esto o aquello, en este sentido «no quiere ser nada», expresiones que en otros momentos Eckhart ha dicho de Dios. Como también podría decirse la expresión ya citada más arriba, «el desasimiento toca tan de cerca la nada que no puede haber cosa alguna entre el desasimiento perfecto y la nada».

El desasimiento, como Dios, ni quiere ni es, aunque el objeto de este querer y ser sea el ser más supremo. Desasimiento y Dios son el Ser, fuera y dentro del cual no hay ser desde el cual el Ser se pueda contrastar, decir o afirmar. Son el Ser, fuera del cual no

hay ser, no hay nada. Por ello es que tocan la nada. Por ello es que «no puede haber cosa alguna entre el desasimiento perfecto y la nada». Son tan nada, que sólo son susceptibles de Dios.

Es una virtud tan divina, que ya la tenía Dios antes de que el mundo existiera, antes de ser Dios creador, cuando solamente existía en su Unidad y todas las cosas en él, unas en su Unidad, y él por tanto Uno en sí mismo, plena y totalmente desasido de todas las cosas, ya que no había cosas a las que asirse, solo Unidad en la Unidad. Ya entonces, como ahora, su propiedad o cualidad era el desasimiento, el “desasimiento inmóvil”, porque nada, ningún cambio, ni la creación ni la existencia del mundo le afectó ni le afecta en su inmovilidad, en su desasimiento. «Ahora has de saber que Dios, antes de existir el mundo, se ha mantenido —y sigue haciéndolo— en este desasimiento inmóvil, y debes saber [también]: cuando Dios creó el cielo y la tierra y todas las criaturas, [esto] afectó su desasimiento inmóvil tan poco como si nunca criatura alguna hubiera sido creada.» (DD, p. 146; cf. p.144: «Ahora has de saber que su humildad llena de amor, lo movió a Dios a que se inclinara a la naturaleza humana, mientras su desasimiento se mantenía inmóvil en Sí mismo, tanto cuando se hizo hombre como cuando creó el cielo y la tierra». Porque antes, en y después de la creación del mundo, Dios fue igualmente uno, pleno y total y, por eso, plena y totalmente desasido, sin pluralidad, sin antes ni después, existiendo solamente en su inmovilidad, en su desasimiento inmóvil, en su ser total.

En expresiones anteriores del Maestro Eckhart está implícito que desasimiento perfecto y Dios son una misma y sola realidad. Pero la afirmación explícita aun no estaba hecha. Se intuía que en algún momento la explicitación iba a ocurrir, al igual que en las bóvedas de las catedrales góticas de su tiempo llegaba el momento de tener que poner la piedra clave, la que remata y corona la bóveda y, rematándola y coronándola, le da su en sí, su permanencia y su sostenibilidad. Este momento doctrinal clave llegó al final del Tratado, en su última frase, cuando en forma de oración, como hacía siempre al final de sus sermones, dice: «Que

nos ayude el Desasimiento supremo que es Dios mismo, para que esto nos suceda a todos. Amén» (DD, p. 152).

Bajo forma de súplica, aunque audazmente dirigida al “Desasimiento”, tenemos aquí la clave de bóveda que faltaba, el Desasimiento supremo que es Dios mismo, la expresión más audaz de todas las que el Maestro Eckhart ha hecho al respecto. Definitivamente, desasimiento y Dios son una misma y sola realidad. La cualidad más eminente del ser humano es también la cualidad por excelencia de Dios, y a la inversa. No se puede decir algo más grande, más radical y espiritual, además de teológico, dentro de la teología cristiana, con respecto al desasimiento como estado o condición de realización humana plena: «el Desasimiento supremo que es Dios mismo».

¿Qué es entonces el desasimiento? ¿Qué relación hay entre Dios y desasimiento? La respuesta acaba de ser dada. El desasimiento es la condición *sine qua non* de la espiritualidad como búsqueda de la realización humana plena. El desasimiento supremo es esta misma realización humana plena, es la realización plena en la unidad, es Dios. Entre desasimiento y Dios no puede haber relación más estrecha. No hay diferencia entre ellos, como no la hay en términos de proximidad entre Dios y el alma. De ahí que, en términos por ejemplo de conocimiento, Eckhart pueda decir: «El mismo conocimiento en el cual Dios se conoce a sí mismo, es el conocimiento de cualquier espíritu desasido y no [es] otro» (Sermón X, *In diebus suis placuit Deo et inventus est iustus*, p. 199). Podríamos decir, Dios y el espíritu desasido son la misma cosa, son uno en la misma Unidad. Y es que mediante el desasimiento el alma adquiere la condición eterna de unidad que le es propia en Dios desde siempre, desde antes de su creación. Por ello, así como hemos dicho que el desasimiento es una virtud divina, induciendo posiblemente con ello al error de pensar que es sobrenatural y propia de dioses, podemos y debemos decir que es humana y solamente humana.

Tan humana que más desasido el ser humano es, «más hombre es» (Sermón XV, *Homo quidam nobilis abiit in regionem longinquam*, p. 225). Corroborándose de paso la convicción, todavía poco común, de que lo que diferencia al ser humano de los animales no es la racionalidad, como suele afirmarse, sino la dimensión espiritual o dimensión absoluta, la dimensión “suelta de” o libre de toda relación.

Si el desasimiento supremo es Dios, son muchas y variadas las caras o aspectos bajo las cuales nosotros lo podemos considerar y afirmar en su igualdad con Dios. En efecto, del desasimiento son muchos los aspectos de esta naturaleza que se pueden señalar. Tanto en su Tratado como en sus sermones, el Maestro Eckhart subraya varios, que aquí recogemos.

En primer lugar, el hecho de no tener objeto, finalidad o propósito. Es una pregunta que el Maestro Eckhart se hace: ¿cuál es el objeto del desasimiento puro? Para responder: el desasimiento puro o total no tiene objeto: «ni esto ni aquello constituye el objeto del desasimiento puro. [Porque] éste se yergue sobre la nada desnuda» (DD, p. 149). El desasimiento puro es tan simple y tan uno en sí mismo que no tiene objeto, no existe en función de otra condición o valor, es uno en sí mismo, lo que equivale a decir, «se yergue sobre la nada desnuda». Lo mismo que debe hacer el corazón desasido. «Si el corazón \neg — dice Eckhart— ha de tener una disposición para lo más elevado, tiene que estar situado sobre la nada desnuda, y en esto reside también la mayor posibilidad que pueda haber.» (DD. p. 149). Y para ello pone el ejemplo clásico del ojo en la ciencia de su tiempo, que puede percibir la variedad de colores que percibe por no tener él color alguno.

Para ser todo, hay que ser nada. En ser nada, en ser total y plenamente desasido reside la posibilidad y hasta el hecho de ser todo. En el desasimiento total. Ahí, y solamente ahí, consiste la mayor susceptibilidad humana, la que se necesita para ser todo, para ser Dios. Recordemos cuando Eckhart decía

que, para que Dios nazca en el alma, no se puede dar ninguna imagen o representación en esta, ninguna dualidad, tiene que estar totalmente vacía. Totalmente desasida, una y simple, inmóvil, como una montaña de plomo ante un viento suave. Una condición tal que, «Si el espíritu llegara a conocer su puro desasimiento, ya no sería capaz de inclinarse hacia ninguna cosa, tendría que permanecer en su puro desasimiento.» (Sermón X, *In diebus suis placuit Deo et inventus est iustus*, pp. 202-203). Como Dios también permanece inmóvil, sin inclinarse hacia nada. Y al permanecer en su puro desasimiento, permanece en el ser uno y total.

El desasimiento, como el silencio total que es, también puede ser visto como la condición que necesariamente tiene que darse en uno para que la escucha de la Palabra de Dios tenga lugar y, por tanto, el engendramiento de su Hijo en el alma. Tres son las cosas, dice Eckhart, y es una expresión reiterada en él, que impiden escuchar la palabra eterna: la corporalidad o la realidad aparentemente espacial, la multiplicidad, y la temporalidad, esto es, el ver la realidad como aparece, en términos de pluralidad, espacio y tiempo. Pues bien, si el hombre hubiera avanzado más allá de estas tres cosas, si las hubiera superado en su desasimiento, «viviría en la eternidad y viviría en el espíritu y viviría en la unidad y en el desierto, y allí escucharía la palabra eterna» (Sermón XII, *Qui audit me*, p. 209). Sin desasimiento total no hay escucha del Verbo y no hay engendramiento de este. Por el contrario, «El hombre que se hubiera desasido tanto de sí mismo que fuese el hijo unigénito, poseería lo que posee el Hijo unigénito» (*Id.*). Nada inferior ni diferente. Sería hijo con el Hijo, los dos igualmente hijos en Dios. Porque cuanto enseña (habla, enuncia) el Padre eterno es su esencia, su naturaleza y su entera divinidad, y «Esto nos lo revela todo a la vez en su Hijo y nos enseña que somos el mismo hijo.» (*Id.*).

El desasimiento no solo es condición de la escuchanacimiento del Verbo de Dios en nosotros, y por tanto de que el hombre desasido totalmente de sí mismo posea lo mismo que

posee el Hijo y sea igual a él, el mismo hijo, sino que es lo que atrae al mismo Cristo, es decir, que presenta y tiene un carácter activo, y no solamente pasivo. Esto le lleva al Maestro Eckhart a expresiones teológicamente todavía más osadas, aunque igualmente fundadas. Así, «Al desasirse el hombre de sí mismo, acoge a Cristo, Dios, bienaventuranza, beatitud y santidad.» (Sermón XXIV, *Dice san Pablo: Acoged en vosotros, introducid en vuestro foro íntimo a Cristo*, p. 263). El desasimiento puro, pleno y total, atrae la plenitud a sí. Y reitera esta fuerza de atracción por parte del desasimiento: «Es sorprendente: si el hombre se ve obligado a desasirse, entonces, al hacerlo él introduce en su fuero íntimo a Cristo y [la] santidad y [la] bienaventuranza, y es muy grande.» (*Id.*). En este nivel, en el que tan frecuentemente habla Eckhart, el desasimiento significa realización humana plena de una manera prácticamente automática. El desasimiento aquí ya es Unidad, es Ser, es todo.

Lo mismo enseña poniéndose en el caso hipotético de que fuera él el hombre totalmente desasido. «Mas, si hubiera salido enteramente de mí mismo, desasiéndome por completo, entonces ¡albricias! el Padre engendraría a su Hijo unigénito en mi espíritu con tanta pureza que el espíritu volvería a darlo a luz.» (Sermón XLII, *Adolescens, tibi dico: surge*, p. 329)

El desasimiento, realidad divina, que toca la nada, es sutil, la sutilidad misma por naturaleza, ya que consiste en desasirse de toda realidad en su ser interesado, y al des-asirse de ella, descubrir su dimensión absoluta y entrar en ella, cosa imposible sin el desasimiento puro. Pues bien, la sutilidad de este la expresa Eckhart en estas palabras también sutiles: «Y cuando el desasimiento llega a lo más elevado, se vuelve carente de conocimiento a causa del conocimiento, y carente de amor a causa del amor, y oscura a causa de la luz» (DD, 150). Es decir, cuando el desasimiento llega a ser pleno y total, todo lo que aun guardaba algo de dualidad, conocimiento, amor y luz, desaparece ante lo que es Uno y Unidad, ante el nuevo conocimiento, el nuevo amor y la nueva luz, que son simples.

El desasimiento es sutil y es simple, como el conocimiento carente de conocimiento a causa del conocimiento a que da lugar cuando llega a lo más elevado. Y la simplicidad es la respuesta que el Maestro Eckhart da cuando se pregunta a sí mismo sobre: «¿Cómo puede ser que el desasimiento del conocimiento conoce en sí mismo todas las cosas sin forma e imagen, sin que se dirija hacia fuera y se transforme él mismo?» (Sermón XXV, *Moses orabat dominum deum suum*, p. 225). «Digo que proviene de su simplicidad, porque el hombre, cuanto más puramente simplificado se halla en sí mismo, con tanta más simplicidad conoce toda la multiplicidad en él mismo y se mantiene inmutable en sí mismo.» (*Id.*)

Un conocimiento nuevo, como el amor y la luz, que tiene su fuerza en la simplicidad. Un conocimiento no dual, experiencial y superior a toda dualidad.

Llegados a este punto, podemos preguntarnos como hace Eckhart, «¿cuál es la oración del corazón desasido?», y responder con él: «Contesto diciendo que la pureza desasida no puede rezar, pues quien reza desea que Dios le conceda algo o solicita que le quite algo. Ahora bien, el corazón desasido no desea nada en absoluto, tampoco tiene nada en absoluto de lo cual quisiera ser librado. Por ello se abstiene de toda oración, y su oración sólo implica ser uniforme con Dios. En esto se basa toda su oración.» (DD, p. 149). El corazón desasido no desea, no pide, no actúa movido por la necesidad o el interés, no espera nada, el corazón desasido es todo y lo es siempre, en todo estado y condición. Hablando con rigor, el corazón desasido no reza, no puede rezar. En él lo que se podría considerar oración es contemplación. ¿Porque confía en Dios? No, algo muy superior. Porque el que tiene un corazón desasido tiene un corazón pleno, no carece de nada, es la plenitud. No es diferente de Dios.

En el Maestro Eckhart el desasimiento es mucho más que una propuesta de ascesis es una cuestión de ser, del ser uno, realizado y libre, que en la dimensión más profunda de nuestro

ser ya somos; el ser tan próximo de la nada, sin nada que lo habite, que sólo es susceptible de Dios, de nada absolutamente por debajo de Él. Los aspectos que Eckhart con frecuencia toca de pasada nos hablan de ello.

Como punto final de este acápite, podríamos decir con el Maestro Eckhart: «el desasimiento es lo mejor de todo, ya que purifica el alma y acendra la conciencia e inflama el corazón y despierta el espíritu y agiliza el ansia y conoce a Dios y aparta a la criatura y se une con Dios.» (DD, p. 151).

Desasidos y libres

No podríamos terminar este capítulo dedicado al desasimiento sin dedicar un acápite a esta pareja de adjetivos, *desasidos* y *libres*, que frecuentemente el Maestro Eckhart utiliza como tal, y a la enseñanza que con ambos términos quiere expresar. Ambos unidos son tan recurrentes en los tratados y sermones del Maestro Eckhart que, dado su significado, obviamente tal recurrencia no es inocente, al contrario, evidencia un gran interés por parte de Eckhart. Este quiere presentar y destacar el desasimiento como condición de la libertad, esta como muestra de la realización humana plena, y desasidos y libres como la condición, pues, de los hombres y mujeres plenamente realizados, condición a la que hay que aspirar. Esto por un parte. Por otra, al resaltar la libertad como fruto del desasimiento, una vez más se está resaltando la importancia y el valor de este.

En cuanto al contenido hay una pareja de conceptos que ya hemos visto, que se sitúa en el mismo nivel, la *nada* como condición de la *mayor posibilidad o susceptibilidad de ser*, de ser todo. En comparación con ella, aquí podríamos hablar del desasimiento como condición de la mayor libertad, de la libertad necesaria para ser todo. Es en este nivel en el que nos situamos o, mejor, en el que desasimiento y libertad nos sitúan, en el nivel más sublime y, por ello, el más radical, ya que se trata del desasimiento y libertad más totales,

Desasidos y libres es en Eckhart una manera muy lograda de expresar el ser humano en su realización plena. De ahí que sea tan reiterativa en él. Es una manera de recordarnos que sin desasimiento no hay libertad, y que la libertad para ser todo, solo se da cuando el desasimiento es total. La razón es que mientras haya algún apego e interés, alguna búsqueda de sí mismo, aunque sea buscando a Dios, buscando la propia espiritualidad, no hay libertad total. Ese interés y apego, por pequeños y sutiles que parezcan, lo impiden. Por ello a la necesidad de ser desasidos y libres Eckhart añadirá con frecuencia, «así como Dios es libre y desasido en todas sus obras» (Sermón I, *Intravit Iesus in templum*, p. 155), «desasido y libre como Dios es desasido y libre en sí mismo» (Sermón II, *Intravit Iesus in quoddam castellum*, p. 164), siendo importante fijarse en el detalle: desasido y libre ‘en sus obras’ y ‘en sí mismo’. Porque no solo es necesario serlo en relación a nuestras obras, sino también en relación a nosotros mismos. El apego es muy sutil y muy sutilmente se resiste a su desaparición y a su muerte.

El desasimiento y libertad que implican y hasta son sinónimo de la realización humana plena es el mismo desasimiento y libertad de Dios. No es un desasimiento y libertad buscando asemejarse al desasimiento y libertad de Dios, sino buscando el desasimiento y libertad que corresponde a su ser, que son los mismos de Dios.

Es en este sentido tan noble, el más noble de todos, en el que el Maestro Eckhart habla de desasimiento y libertad, de desasidos y libres, y tal es lo que entiende por un hombre desasido y libre. En su Sermón VI, *Iusti vivent in aeternum*, y respondiendo a la pregunta que se hace de quiénes son los que honran a Dios, tiene un párrafo especialmente elocuente a este respecto. «Son aquellos que se han desasido totalmente de sí mismos y no buscan en absoluto lo suyo en ninguna cosa, sea la que fuere, grande o pequeña; aquellos que no miran nada por debajo ni por encima de ellos, ni [lo que se halla] a su lado o en ellos; aquellos que no piensan ni en bienes, ni en honores, ni en comodidades, ni en

placeres, ni en provecho, ni en recogimiento, ni en santidad, ni en recompensa, ni en el reino de los cielos, habiéndose desasido de todo ello, de todo lo suyo... de tales hombres Dios recibe honor y ellos honran a Dios en el sentido propiamente dicho y le dan lo que le pertenece.» (*Ibid.*, p. 181).

Lo contrario es lo que sucede cuando hay personas que, imaginándose haber llegado a un punto muy alto y ser muy espirituales, sin embargo, no se han desasido de las cosas en absoluto y se aferran a “nonadas”. Estas personas, dice Eckhart, están muy alejados de lo que se imaginan ser. «Ambicionan muchas cosas y pretenden otro tanto.» (Sermón XI, *Impletum est tempus Elizabet*, p. 208. En otras palabras, el desasimiento es criterio de libertad y Eckhart lo utiliza como escalpelo para discernir con acierto actitud y camino correctos de actitud y camino no correctos. Así, de manera certera advierte por completo: «Si de algún modo valoras una cosa más que otra, está mal. Debes desasirte de tu propia voluntad.» (Sermón VI, *Iusti vivent in arternum* p. 182). El hombre y mujer espirituales tienen que desasirse y liberarse de cualquier valoración, positiva o negativa, incluso de Dios y de la unión con él. El deseo de Dios y de esta unión sería la mejor prueba de que aun no se es auténtica y verdaderamente espiritual, de que no se es totalmente desasido y libre.

Las diferencias en el interior de uno mismo y en la relación con las cosas suponen interés y apego. Quien cree, por ejemplo, que lugares y tiempos, como el bosque, la capilla, su celda de monje, la soledad buscada, le harían más espiritual, es hombre con interés y apego, a sí mismo, a lugares y tiempos. Solo quien ha muerto de verdad a sí mismo y a toda forma de interés y apego vive en la unidad de sí mismo y en la igualdad. «Semejante hombre permanece en la igualdad y permanece en la unidad y permanece completamente igual: dentro de él no cabe ninguna desigualdad. Este hombre debe haberse desasido de sí mismo y de todo este mundo.» (Sermón XII, *Qui audit me*, p. 212).

El desasimiento es total, porque su ser es total. Tan total, que no hay ser al que apegarse ni sujeto que se apegue. Lo acabamos de ver expresado en Eckhart. «Semejante hombre permanece en la igualdad y permanece en la unidad y permanece completamente igual». De esta manera es que el desasimiento del que habla, tan total, es posible. «El hombre que ha renunciado y está desasido y que nunca jamás por un solo instante mira aquello a que ha renunciado, y que persevera, inmóvil, en sí mismo e inmutable, sólo este hombre se halla desasido.» (*Id.*).

Por ello el hombre ideal de Eckhart es el hombre ecuánime, pleno y total, uno y libre en sí mismo, sin que una cosa, estado o situación le atraiga más que otra, porque todo le atrae y todo lo vive de la misma manera, plena y totalmente o, mejor dicho, porque al serlo todo, no le puede atraer nada en términos de espiritualmente mejor o peor, de manera interesada y por ello parcial. Encontrándose en el aquí y el ahora, vive el aquí y el ahora como el presente eterno que es. En este aquí y en este ahora está todo. Por ello este hombre el Maestro Eckhart se lo figura inmóvil, como es inmóvil una montaña de plomo ante un viento leve (Cf. DD, p. 145).

Un hombre ecuánime, no atraído por nada, realizándose plenamente, centrado en sí mismo, en armonía consigo mismo y con todo, lleno de tranquilidad y de paz. Así es el ser humano desasido visualizado por Eckhart, alguien inmóvil como Dios, porque participa de su misma plenitud. Todo lo contrario de un ser humano inquieto, preocupado, tenso, siempre insatisfecho y en cierta manera infeliz, como podría hacer pensar su concepción tan radical sobre el desasimiento. El ser humano desasido es un ser humano pleno, que más desasido es, más ser humano es, más pleno es, más libre, más realizado, más feliz, hasta serlo plena y totalmente. Por ello estas son las actitudes que el Maestro Eckhart, sabio y pedagogo, desde el comienzo propone al principiante en el camino espiritual: estar “bien encaminado”, tener una “buena disposición”, una buena “disposición de ánimo”, siempre igual, y una “buena voluntad”, “honesta”, “recta”, “íntegra”, apoyada

en el presente, expresiones todas ellas muy recurrentes en Eckhart. Porque estas son las actitudes o la actitud que mejor preparan a la plenitud. Actitudes, como se ve, más humanas que religiosas, o antes humanas que religiosas. Actitud de convicción, conocimiento y madurez.

Por encima del esfuerzo moral y ascético, Eckhart siempre pondrá la formación correcta, antropológica y espiritual, y la buena disposición. Al ser humano bien formado y bien dispuesto su caminar se le convierte en luz. Tiene ya el maestro interior, que es el maestro principal. En esas condiciones el maestro exterior, maestros, información y conocimiento apropiados, no le han de faltar. El Maestro Eckhart da mucha importancia al punto de partida y a la forma madura de caminar, seguro de que ambos son fundamentales para llegar al buen puerto, cosa que resulta muy difícil, si no prácticamente imposible, si el punto de partida y el caminar no son los adecuados.

Las enseñanzas del Maestro Eckhart a este respecto son meridianas y constituyen otras tantas sentencias: «Quien te perturba eres tú mismo a través de las cosas» (PI, 3. *De las personas no desapegadas*, p. 65). «Quien está bien encaminado en medio de la verdad, se siente a gusto en todos los lugares y entre todas las personas» (PI, 6. *Del desasimiento y posesión de Dios*, p. 68), «porque el que está bien encaminado quiere lo que Dios quiere» (LCD 2, p 126). Es cierto que una obra es distinta de otra, «pero si alguien hiciera sus obras con una disposición de ánimo siempre igual, de veras, sus obras serían todas iguales», y para este hombre «Dios resplandecería, sin duda, tan develadamente en la [obra] mundana como en la más divina.» (PI, 7. *Cómo el hombre debe ejecutar sus obras de la manera más sensata*, p. 71).

Y es que para el Maestro Eckhart lo que él llama la verdadera posesión de Dios, pero que ahora sabemos que podemos llamar unidad y desasimiento, «depende de la mente y de una entrañable [y] espiritual tendencia y disposición hacia Dios» (PI, 6. *Del desasimiento y...*, p. 69), y la misma supone «un conocimiento

recto, verdadero, juicioso [y] real de lo que es el fundamento del ánimo frente a las cosas y a la gente.» (PI, 21. *Del fervor...*). En otras palabras, a esta actitud, transparente, serena y tranquila como la superficie de un lago, hecha de mente y disposición, es a la que se reduce y en la que últimamente consiste el desasimiento.

La pobreza como exigencia del desasimiento

Es usual y correcto, como lo hace el mismo Maestro Eckhart, relacionar desasimiento con renuncia a sí mismo y a todas las cosas, y en esta lógica valorar, como se ha hecho y se hace en la llamada vida religiosa, los votos típicos de esta, pobreza, castidad y obediencia. Pero sin que la relación entre pobreza y desasimiento valorada en esta perspectiva deje de ser moral. La visión del Maestro Eckhart una vez más es muy superior, como lo vamos a ver en el caso del desasimiento y pobreza. Es una visión genuinamente espiritual, es decir, no dual.

Al poner el énfasis en el desasimiento tal como él lo concibe, no como condición ascética y moral sino como condición antropológico-espiritual, su visión de la pobreza no puede ser más radical. Su visión es genuinamente espiritual y por tanto real, pero tan radical que, siendo real, no necesita identificarse con ninguna forma concreta de vivirla ni se reduce a ninguna de ellas. Por su naturaleza trasciende todas las formas, es accesible a todos y es practicable en cualquier estado, de monje o laico, célibe o casado, ordenado no ordenado, en toda situación y en cualquier contexto y circunstancia. Es la pobreza como exigencia del desasimiento y expresión de este.

En un momento, aunque muy de pasada, ya llamamos la atención sobre la relación entre pobreza y unidad. Siguiendo su sermón *Beati pauperes spiritu, quia ipsorum est regnum coelorum* (nº 14, en la edición de Edicomunicación, nº. LII en la edición de Ilse M. de Brugger) vamos a ver ahora la relación entre pobreza y desasimiento o, lo que es lo mismo, la pobreza como exigencia del desasimiento. El sermón es paradigmático de lo que constituye

una visión espiritual o no dual. Las citas que hacemos son de acuerdo a la edición de Ilse de Brugger, pp. 370-375.

«La bienaventuranza abrió su boca de sabiduría y dijo: «Bienaventurados son los pobres en espíritu, pues de ellos es el reino de los cielos» (Mateo 5, 3). Así comienza Eckhart su sermón (p, 370), y la frase está rigurosamente pensada. Porque va a hablar de la pobreza en clave de sabiduría divina, de manera espiritual diríamos nosotros, lo que para él significa hablar con y desde la unidad, el enfoque más supremo desde el que se puede hablar. De manera que ante la sabiduría de Dios, pide que toda otra sabiduría, que en el fondo es una sabiduría dual, calle. Por esta entiende la sabiduría de «todo cuanto ha nacido jamás», incluida la sabiduría de los ángeles y santos. Porque toda esta sabiduría es «pura necesidad ante la Sabiduría sin fondo de Dios» (p. 370). Y es esta sabiduría, no la otra, advierte agudamente Eckhart, la que ha dicho que los pobres son bienaventurados. En otras palabras, de la pobreza en su sentido más profundo solo se puede hablar espiritualmente, esto es, superando toda dualidad.

Aquí tenemos la primera clave de comprensión, que el Maestro Eckhart nos entrega desde el primer momento: bienaventurados los pobres en espíritu como bienaventuranza que tiene que ser entendida espiritualmente, en la Sabiduría si fondo de Dios.

La segunda es que la pobreza de la que va a hablar es la «pobreza interior», que para él es la pobreza de la que hablan las Bienaventuranzas. Él es plenamente consciente, y así lo advierte, de que hay dos tipos de pobreza en términos de cualidad o valor —otra distinción como la que acaba de hacer entre Sabiduría de Dios y sabiduría de lo creado—: una «pobreza interior» y una «pobreza exterior», esta segunda muy elogiada, la que se abraza voluntariamente por amor a Jesucristo y con la que él mismo cargó en la tierra. Pero él no va a hablar de esta pobreza, pobreza al fin de cuentas humana, conceptualizada, parcial, sino de la

pobreza interior, inconceptualizable, «respecto a la cual hay que entender la Bienaventuranza» (p. 370).

Con distinción de pobreza y precisión del objeto de estudio lo que hace Eckhart es sentar la coherencia epistemológica necesaria entre enfoque (sabiduría de Dios) y tema u objeto (pobreza interior). La pobreza como realidad no dual o espiritual sólo puede ser conocida desde un conocimiento no dual, sin contenido ni forma, que *no quiere nada, no sabe nada, no tiene nada* y que por ello coincide con la pobreza misma, ya que son una misma y sola cosa, conocimiento y pobreza.

Tercera clave. Para entender esta pobreza interior, como todo lo que es verdaderamente espiritual, hay que hacerlo desde una connaturalidad espiritual, que aquí Eckhart llama “semejanza”. En otras palabras, para comprender la pobreza de la que aquí es cuestión hay que ser espiritualmente pobres, de lo contrario es imposible. En otras palabras, se trata de una comprensión experiencial. De ahí la exhortación de Eckhart: «Ahora os ruego que seáis igualmente [pobres] para [poder] comprender estas palabras; porque os digo por la verdad eterna: Si no os asemejáis a esta verdad, de la cual hablaremos ahora, no podréis comprenderme.» (p. 370). Semejanza no fácil de adquirir, por lo que no le va a extrañar si solo unas pocas personas van a comprender su enseñanza a este respecto. Así lo expresa al comienzo y al final del sermón.

Con estas tres claves en mano, él comienza citando una definición de pobreza y de pobre de Alberto Magno, su maestro, muy sugerente por lo paradójica que es, y que él encuentra correcta: «que un hombre pobre es aquel que no se contenta con todas las cosas creadas jamás por Dios» (p. 370). Y está bien dicho, expresa él. Según la sentencia de Alberto Magno solo lo increado contenta o satisface al pobre, no lo creado, aunque sean todas las cosas, porque esto no es unidad, es pluralidad. Pero añade, «Mas nosotros lo diremos mejor aún, concibiendo la pobreza en un sentido más elevado», expresando a continuación su definición:

«un hombre pobre es aquel que no quiere nada y no sabe nada y no tiene nada.» (p. 370). Lo que Alberto Magno expresa en forma negativo-positiva, él lo expresa en forma positivo-negativa. Pero es la misma realidad, la pobreza vista en su dimensión más noble, más espiritual y, por tanto, de una manera no dual, una pobreza tan simple y total que no tiene objeto: no quiere nada, no sabe nada, no tiene nada. Solo ella se basta a sí misma, es ella misma, se contenta a sí misma, y por ello no quiere nada, no sabe nada, no tiene nada. Porque todas las cosas creadas jamás por Dios no le contentan. ¿Cómo y por qué? En otras palabras, ¿qué es ser pobres en espíritu?

Con estas tres claves tenemos que seguir leyendo hoy el sermón nosotros, ya que de otro modo tampoco nosotros entenderíamos su concepto de pobreza, de la misma manera que no solemos entender las Bienaventuranzas del Evangelio, sujeto plural en el que hay que comprender todos los teólogos y teologías en uso.

En primer lugar, un hombre pobre es el que *no quiere nada*. Tan radicalmente nada que ni siquiera quiere cumplir la voluntad de Dios. Porque quien aspira a cumplir la voluntad de Dios y quiere cumplirla no es total y absolutamente pobre, tiene todavía esa aspiración y esa voluntad. Nosotros diríamos no es uno, aun se mueve dualmente, tiene interés y busca interesadamente, aunque crea que lo que busca es a Dios.

Para darnos cuenta de lo equivocadas que están, del error que supone tal posición, aparentemente tan espiritual y correcta, a las personas que buscan así a Dios y quieren cumplir su voluntad, Eckhart las llama “asnos”. Porque no saben nada. Ciertamente después matiza, al reconocerlas bienintencionadas e incluso en principio bienencaminadas, que hasta merecen ser elogiadas y que sin duda irán al cielo. Pero no las considera santas, es decir espirituales, aunque así lo parezcan y sea común tenerlas por tales, al contrario, las sigue teniendo por “asnos”. Y sus razones para ello son muy serias: «no captan el carácter simbólico de la verdad

divina» (p. 371), «esos hombres no son pobres ni se parecen a [los] pobres» (*Id.*), y «de la pobreza de la que hablaremos ahora, ellos no saben nada» (*Id.*).

Su razón fundamental la argumenta así: «Mientras el hombre todavía posee la voluntad de querer cumplir la queridísima voluntad de Dios, semejante hombre no tiene la pobreza de la cual queremos hablar, pues todavía tiene una voluntad con la que quiere satisfacer la voluntad de Dios, y esto no es pobreza genuina. Pues, si el hombre de veras ha de poseer [la] pobreza, debe estar tan libre de su voluntad creada como lo era antes de ser.» (*Id.*)

«Tan libre de su voluntad creada como lo era antes de ser». En esto consiste la unidad y la realización del ser humano. Y por ello es la aspiración suprema de todo ser humano: volver al ser simple, absoluto, pleno y total que es eternamente, por tanto, desde siempre, desde antes de su creación. Y ser libre. Esta es la aspiración de la pobreza y esto es ser pobre: la vuelta al ser que se era antes de ser. «Porque os digo por la eterna verdad: Mientras tenéis la voluntad de cumplir la voluntad de Dios y deseáis [llegar] a la eternidad y a Dios, no sois pobres; pues un hombre pobre es [sólo] aquel que no quiere nada ni apetece nada.» (*Id.*)

«Como lo era antes de ser». Otra vez, la doble perspectiva eternidad/tiempo, nacimiento eterno/nacimiento temporal, unidad / dualidad, y aquí Eckhart enfatizando la primera. «Cuando yo me hallaba aún en mi causa primigenia, no tenía Dios alguno y era la causa de mí mismo; no quería nada ni apeteecía nada porque era un ser libre y un conocedor de mí mismo en el gozo de la verdad. Entonces me quería a mí mismo sin querer otra cosa; lo que yo quería lo era, y lo que era lo quería, y entonces me mantenía libre de Dios y de todas las cosas. Mas cuando, por libre decisión, salí y recibí mi ser de criatura, entonces tuve un Dios; porque antes de que fueran las criaturas, Dios [aún] no era «Dios»; mas, era lo que era.» (*Id.*). Ser y libertad omnímodos y totales.

Dios Uno, eterno, en el que ya éramos y era todo antes de que como criaturas existiéramos fuera de él, y “Dios”, creador, al existir las criaturas; sólo Dios Uno satisfaciendo todas las cosas unas en él, incluido el ser humano. De ahí la necesidad de ser pobre con la radicalidad que la presenta Eckhart, que llega a ser y es expresión de la unidad. Eckhart califica esta pobreza como «la pobreza más insigne» (p. 373). Pobre en este sentido, podríamos decir, es el que es Uno en la Unidad. De ahí también la justeza de la célebre expresión dos veces repetida del Maestro Eckhart en este sermón: «Por eso le pedimos a Dios que nos despojemos de “Dios”» (p. 372). Y de nuevo, como síntesis, la fundamentación de ser pobres en el espíritu: «allá donde yo estaba y quería [ser] lo que era y era lo que quería [ser]. Por ende, decimos: Si el hombre ha de ser pobre en voluntad, debe querer y apetecer tan poco como quería y apetecía cuando no era. Y de esta manera es pobre el hombre que no quiere.» (*Id.*).

El hombre pobre no quiere nada porque es lo que ha sido siempre y lo que es, uno en el Uno, uno en Dios, todo en el Todo. Si quisiera algo, no sería pobre, no sería uno, serían dos, el que quiere y lo que se quiere, aunque este algo que se quiere sea Dios.

En segundo lugar, pobre en el espíritu es el que *no sabe nada*. De nuevo se trata de un no saber, visto y presentado con la misma radicalidad del no querer nada, de la misma naturaleza espiritual de este.

Para presentarlo así, de nuevo Eckhart echa mano de una concepción muy noble, que él mismo ha utilizado otras veces. Según esta, el hombre debe vivir de tal manera «que no viva para sí mismo ni para la verdad ni para Dios» (p. 372). «Mas ahora decimos otra cosa» (p. 372), expresión frecuente en él cuando quiere afinar y superar concepciones anteriores. Y lo que dice es: quien posee esta pobreza «debe vivir de modo tal que ni siquiera sepa que no vive ni para sí mismo ni para la verdad ni para Dios; antes bien ha de estar tan despojado de todo saber que no sabe ni conoce ni siente que Dios vive en él; más aún: debe estar

vacío de todo conocimiento que en él tenga vida» (p. 372). Es un saber o conocer que ni siquiera conoce que conoce o ama a Dios. Es un “algo” en el alma, del que derivan este conocer y este amar, pero que está por encima de estos, en el que consiste la bienaventuranza. Esta no consiste en saber o conocer que se conoce a Dios, sino en ser y vivir lo que se ha sido y se es desde la eternidad, un ser y vivir tan pleno y total que no tiene objeto y tampoco se puede autoconcebir dualmente.

En expresión muy sintética de Eckhart, «lo que vivía era él mismo» (p. 372). Y se está refiriendo al pobre que no sabe, no a Dios. Aunque lo mismo podría decirse de Dios. Recordemos que Dios es el desasimiento perfecto y que su bienaventuranza no está en conocer que él es Dios sino en serlo. De la misma manera debe suceder en el hombre pobre, en el hombre que no sabe.

Este hombre debe mantenerse tan despojado y libre de todo que ni sepa ni conozca que Dios opera en él. «Quien ha de ser, pues, pobre en espíritu, debe ser pobre en cuanto a todo su saber propio, de modo que no sepa nada de nada, ni de Dios ni de la criatura ni de sí mismo.» (*Id.*). Porque «Cuando uno se mantiene tan libre del saber y conocer, como Dios se mantiene libre de todas las cosas, esta es la pobreza más pura» (p. 373)

En tercer lugar, es un hombre pobre el que no tiene nada, pobreza que el Maestro Eckhart llama «la pobreza extrema» (*Id.*).

De nuevo aquí parte de una concepción muy noble de pobreza que él mismo reconoce haber utilizado a menudo, así como los maestros: la pobreza como liberación real de las cosas exteriores e interiores, con miras a que se pueda constituir en un lugar apropiado para Dios, en cuyo interior Dios pueda actuar. Pues, bien, ahora dirá, si este hombre en verdad logra mantenerse libre de todas las cosas, de Dios y de sí mismo, pero aun es propenso a que en él haya un lugar donde Dios pueda obrar, este hombre «no es pobre con extrema pobreza» (p. 373).

El hombre debe ser tan pobre que ni siquiera debe tener esta propensión, debe estar liberado de ella. Y en esto consiste

la pobreza espiritual, subraya el Maestro Eckhart. Debe estar tan libre de Dios, que «si Dios quiere obrar en el alma, sea Él mismo el lugar en el cual quiere obrar» (*Id.*), cosa que Dios hace gustosamente cuando encuentra un hombre con esta disposición: dejando a Dios que sea Dios, que Dios sea el lugar de sí mismo. Es la pobreza-liberación que le es propia al ser humano desde toda la eternidad y que tiene lugar en la parte increada e increable del alma. Por ello dirá Eckhart, «Allí, en esa pobreza, obtiene el hombre [otra vez] el ser eterno que él fue y que es ahora y que ha de ser eternamente.» (*Id.*). Es el no tener que tuvo siempre, el ser eterno uno y simple, que fue y que es ahora y que ha de ser eternamente.

«Decimos, entonces, que el hombre ha de ser tan pobre que no constituya ni posea ningún lugar en cuyo interior pueda obrar Dios.» (p. 374) Y de ahí de nuevo la confesión de Eckhart: «Por eso le ruego a Dios, que me libere de “Dios”» (*Id.*). Porque mientras no esté totalmente liberado de “Dios”, mientras crea tener un lugar en el que Él esté, «ahí conserva una diferencia» (*Id.*) En otras palabras, hay dualidad, no hay unidad, no se es total y radicalmente pobre y uno, “Dios” no es Dios. A este respecto dirá, «mi ser esencial está por encima de Dios, en cuanto entendemos a Dios como origen de las criaturas», y este Dios no puede constituir la bienaventuranza. La bienaventuranza sólo puede estar en el ser que hemos sido y somos eternamente, antes de haber venido al mundo, en el ser esencial que somos antes y por encima del Dios creador.

Eckhart lo va a argumentar utilizando las categorías contrapuestas de “emanar” y “traspasar”, “emanar” como manera de venir al mundo, y “traspasar”, como manera de entrar en la eternidad de la que hemos procedido por emanación, haciendo propia la sentencia de un maestro de que “traspasar” es superior a “emanar” (pp. 374-375).

Cuando vine de Dios por emanación, dice Eckhart, todas las cosas dijeron ¡Dios es!, es decir, se hizo evidente la existencia

de Dios y de las criaturas. Pero eso no me puede hacer feliz, porque ahí conozco a Dios como creador y a mí como criatura, es decir, no conozco verdaderamente a Dios ni me conozco verdaderamente a mí, no conozco a Dios ni me conozco a mí en nuestro ser uno y eterno. Para ello tengo que regresar, “traspasando”, al ser que era, y esto es lo que ocurre en mí con el “traspaso”. Eckhart lo dice explícitamente: «Pero en el traspaso donde estoy libre de mi propia voluntad y de la voluntad de Dios y de todas sus obras y del propio Dios, ahí me hallo por encima de todas las criaturas y no soy ni “Dios” ni criatura, antes bien, soy lo que era y lo que debo seguir siendo ahora y por siempre jamás.» (p. 374). Esta es la verdadera pobreza espiritual. «Porque en este traspaso obtengo que Dios y yo seamos una sola cosa» (p, 375). Sólo en este traspaso y en la pobreza o desprendimiento que este traspaso requiere.

Concluyendo, quien entiende la pobreza en su dimensión más profunda de otro modo, de manera ascético-moral, como proclamación del protagonismo que les va a corresponder a los pobres en la historia humana o en términos de solidaridad social, no ha captado el carácter simbólico de la verdad divina, como dice Eckhart. Tal es lo que sucede en el cristianismo con el texto de las Bienaventuranzas. Un texto tan espiritual y simbólico, donde se nos propone un actuar sin resultados y por tanto una pobreza sin dualidad, más allá de todo contenido y de toda forma, teológica y teologalmente es leído dualmente, en términos de un actuar con resultados y por tanto como propuesta de pobrezas con formas y contenidos. Por razones loables pero no últimas se identifica la pobreza de las Bienaventuranzas con formas de vivir esta, con la limitación espiritual que esto supone. La pobreza interior es una exigencia del desasimiento y expresión de este, es condición y expresión de la unidad. Para ello Eckhart siempre va a apelar al ser simple que éramos antes de ser, como al estado por antonomasia de la pobreza.

Ver la pobreza como el ser que éramos antes de ser, cuando no éramos Dios ni criatura, es la condición de libertad total que necesitamos para ser todo. De lo contrario no seremos libres ni podremos ser todo, no lograremos nuestra realización, y nuestra búsqueda de la pobreza y nuestra manera de vivirla serán menos liberadoras de lo que parece e incluso pretendemos. Se identificarán con formas concretas y las viviremos desde estas, con las limitaciones que les son inherentes. Sólo desde y con la libertad total nuestro compromiso será total, sin el más sutil ápice de apego y, desde esa libertad y con ella, podremos vivir las diferentes formas de compromiso y pobreza que, con sus retos, la realidad humana, social y cultural, ética y moral, vaya exigiendo.

Formas y contenidos de pobreza se pueden convertir en luz de formas y contenidos más apropiadas, es cierto, pero son también ellas las que se oponen entre sí y se frenan, al ser limitadas en su propia naturaleza y sobre todo al originar y causar apego en la necesaria eficacia que muestran. Solo la pobreza radical, como es la contenida en las Bienaventuranzas del Evangelio y comentada aquí por el Maestro Eckhart, es la única capaz de, al no identificarse con ninguna forma concreta ni apeгarse a ella, poder inspirar y vivir liberadoramente las formas que sean necesarias. Su virtud es situarnos y mantenernos situados en la pobreza, unidad y libertad que éramos antes de ser. «Pues, si el hombre de veras ha de poseer [la] pobreza, debe estar tan libre de su voluntad creada como lo era antes de ser.» (p. 371).

La pobreza así concebida tiene que ser una aspiración de todos, pues en ella consiste nuestra realización, y es accesible a todos. Hoy, en la sociedad nueva que estamos construyendo es además condición de sobrevivencia, ya que solo desde ella se puede dar la reorientación y dirección axiológica que la sociedad necesita. De ahí la necesidad de que un sector humano amplio, capaz de aportar y llevar a cabo esta reorientación y dirección necesaria, la viva. Es la pobreza equivalente a lo que se ha llamado espiritualidad.

SU VISIÓN DEL SER HUMANO O ANTROPOLOGÍA

Imposible la espiritualidad sin antropología adecuada

Si de la teología se ha dicho, y con razón, que detrás de toda teología hay una antropología o visión del ser humano, con más propiedad hay que decirlo de toda espiritualidad, ya que no hay espiritualidad sin antropología, sea esta práxica (vívica) y/o teóricamente pensada, y, desde luego, sin la antropología que significa el ser que antropológicamente somos. De ahí la importancia de que la antropología, práxica y/o pensada, que subyace a la espiritualidad y condiciona totalmente a esta, sea la adecuada¹⁷. Sin antropología adecuada, no hay espiritualidad posible. Estamos hablando de la espiritualidad propiamente tal, de la espiritualidad como realización humana plena.

Con antropología práxica adecuada, la espiritualidad es una realidad, ya que en el fondo antropología y espiritualidad son la misma cosa. Porque la espiritualidad no es un plus que se añada al ser humano, es el ser humano y solo el ser humano, aunque este, eso sí, pleno y total. Lo determinante es que el ser que

17 De los tres niveles en que cabe hablar de antropología, antropológico, práxico y pensado, esto es, el ser que somos, el que vivimos y el que pensamos, en relación con la espiritualidad el determinante es el práxico y pensado, este segundo en tanto forma parte de la praxis del sujeto, esto es, del ser humano que en la praxis somos. No el antropológico, que, en realidad, independientemente de nuestra praxis, todos somos o llevamos en nosotros, aunque es el posibilitador; ni el pensando o teórico que, en realidad, como con frecuencia sucede, podemos construir y construimos “teóricamente”, sin relación ni coherencia con el ser que antropológicamente somos ni tampoco con el que práxicamente somos. De ahí la importancia de una antropología práxica adecuada y como parte de esta de una antropología adecuadamente pensada.

somos en nuestra praxis y en nuestro propio ser sean coherentes entre sí, se correspondan, mejor aun, se identifiquen o, utilizando la expresión más correcta, sean uno. Lo ideal es que nuestro ser pensado también lo sea, sobre todo en la medida en que el pensar determina el ser práxico. Que no siempre es así. Como bien lo sabemos por experiencia propia, con frecuencia distamos mucho de ser como nos pensamos, así como nuestro ser práxico puede distar mucho del ser que en nuestra profundidad somos. En los grandes hombres y mujeres espirituales que piensan su espiritualidad y la expresan, por ejemplo los grandes maestros y maestras espirituales, los tres niveles coinciden. En estos hombres y mujeres hay coincidencia entre el ser que se es, el que se vive y el que se piensa. Se trata de una misma antropología o visión del ser humano. Es la coincidencia propia de los grandes maestros y maestras espirituales, como es el caso del Maestro Eckhart.

Como es lógico, su antropología o visión del ser humano está presente en los temas que sintetizan su espiritualidad como enseñanza y propuesta: unos en el Uno, engendramiento y nacimiento eterno, hombre noble o interior, desasimiento; una visión del ser humano que, como la misma espiritualidad, en este caso es común a todos los grandes espirituales, hombres y mujeres, no importando de qué tradición espiritual sean. En sus expresiones religioso-culturales las diferencias pueden ser grandes y notables, según las culturas y tradiciones religioso-espirituales de las que forman parte, pero en el fondo se trata de la misma visión del ser humano y de la misma espiritualidad. Así, en todas estas tradiciones el ser humano, en sí mismo considerado, no es visto ante todo en términos de carencia o “carente de”, sino, al contrario, de plenitud. No es el pecado o falla moral lo que le define, lo que le define es lo absoluto. Como toda la realidad que lo rodea y de la que forma parte, el ser humano es pleno y total. Todo es plenitud y gracia. Todo, incluido el ser humano, es divino, es Dios. De ahí que según los hindúes el pecado sea más bien la ignorancia (*avidya*), el no conocer lo que realmente somos

y es todo. La espiritualidad es la posibilidad de esta plenitud aquí y ahora, no supeditada al tiempo, mucho menos referida al más allá. La espiritualidad como dimensión real y humana no tiene tiempo. Su tiempo es el tiempo sin tiempo. Es este instante, este ahora, que es total y, por ende, es eterno, porque este instante sin tiempo contiene toda la realidad, y si contiene o es toda la realidad, no hay lugar al tiempo, a la pluralidad ni a la causalidad.

De esta radicalidad y pureza es la visión del ser humano que vamos a ver en el Maestro Eckhart.

Al tratarse de una visión que cruza los grandes temas eckhartianos, en buena parte nuestro trabajo va a ser repetitivo de lo ya recogido de Eckhart hasta aquí, pero merece la pena dada la importancia espiritualmente determinante de esta visión y su riqueza.

Antropología del Maestro Eckhart

Esta visión en buena parte coincide con su visión del alma y, como hemos visto, es tan trascendente que sin ella su visión de Dios mismo y de Jesucristo su Hijo, con todo lo valiosas que cristianamente son en su doctrina, no tendrían efecto alguno, serían intrascendentes.

De las tres visiones o concepciones, Dios, Jesucristo Hijo de Dios y ser humano, es esta última la determinante. Si en el ser humano no existiera la posibilidad, y no solo la posibilidad sino la realidad, de su plenitud y por tanto de ser uno y total en sí mismo, ¿de qué serviría la unidad supuesta en Dios y en Jesucristo según la doctrina cristiana? No tendría ningún sentido. Es el ser humano en tanto ser uno, pleno, total, que da sentido a todo lo demás. Es la viga madre que hace posible y real todo. Incluso, como hacen los budistas que leen al Maestro Eckhart, hombres y mujeres occidentales de hoy también podemos leer y asumir su visión del ser humano, sin referencia a Dios y a Jesucristo su Hijo, aunque ambas referencias sean tan importantes en Eckhart.

Es más, debemos hacerlo, porque como seres exteriores a nosotros no existen. De existir exteriores a nosotros, serían seres redundantes de lo que somos nosotros. Como Eckhart lo repite tantas veces, Dios, su Hijo y nosotros somos «el mismo fondo». El Uno o la Unidad que es Dios y, por engendramiento, su Hijo, lo somos también nosotros en tanto seres humanos. Eckhart, como cristiano de su tiempo, dirá que lo somos también por engendramiento. Hoy no necesitamos pensarlo así ni decirlo. Porque pensar a Dios en términos de engendramiento siempre es pensarlo en términos de dualidad y de cierta causalidad, de antes y después, de primero y segundo, por sutil que sea. Y ese Dios así concebido ya no es Dios, ni el ser humano es el ser total, siempre sería un ser de alguna manera segundo, dependiente, cuando Dios, Jesucristo y nosotros, los tres, somos Unos, mejor aún, somos Uno, la Unidad.

Como fue el caso a propósito del hombre noble, el Maestro Eckhart nos entrega su antropología distinguiendo en nosotros un hombre exterior y un hombre interior, y reteniendo este segundo, no solo como el mejor o el humanamente más valioso, sino como el único ser que en realidad somos. Porque solo este es uno y es todo, mientras que el ser exterior es criatural, hoy diríamos construcción nuestra, y en el fondo, impermanente, fenoménico, cambiante, nada. Solo quien se descubre y realiza interiormente es, y es todo, aquí y ahora, en este instante, que es atemporal, eterno.

El hombre exterior es el hombre que convencionalmente tenemos por tal, que nace, se desarrolla y muere. Por tanto, siempre procesual, nunca realizado plenamente en el tiempo, quedando su realización plena como promesa para después de la muerte. Pero tan abarcante y absorbente que es el único que nos parece real y se nos presenta como tal, igual que solo nos parece real la realidad que convencionalmente tenemos por tal, aunque no lo sea. De ahí que en palabras del Maestro Eckhart, hay algunas personas, habría que decir más bien muchas, que

gastan completamente las potencias del alma, las facultades humanas, en función de este hombre exterior. «Esta es la gente que dirige todos sus sentidos y entendimiento hacia los bienes perecederos; no saben nada del hombre interior.» (DD, 148). ¿Por el hombre exterior estaría entendiendo el Maestro Eckhart el hombre materialista? En absoluto, este ni siquiera entra en su consideración. Hombre exterior son para él las personas muy religiosas, incluso muy “espirituales”, adictas y seguidoras de la doctrina cristiana y de sus prácticas, pero siempre con apego al propio yo: «son todas personas buenas que hacen sus obras exclusivamente por amor de Dios y no buscan en ellas nada de lo suyo, pero las hacen con apego al propio yo, al tiempo y al número, al ante y al después» (Sermón I, *Intravit Iesus in templum*, p. 156). Es decir, conciben y trabajan la espiritualidad como conciben y trabajan el resto de la realidad humana, de una manera dualista e interesada, en términos de proceso y de tiempo, de antes y después, de medio y fin. El análisis de Eckhart es sutil, pero certero: hacen sus obras exclusivamente por amor de Dios y no buscan en ellas nada de lo suyo, pero las hacen con apego al propio yo. Donde hay dualismo e interés, diferenciación, por lo tanto, pluralidad y tiempo, hay yo y apego al yo, no hay unidad ni plenitud.

Para Eckhart tales personas son quienes, según los Evangelios, vendían palomas en el templo y las que él llama “esposos”, porque, como los esposos producen un solo fruto al año, un hijo, la producción de estos es poca y corta. «Son todos aquellos que con su apego al yo, están atados a la oración, los ayunos, las vigiliass y a diversos ejercicios y penitencias externas» (Sermón II, *Intravit Iesus in quodam castellum* p. 161). Son quienes cultivan la espiritualidad como una religión, apegados a las verdades y exigencias de estas, comenzando por Dios como verdad, de manera pues profundamente dual, sin poder llegar a ser unos con Dios y en Dios, todo lo más, unidos a él.

Como ya lo vimos cuando fue cuestión del hombre noble, la diferencia en el Maestro Eckhart entre hombre exterior y hombre interior no puede ser mayor, así como entre obra exterior y obra interior. No es moral, tampoco religiosa, es de ser, y es total. El hombre exterior es el hombre interesado, dualista y dual, que no puede ser espiritual, porque incluso cuando busca a Dios lo hace de una manera interesada y por tanto dual, como si Dios fuera diferente de él, y por tanto siempre con apego y de manera dependiente. No es libre y desasido, es profundamente dependiente de las cosas, incluso de Dios, al que en el fondo considera una causa, principio o fin, es decir, una cosa.

Son las personas que cultivan la espiritualidad de manera religiosa, buscando en sus obras con interés su salvación, la bienaventuranza, la eternidad o algún tipo de recompensa, siempre actuando de acuerdo con algún porqué, cuando «semejantes obras verdaderamente están todas muertas» (Sermón XXXIX, p. 316). Sí, todas estas obras son espiritualmente muertas: nacen de la dualidad y no conducen a la unidad, cuando en su ser real y verdadero el ser humano es no-dual, es uno, pleno y total en sí mismo.

El ser humano y su dimensión no-dual

Ya para el Maestro Eckhart la mera palabra “hombre”, *homo*, aunque proviene de la tierra, *humus*, significa igualmente algo que está por encima de la naturaleza, de todo lo que es espacio, materia y tiempo y lleva el sabor de la inestabilidad (DHN, p. 138). En otras palabras, ya en su mera expresión la palabra hombre habla de su unidad, de su unidad y de su totalidad, ya que este “hombre” no tiene ninguna cosa en común con nada. Es decir, no hay nada (en el sentido de algo) que exista en él porque, si así fuera, este algo será algo en común con las criaturas. Es uno y es todo. La nada (de nuevo en el sentido de algo) ha desaparecido tanto en él que «se encuentran [en él] únicamente la vida, la esencia, la verdad y la bondad puras» (*Id.*), nada más,

de manera que de él se puede decir lo que san Agustín dice de Dios: «es sabio sin sabiduría, bueno sin bondad, poderoso sin poder» (Sermón IX, *Quasi stella matutina*, p. 194). Este hombre, interior y auténticamente noble, es uno y es todo, como Dios es uno y es todo, más aún, es Dios. De manera que esta es la verdadera antropología del Maestro Eckhart. Y su propuesta espiritual es descubrir y ser plenamente el ser uno y total que somos, partiendo para ello siempre de la unidad, de nuestro ser interior, no de la dualidad, del hombre exterior.

Esto suena a divino y, sin dejar de ser humano, en el Maestro Eckhart sin duda lo es¹⁸. Por ello, como dice él del fondo del alma, con todo rigor hay que decirlo también del ser humano: “De lo que es el alma en su fondo, de esto nadie sabe nada. El saber que de ello se pueda tener, ha de ser sobrenatural.» (Sermón VII, *Populi eius qui in te est misereberis*, p. 188). Hoy podemos y debemos decir, de lo que es el ser humano en su dimensión absoluta, nadie racionalmente sabe nada, racionalmente sólo la podemos postular, pero no conocer. Y ello, no porque sea divino o sobrenatural, en el sentido de no humano, que no lo es, sino porque, siendo humano, es uno. Para conocernos en nuestra dimensión absoluta, en nuestra unidad, precisamos de un conocimiento diferente, de un conocimiento uno, no-dual, profundamente experiencial. Y de ambos conocimientos, del racional como postulación y del teologal experiencial, es de los que echa mano el Maestro Eckhart en su conocimiento del ser humano.

En este conocimiento racional postuladorio y experiencial el ser humano es uno. Desde muy temprano, desde sus pláticas vespertinas o colaciones con los jóvenes religiosos de su comunidad en Erfurt, el Maestro Eckhart lo tuvo muy claro: el hombre «uno solo en lo Uno». De manera que «así como ninguna

18 «lo primero en que reside la bienaventuranza es el hecho de que el alma contemple a Dios desnudo. Ahí recibe todo su ser y vida y saca todo cuanto es, el fondo divino, y no sabe nada del saber ni del amor ni de cualquier otra cosa.» (DHN, p. 139).

multiplicidad lo puede distraer a Dios, así nada puede distraer ni diversificar a este hombre ya que es uno solo en lo Uno, donde toda multiplicidad es una sola cosa y una no-multiplicidad.» (PI, 6. *Del desasimiento y posesión de Dios*, p. 68).

Así es el ser humano en su dimensión más profunda y desde ella, que el Maestro Eckhart encuentra contenida en las verdades teológicas cristianas más sublimes, pero presente y real en el ser humano como tal. Por ello es por lo se puede leer laicamente, solamente en término antropológicos, sin necesidad de ninguna referencia cristiana, y por tanto religiosa, a Dios y a su Hijo Jesucristo. Engendrado por Dios en sí mismo, igual a su Hijo y con su Hijo, el ser humano es uno en la unidad de Dios e igual a él. «Me engendra no solo como su hijo; me engendra a mí mismo como [si yo fuera] Él, y a sí como [si fuera] yo. Y a mí como su ser y su naturaleza (...) sin ninguna diferencia» (Sermón VI, *Iusti autem in aeternum vivent*, p. 184). Una realidad que el Maestro Eckhart reiterará incansablemente: «Exactamente transformado en Él, de modo que Él me convierte en ser suyo [y esto] como uno [y] no igual.» (*Id.*). Hasta el punto de verse obligado a decir ante un público que él percibe escucharlo con cierta extrañeza: «Por Dios vivo, es verdad que no existe distinción alguna.» (*Id.*). La unidad es una y es total.

Sin distinción con Dios

Como no existe distinción en el alma: «... hay en el alma un algo tan afín a Dios que es uno sin estar unido. Es uno, no tiene nada en común con nada, ni le resulta en común ninguna cosa de cuanto ha sido creado. Todo lo creado es [una] nada». Hasta tal punto que sigue diciendo Eckhart, «Esto [de que hablo] está lejos de toda criaturidad y le resulta ajeno.» (Sermón XII *Qui audit me*, pp. 210-211). Lo creado, en términos de Eckhart, existe en función de lo mismo creado, por naturaleza es pues múltiple, espacial y temporal. Es parcial. No es total. Hoy diríamos es construcción nuestra, criatural, correlativa al animal viviente que

somos. En el fondo, en términos correlativos a la dimensión absoluta, es nada. Solo la dimensión absoluta es todo, sin nada en común con todo lo creado, lejos por lo tanto de toda criaturidad, condición esta que le resulta totalmente ajena.

Ni tampoco existe distinción en el hombre humilde, expresión equivalente del hombre interior logrado. De manera que «El hombre humilde y Dios son uno; (...); lo que obra Dios, lo obra el hombre humilde, y él es lo que es Dios: una sola vida y un solo ser» (Sermón XIV, *Surge illuminare Iherusalem*, p. 221). De ahí el poder del hombre humilde sobre Dios. «Todo cuanto obra el hombre... [lo obra Dios] pues mi humildad le otorga a Dios su divinidad» (*Ibid.*, p. 222). La cita es correcta y el lector ha leído bien: «pues mi humildad le otorga a Dios su divinidad». Hasta tal punto, dice el Maestro, con el lenguaje teológicamente tan provocador que le caracteriza, que, si este hombre estuviera en el infierno, Dios tendría que reunirse allí con él y el infierno sería su paraíso, «porque en este caso el hombre es la esencia divina y la esencia divina es el hombre.» (Sermón XV, *Homo quídam nobilis abiit in regionem longinquam*, p. 224).

En otras palabras, el hombre interior es de una naturaleza totalmente diferente del hombre exterior, como lo es la obra interior de la obra exterior. De los primeros dice Eckhart, «el hombre exterior puede actuar y, sin embargo, el hombre interior se mantiene completamente libre de ello e inmóvil.» (DD, p. 148). De las segundas dirá, la obra interior es tan divina y deiforme, contiene en sí misma de tal manera su propia bondad que, «Así como todas las criaturas, aun en el caso de que hubiera mil mundos, no superarían ni por el ancho de un pelo el valor de Dios solo —así digo yo y ya lo dije anteriormente— que esa obra exterior, su cantidad y su magnitud, su largor y su anchura no aumentan absolutamente, en ningún caso, la bondad de la obra interior.» (LCD, p. 119); señalando de paso una consecuencia muy sabia y expresándola en forma de aforismo: «nunca puede ser pequeña la obra exterior cuando la interior es grande, y cuando esta última es pequeña o no vale nada, aquella nunca puede ser

grande ni buena» (*Id.*). La razón de ello es que, como el hombre interior, la obra interior es plena y total en sí misma: contiene toda la bondad en sí misma.

Uno, pleno y total en sí mismo como Dios, siendo su ser y su fondo el mismo de Dios, el ser interior no tiene en común nada con todos los seres, está por encima de todos ellos, abierto en su negación de todos ellos y en su nada al ser total que lo llena. De ahí que para actuar sólo tenga que mirar a su fondo y tomar de él, de lo suyo propio, ni siquiera de Dios, para ser plenamente lo que es. Ahí, en sí mismo, encontrará todo lo que necesite, y lo encontrará como propio, no como prestado por Dios. De manera que «todo cuanto tomas lo tomas de lo tuyo; y las obras que no tomas dentro de lo tuyo, esas obras están todas muertas ante Dios. . . .: si las obras del ser humano han de vivir, deben ser tomadas de lo suyo propio [y] no de cosas ajenas, ni fuera de él, sino dentro él» (Sermón XLVI, *Haec est vita aeterna*, p. 345). Lo que equivale a obrar únicamente por Dios, por Dios como en sí mismo es, en su plena y total desnudez, es decir, en su unidad y totalidad, sin añadidos. «En el justo no ha de obrar ninguna cosa sino únicamente Dios. Pues, si algo fuera de ti te impele a obrar, de veras, todas esas obras están muertas; y aun en el caso de que Dios te estimule desde afuera para que obres, todas esas obras están muertas.» (Sermón XXXIX, *Iustus autem in perpetuum vivet*, p. 317).

Si el hombre las toma de otra parte, incluso de Dios como diferente de él, lo que reproduce es la lógica del hombre exterior, con sus necesidades y deseos, con su carencia y con su no ser. De ahí que el ser humano, convencido de su unidad y de su plenitud, debe renunciar a toda su criaturidad y a la criaturidad de todas las cosas, incluso a Dios por amor a Dios, máxima expresión de renuncia humana según el Maestro Eckhart y que él toma de Pablo (Romanos 9, 3)¹⁹, de manera que actúe siempre pleno

¹⁹ Aunque de lo que Pablo habla no es de renunciar a Dios por amor a Dios sino de que desearía ser anatema, separado de Cristo, por amor a sus hermanos de

y total como es, sin ningún porqué. «Tal como obra Dios, obra también el justo, sin porqué; y así como la vida vive por ella misma y no busca ningún porqué por el cual vive, así también el justo no conoce ningún porqué por el cual haga alguna cosa.» (Sermón XLI, *Qui sequitur iustitiam diligetur a Domino*, p. 324).

No se trata de ascesis, de negación de las cosas porque las cosas son malas. Se trata de ser, vivir y actuar desde la unidad que es todo antes de la construcción interesada de mundos, con sujetos y objetos, y por tanto desde la plenitud, totalmente desasidos y libres. De ahí que más unos y plenos seamos, más libres somos. Cuando el Maestro Eckhart habla de renunciar a nuestra voluntad para «hacernos verdaderos hombres» (PI, 11, *Lo que debe hacer el hombre cuando extraña a Dios y Dios se ha escondido*, p. 76), y propone esta renuncia como la mejor cosa que podamos hacer, es en el mismo sentido: renunciar a nuestra voluntad interesada, calculadora, siempre exterior a nosotros, a nuestra unidad, para descubrir y vivir la fuerza realizadora de nuestro ser interior, fuerza que está en todas las cosas. Más que negarnos a nosotros mismos y renunciar a todo, se trata de dejarnos seducir y mover por nuestro ser y tendencia más profundos, ser y tendencia sin duda de unidad y hacia la unidad. De esta manera es como el Maestro Eckhart ve y estima la función del entendimiento en nosotros, que en su lenguaje considera como la función superior del ser humano: «Para el entendimiento no hay nada tan propio ni tan presente ni tan cercano como Dios», es decir, como la unidad. «El entendimiento nunca se dirige hacia otra parte. No se vuelve a las criaturas a no ser que se le haga fuerza y agravio en cuyo caso es quebrantado y pervertido directamente.» (PI, 21. *Del fervor*, p. 91). Dirigirse a la unidad es, según Eckhart, tan fuerte en nuestras facultades humanas superiores, entendimiento y voluntad, que esta orientación y tendencia está naturalmente ínsita en ellas. Lo contrario significa forzamiento y agravio por nuestra parte.

raza, con tal de atraerlos a Cristo.

Por lo demás, la vida del ser humano así concebido, personal y colectivamente, es apasionante, infinitamente más que la del animal viviente interesado que también somos. Ta apasionante que, en palabras del Maestro Eckhart, «no debemos contentarnos con nada ni detenernos en nada. Para nosotros no existe en esta vida ningún detenerse en modo alguno de ser, y nunca lo hubo para hombre alguno por más lejos que hubiera llegado. Antes que nada, el hombre debe mantenerse orientado, en todo momento, hacia lo dones divinos y [esto] cada vez de nuevo.» (PI, 21. *Del fervor*, p. 92).

¿Por qué no somos sabios?

Si las cosas son así, ¿por qué no somos sabios y actuamos como tales?, cabe preguntarse. «Para eso se necesita mucho. Lo más importante es que el hombre deba atravesar todas las cosas e ir más allá de ellas y de su causa, y luego esto comienza a molestar al hombre.» (Sermón X, *In diebus suis placuit Deo et inventus est iustus*, pp. 200-201). Comienza a molestar porque, además de tener un hombre interior, tenemos también un hombre exterior, correlativo a nuestro ser de animal viviente, al que nos cuesta renunciar, y con el cual y a partir del cual interpretamos incluso nuestro ser interior y toda la realidad, como si esta fuera la única realidad, incluso la realidad, cuando es la construcción de unos animales necesitados que también somos. Molesta y cuesta porque este ser criatural, con sus correlativos de multiplicidad, de espacio y de tiempo, fácilmente se erige en nosotros en el único o supremo criterio de realidad, hasta el punto de que toda la realidad tendrá que ser así, hasta Dios mismo. Dios, por ejemplo, tendrá que ser causa, aunque sea primera, tendrá que actuar como tal, tener un porqué. El Maestro Eckhart expresa muy bien este comportamiento omniformador de lo creado y su poder que, radicalmente incompatible con Dios, le lleva sin embargo a conformarlo dualistamente hasta a hacerlo imposible: «La menor imagen de lo creado, que en algún instante se forma dentro de ti, es tan grande como lo es Dios.

¿Por qué? Porque te impide [tener] un Dios entero. Justamente allí donde entra la imagen, Dios debe retirarse así con toda su divinidad.» (Sermón Vb, *In hoc apparuit charitas Dei in nobis*, p. 179).

De ahí la necesidad de atravesar todas las cosas e ir más allá de ellas y de sus causas, de atravesar todo lo que tiene naturaleza criatural, de ir de la exterioridad a la interioridad, de la multiplicidad a la unidad, del tiempo en términos de duración y proceso al instante presente sin tiempo, total, eterno, de la vida dividida que nos suele caracterizar a la vida unificada. «Donde termina la criatura, ahí Dios comienza a ser. Pues bien, lo único que Dios te exige, es que salgas de ti mismo, en cuanto a tu índole de criatura y que permitas a Dios ser Dios dentro de ti.» (Sermón Vb, *In hoc apparuit charitas Dei in nobis*, p. 179). De ahí la necesidad de la renuncia a nosotros mismos y a todas las cosas, la renuncia a todo lo que no es real, y que esta enseñanza sea tan repetida por lo fundamental en el Maestro Eckhart. Hasta el punto de llegar a decir que nuestra esencia es anularse. «Pues toda nuestra esencia no se funda en nada que no sea anularse» (PI, 23. *De las obras interiores y exteriores*, p. 97). Buscar la unidad que hay en todas las cosas, y de la que todas las cosas son expresión, tiene que ser una práctica continua, hasta que espontáneamente todo sea unidad y en todas las cosas veamos la unidad. Es el ver, encontrar y aprehender a Dios en todas las cosas de los espirituales teístas, también del Maestro Eckhart. «El hombre debe acostumbrarse a no buscar ni desear lo suyo en nada, sino que [ha de] encontrar y aprehender a Dios en todas las cosas.» (PI, 21. *Del fervor*, p. 92), es decir, la unidad y totalidad que hay en todo.

Actuando libres del espacio y del tiempo, sin porqué ni diferenciación, libres del “no”

Ser sabios es actuar de acuerdo al ser interior, uno, que somos, por tanto, libres de los condicionamientos y criterios del hombre exterior, como son la multiplicidad, el espacio, el tiempo y la causalidad. Expresado en forma positiva, somos sabios

cuando actuamos de acuerdo al ser uno y total que somos y que es todo, que eso es lo que significa renunciar a nosotros mismos y a todas las cosas.

La siguiente admonición de Eckhart nos puede introducir sugerentemente a la comprensión de lo que debe ser la naturaleza de nuestro actuar. «Algunas personas preguntan cómo puede ser que el hombre haga las obras que Dios operó hace mil años y que va a hacer después de mil años, y no lo comprenden. En [la] eternidad no existe ni antes ni después. Por eso, lo que sucedió hace mil años y [lo que será] luego de mil años y [lo que] sucede ahora, no es sino una sola cosa en la eternidad. Por eso, lo que Dios hizo y creó hace mil años y [lo que] hará y creará luego de mil años y lo que hace ahora, no es nada más que una sola obra.» (Sermón XXXIX, *Iustus autem in perpetuum vivet*, pp. 317-318). Nuestro obrar como seres interiores y el obrar de Dios no es nada más que un solo obrar, una sola obra, una y total, como el ser uno que somos Dios y nosotros, y por lo tanto, si así podemos hablar, con las mismas propiedades, de la misma naturaleza, sin antes ni después. Porque lo que es uno y es todo ya es una realidad, la realidad, aquí y ahora en este instante presente.

Así, si «Lo que tiene ser, tiempo y lugar no toca a Dios; Él está por encima de ellos» (Sermón IX, *Quasi stella matutina*, p. 193), tampoco debe tocar al actuar humano. De ahí la necesidad imperiosa de liberarse de ellos, pluralidad o ser, espacio y tiempo, como criterios de realidad y de realización. Lo que es nuestro ser interior, uno y total, no tiene nada en común con tales criterios o, como dice Eckhart, con las cosas creadas. Es una dimensión de otro orden. No somos un ser, como tampoco lo es Dios. En todo caso, somos el ser, como Dios es el ser, entendiendo incluso este ser como un estar por encima del ser, de acuerdo con las expresiones tan profundas como osadas de Eckhart: Dios obrando en el no-ser u obrando el ser cuando el ser aun no existía: «Dios obra por encima del ser en la dimensión donde Él puede desempeñarse; obra en [el] no-ser. Antes de que hubiera [el] ser, obraba Dios; obraba [el] ser cuando [el] ser aún no

existía.» (Sermón IX, *Quasi stella matutina*, p.194). Dios no es un ser, ni siquiera un ser puro, está y obra más allá del ser, en este sentido, en el no-ser. «Antes de que hubiera [el] ser, obraba Dios; obraba [el] ser cuando [el] ser aún no existía.» Por ello, así como de Dios no se puede decir que es esto o aquello, como con tanta frecuencia recuerda Eckhart, tampoco de ningún ser humano. Gracias a su dimensión más profunda, en todo momento todo ser humano es inaprehensible e inexpresable.

Por ello, como advierte Eckhart, «El hombre, en tanto tiene tiempo y espacio y número y multiplicidad y cantidad, anda muy equivocado y Dios le resulta alejado y ajeno.» (Sermón X, *In diebus suis placuit Deo et inventus est iustus*, p. 202). En otras palabras, se comporta como criatura, conforme a la construcción criatural que ha hecho de sí mismo y de su mundo, no como el uno y el todo que es, uno y todo, al que por lo tanto no afecta lo que tiene ser, tiempo y lugar, no le toca. Si le afectara el tiempo, incluso no podría vivir todo el tiempo, porque este se forma de partes excluyentes.

La hazaña es vivir de tal manera en el tiempo, tan profundamente en él o por encima de él, que entonces lo que se vive es todo el tiempo. El Maestro Eckhart lo expresa de una manera muy ocurrente: «Alguna vez dije: Quien se alegra en el tiempo, no se alegra todo el tiempo. (...). Quien se alegra por encima del tiempo y fuera del tiempo, éste se alegra todo el tiempo.» (Sermón XI. *Impletum est tempus Elizabeth*, p. 205).

Ser sabios es actuar sin porqué. Porque si somos uno y somos todo, el por qué está sobrando. El porqué implica causalidad y, en el fondo, pluralidad, y en lo que es uno y es todo, Dios, el mundo, nosotros, no hay lugar para la causalidad ni la pluralidad. Esto es lo que en cierto modo le sucede a la vida misma, hoy diríamos a la vida en cuanto autopoiesis, en cuanto autocreación, un ejemplo al que Eckhart recurrió reiteradas veces. Si durante mil años, decía él, le preguntáramos a la vida por qué vive y ella pudiera responder, diría, «Vivo porque vivo», es decir, vive sin

porqué. «Esto se debe –señala certeramente Eckhart– a que la vida vive de su propio fondo y brota de lo suyo; por ello vive sin porqué, justamente porque vive para sí misma.» (Sermón Vb, *In hoc apparuit charitas Dei in nobis*, p. 179). Como obra sin porqué el hombre veraz, otras veces dirá el hombre justo, como también el hombre interior o noble, porque es «uno que obra desde su propio fondo» (*Id.*).

Dios y el hombre veraz tienen un fondo tan infinito, tan uno y total, que su ser y su obrar también son unos y totales, el mismo ser y obrar, el mismo fondo, tomando todo de ahí. No hay más fondo o ser del que el obrar pueda tomar algo. No tienen ninguna necesidad ni necesitan ningún porqué para actuar. Obran lo que son y porque son, o expresado de otra manera, obran porque obran. De lo contrario, no sería uno o, como dice el Maestro Eckhart a propósito del Espíritu Santo, «si tuviera algún porqué [también] debería tener su porqué la unidad» (Sermón XXIX, *Convalescens praecepit eis...*, p. 282), y no lo tiene. El Espíritu Santo dejaría de ser uno y libre, y, sin embargo, este Espíritu, Dios como es, se halla en la unidad y en la libertad, es la unidad y la libertad. El hombre justo no ama en Dios ni esto ni aquello. Y si Dios le diera, dice Eckhart, toda su sabiduría y todo cuanto puede ofrecer fuera de Él mismo, no le daría importancia y no le gustaría porque no quiere nada ni busca nada, «pues no conoce ningún porqué por el cual haría alguna cosa, así como obra Dios sin porqué y no conoce ningún porqué.

Tal como obra Dios, obra también el justo, sin porqué; y así como la vida vive por ella misma y no busca ningún porqué por el cual vive, así también el justo no conoce ningún porqué por el cual haga alguna cosa.» (Sermón XLI, *Qui sequitur iustitiam diligetur a Domino*, p. 324). «El justo no intenta [conseguir] nada con sus obras; pues, quienes intentan [conseguir] algo con sus obras o también aquellos que obran a causa de un porqué, son siervos y mercenarios.» (Sermón XXXIX, *Iustus autem in perpetuum vivet*, p. 316).

De ahí la enorme necedad, advierte también Eckhart, cada vez que alguien le pide a Dios otra cosa que no sea Él mismo. Porque, aparte de ser un pedido indigno, al hacerlo a alguien cuyo más grande placer es entregarse Él mismo, al hacer tal pedido añade a Dios un porqué, le supone poder ser causa u origen de algo y lo convierte en una cosa. «Todas las cosas tienen un porqué, pero Dios no tiene ningún porqué; y el hombre que le solicita a Dios otra cosa que [no sea] Él mismo, le crea un porqué.» (Sermón LIX, *El profeta Daniel dice: Te seguimos*, p. 395-396). Le «añade algo» al que es Uno y es todo, donde radicaría el porqué, lo convierte en una cosa. «Uno no debe tomar ni mirar a Dios como [si estuviera] fuera de uno mismo, sino [que lo debe tomar y ver] como propiedad y como algo que se halla dentro de mí; además no se ha de servir ni obrar a causa de ningún porqué, ni por la gloria de Dios ni por el propio [honor], ni por cosa alguna que se halle fuera de uno, sino únicamente a causa de lo que son el propio ser y la propia vida dentro de uno. Algunas personas bobas opinan que deberían ver a Dios como si estuviera allá y ellas acá. No es así, Dios y yo somos uno.» (Sermón VI, *Iusti autem in perpetuum vivent*, pp. 184-185).

Actuar únicamente a causa de lo que es el propio ser y la propia vida dentro de uno, desde el ser uno que somos y que es todo. He aquí el sentido profundo de algo que en principio suena a negativo: «renunciar», renunciar a la propia voluntad y a todas las cosas, pero que es total y esencialmente positivo: actuar desde el uno que somos y que es todo, totalmente libres de todo, del espacio y del tiempo, sin porqué; actuar con todo el ser y desde todo el ser, plena y totalmente libres.

Dos expresiones más del Maestro Eckhart nos ayudarán a captar este actuar libre, pleno y total que nos propone: actuar sin diferenciación y libres del “no”.

A los occidentales nos fascina actuar existencialmente, como seres persona, totalmente individualizados y separados del resto. Existir, vivir y actuar así creemos ser nuestro ser. No

osamos pensarnos de otra manera, nos da pánico. Sin embargo, cuando vivimos y actuamos diferenciadamente, diferenciados de todo los demás, estamos negando todo aquello de lo que nos diferenciamos y a nosotros mismos, al afirmarnos como diferentes, porque en la realidad de lo uno, la diferenciación es un no ser. De ahí la advertencia del Maestro Eckhart, «si habéis de ser un único hijo, debéis desasiros y separaros de todo cuanto provoca diferenciación en vosotros» o, en expresión equivalente, «separaos de cualquier “no”, porque el “no” produce diferenciación.» (Sermón XLVI, *Haec est vita aeterna*, pp. 343-344). La actitud y posición correctas es vivir y actuar desde el ser que somos y que es todo: unos en el uno. De ahí la renuncia a todo lo que no es uno, porque ni es meta ni es camino, porque no es ser.

El “no” como mecanismo es lo que produce la diferenciación. De ahí la necesidad de mantenerse libre del “no”: «debes mantenerte libre del “no”» (Sermón Vb, *In hoc apparuit charitas Dei in nobis*, p. 178). Subrayando su importancia el Maestro Eckhart da acogida a una pregunta de su época, de qué es lo que quema en el infierno. Para, contra la opinión general de los maestros que piensan que es la propia voluntad, responder que no es tal, sino el “no”: «lo que quema en el infierno es el “no” (*Id.*). En otras palabras, lo que quema en el infierno es la negación en nuestro vivir y actuar, de nuestro ser uno y total, es el no amar todas las cosas como estas son en Dios, es decir, en su unidad y desde nuestra unidad. Lo que quema en el infierno es el no ser del uno con toda su potencialidad existente en cada ser. El renunciar en el Maestro Eckhart a nuestra propia voluntad y a todas las cosas es optar por una vida plena y total y vivirla, desde la unidad y la totalidad. No es negación de las cosas y renuncia, es afirmación de su ser profundo y plenitud. Es separarse de todo lo que, negando, produce diferenciación y negación, para unirse a lo que ya es unidad y plenitud y está en todo, en nosotros y en todas las cosas. Única manera, por paradójico que parezca, de reconocer y vivir dicha plenitud. Renunciar es la única manera de aniquilar la criaturidad en nosotros y en todo y, aniquilando a la criaturidad, reconocer y vivir nuestro ser pleno.

Renunciar a la nada (en todo lo que se presenta como pretendidamente algo, las cosas y nosotros) y a la vez ser nada (ningún algo) para ser uno, para ser todo. Es la necesidad que el Maestro Eckhart expresa en los siguientes términos: «Por ello, si el corazón ha de tener una disposición para lo más elevado, tiene que estar situado sobre la nada desnuda, y en esto reside también la mayor posibilidad que pueda haber. Dado que el corazón desasido se halla sobre lo más elevado, ha de ser sobre la nada porque en ésta se contiene la mayor susceptibilidad.» (DD, p. 149). Uno y algo son incompatibles, ya que «uno solo significa aquello a lo cual no se ha añadido nada» (Sermón XXI, *Unus Deus et pater omnium*, p. 251).

En síntesis, la antropología del Maestro Eckhart es la antropología del ser humano como ser uno y total, la antropología que está detrás de su espiritualidad²⁰, que por ello es la espiritualidad del ser humano uno y total, hasta el punto de antropología y espiritualidad ser y constituir una sola realidad.

Una antropología dual o dualista también tiene su espiritualidad, si así se la puede llamar, dual y dualista. Antropología y espiritualidad son tan unas que la coherencia entre ambas tiene que darse, no importa su planteamiento, condicionando y hasta determinando la primera a la segunda. Antropología y espiritualidad en el Maestro Eckhart son la antropología y la espiritualidad de la realidad concebida en términos de uno y unidad.

De ahí que su espiritualidad sea del ser y comprender lo que como seres humanos antropológicamente ya somos, para así serlo, no una espiritualidad ascética, moral o del deber ni de la meritocracia; una espiritualidad de una gran confianza en el ser humano y en la razón, de ser más que de hacer, realizada y feliz.

20 Como está detrás de su teología con su visión del Dios Uno y de Jesucristo y del ser interior o noble unos, concebida y formulada sin duda en categorías del Uno y Unidad por su antropología del ser humano uno y total y reforzando de esta manera antropología y espiritualidad.

ESPIRITUALIDAD DEL SER Y DEL COMPRENDER

A modo de conclusión o de epílogo, quisiéramos terminar este trabajo introductorio a la espiritualidad del Maestro Eckhart enfatizando su carácter de espiritualidad del ser y del comprender (conocer), y ello en contraste con lo que han sido y siguen siendo las propuestas espirituales más frecuentes en Occidente con su énfasis en el hacer y en la voluntad.

Espiritualidad del ser sobre espiritualidad del hacer

En nuestro hemisferio las propuestas más frecuentes, y ello sin duda estrechamente relacionado con la naturaleza monoteísta de los tres monoteísmos abrahámicos, judío, cristiano e islámico, son las que ponen su énfasis ante todo en el hacer y en la voluntad, como si de un proceso de superación humana se tratase, sino más bien de compensación y corrección. Y decimos compensación y corrección, porque punto de partida común a todas ellas es su concepción del ser humano como ser creatural, innatamente carencial, desviado (pecado original en el cristianismo), que hay que compensar y, mejor aún, si se puede, corregir y superar. Como se ve, una concepción humana radicalmente pesimista, según la cual en su realización el ser humano necesita de la continua intervención de Dios, directamente o a través de sus mediadores, porque por sí mismo no podría realizarse plenamente, le sería imposible. En el cristianismo, como es bien sabido, el mediador por excelencia es Jesucristo, sin el cual redención y salvación serían imposibles y no digamos la espiritualidad como realización humana plena. Sin embargo, la concepción del Maestro Eckhart es bien diferente.

Como hemos visto reiteradamente, para él Jesucristo es el Hijo de Dios, igual a este, uno con él y como él, en el cual también nosotros desde siempre (en nuestro ser increado) somos hijos de Dios, unos e iguales a ambos. En el fondo, según esta concepción Jesucristo no es superior a nosotros, ni diferente de nosotros²¹; como tampoco lo es Dios. Dios, Jesucristo y nosotros somos lo mismo, somos uno, y ello desde siempre. Esto le permitirá al Maestro Eckhart preguntarse «¿a qué se debe entonces que nosotros enaltezcamos a Cristo venerándolo como Nuestro Señor y Nuestro Dios?» y responder: «Esto se debe al hecho de que haya sido un mensajero de Dios [enviado] a nosotros, y nos ha traído nuestra salvación.». Aunque para añadir a continuación, pero «La salvación que nos trajo era nuestra.» (Sermón Vb, *In hoc apparuit charitas Dei in nobis*, p. 177). En otras palabras, no nos trajo nada extraño, diferente de nosotros mismos o que no tuviéramos. La salvación o plenitud que nos trajo ya era nuestra, la teníamos en nosotros, y esto desde siempre.

Las espiritualidades monoteístas citadas suponen la creencia en un ser superior, Dios, la vida como una relación de fidelidad con él, y la espiritualidad como una condición humana superior a nosotros, en este sentido diferente de nosotros, heterónoma, que hay que conseguir y conquistar. Son espiritualidades, si así se las puede llamar, que siempre presentan dualidad y carencia, del deber ser, esforzadas, tensas, poniendo su realización en el futuro. De ahí su énfasis en el hacer y en el querer, en la voluntad. La espiritualidad del Maestro Eckhart es muy diferente. Es una espiritualidad del ser sobre el hacer, y del comprender o conocer sobre el esfuerzo y la voluntad. Es una realidad experiencialmente posible aquí y ahora, porque en sí misma ya es real aquí y ahora. Si experiencialmente no fuera posible aquí y ahora, es que aquí

21 Inmediatamente antes del texto que a continuación citamos el Maestro Eckhart precisará que es todo lo que posee y puede realizar Cristo «en su humanidad» lo que nos pertenece a nosotros «en nuestra naturaleza» (Sermón Vb, *In hoc apparuit charitas Dei in nobis*, p. 177).

y ahora —el ahora eterno— no sería real, dependería del futuro, lo cual es negación de la espiritualidad.

Como espiritualidad del ser es una realidad ya presente en nosotros. No solamente presente, se trata de nuestro ser más profundo, para no decir, como sería mejor, nuestro ser sin más, que es uno, pleno y total, y que por ello no necesita del hacer para ser más, sino de descubrirse y reconocerse como tal. De ahí la importancia del conocer, del conocer quiénes somos y qué es todo. Si necesitara de la acción, necesitaría del tiempo, y en el mejor de los casos siempre sería progresivo, nunca uno, pleno y total, solamente posible en algunos casos, en los triunfadores, en quienes llegan a la cumbre, y la espiritualidad no sería tal, estaría vinculada al tiempo y siempre dependiente de él. Porque es una espiritualidad del ser, es el ser uno, gratuito, pleno y total que ya somos. De ahí que espirituales y maestros espirituales, hombres y mujeres, prefieran hablar de *regresar* más que de *progresar*, del *regreso* al ser infinito que somos más que de *salida* de nosotros mismos, aunque sea de una salida hacia la dimensión espiritual. La dimensión espiritual está ya en nosotros y hacia ella hay que volver, como la flauta *neil*, símbolo de nuestro ser en la espiritualidad sufí, gime y suspira por volver al cañaveral, del que fue arrancada, símbolo a su vez de la unidad y del todo, de su realización plena.

De ahí también que se trate de una espiritualidad del comprender o conocer sobre el querer y el esfuerzo. Si ya somos lo que tenemos que ser, de lo que se trata es de conocernos en nuestro ser, de conocer nuestro ser, y no bloquearlo, al contrario, permitirle que fluya. Porque en el ser que somos nosotros y que es todo, que es eso que llamamos Dios, entre ser y fluir no hay diferencia, es el ser fluyendo siempre dentro de sí mismo y hacia sí mismo, en un dinamismo sin fin. De ahí que, en el fondo de nosotros mismos, que es el mismo fondo de Dios como sabemos, tengamos todo lo que necesitamos para ser lo que debemos ser, sin necesidad de tener que tomar nada de ninguna otra parte, ni siquiera de Dios mismo, como nos enseña Eckhart.

La espiritualidad del comprender es la que garantiza que hacer y ser sean uno, todo lo contrario de la espiritualidad del hacer, que tiende a concebir este de manera dualista, como diferente del ser, convirtiendo el hacer en un empeño y esfuerzo necesarios de la voluntad. De ahí la facilidad y espontaneidad con que convierte la espiritualidad del ser en una espiritualidad del querer o de la voluntad, con el dualismo que le es inherente y por lo tanto siempre como logro proyectado al futuro.

Desde muy pronto el Maestro Eckhart tuvo muy claro el valor e importancia de esta espiritualidad del ser, cuando en las pláticas a los frailes jóvenes de su comunidad de Erfurt en una sola frase radiografió la espiritualidad de su época, a la vez que les indicó el camino a seguir. «La gente –dijo entonces– nunca debería pensar tanto en lo que tiene que hacer; tendrían que meditar más bien en lo que son» (PI, 4. *De la utilidad del desasimiento*, p. 67). Una enseñanza muy actual, que un pensador como el psicólogo Erich Fromm, tan preocupado por la patología del ser humano de la sociedad industrial en el siglo XX, encontró inspiradora para su obra más clásica a este respecto, *¿Tener o ser?*.²² El hacer, máxime cuando bajo la forma de tener y poder se convierte en patológico, nunca puede sustituir el ser, mientras que el ser sí puede transformar y transforma el hacer en términos de realización humana elevándolo al mismo nivel, haciéndolo también espiritual, uno.

En este punto es que se encuentra la razón más de fondo. Un hacer que no es ser, diferenciado de este, siempre es dual, nunca es uno ni lleva a la unidad. Solo el hacer uno con el ser, es no-dual, es uno. De ahí la advertencia hecha en la misma plática: «Que no se pretenda fundamentar la santidad en el actuar; la santidad se debe fundamentar en el ser...» (*Id.*). Porque una

²² La frase citada del Maestro Eckhart es una de las tres que Erich Fromm pone como exergo o encabezamiento en su obra y que al parecer le inspiró el mismo título, *¿Tener o ser?* Aunque más elocuente que cita y título son las páginas que en el capítulo tercero de su obra le dedica al “tener” y “ser” en el Maestro Eckhart, Cf. *¿Tener o ser?*, F.C.E., México. 14ª reimpr. 1998, pp. 69-74.

espiritualidad fundamentada en el actuar por principio es dual, no es espiritualidad. La espiritualidad se debe fundamentar en la unidad y debe llevar a la unidad. De lo contrario, rigurosamente hablando, no es espiritualidad, no es realización humana plena posible aquí y ahora, es una promesa que, por construcción, como el horizonte, siempre se alarga, sin posibilidad de ser alcanzada.

El ser, deberíamos decir el ser-uno, es tan fundamental que de nuevo advierte Eckhart: «Quienes no tienen grande el ser, cualquier cosa que ejecuten, no dará resultado.» (*Id.*). El ser es la posibilidad misma de la espiritualidad como realización humana plena, una posibilidad que es todo —«la posibilidad de que tú te realices», recordemos—, porque es la unidad. Tener grande el ser es ser uno, y como uno, ser todo. Sin este ser la espiritualidad no es más que una realización moral, muy loable sin duda, pero humanamente limitada, porque es dual, nunca una y total. En su *Libro de la Consolación Divina*, y a propósito de la diferencia entre obra exterior y obra interior, Eckhart lo expresó más pedagógicamente. Para él la obra interior, como obra interna o externa del hombre interior, es tan plena y total, tan «divina y deiforme y tiene tanto sabor a peculiaridad divina» (LCD, p. 119) que ninguna obra exterior le puede añadir absolutamente nada a la obra interior. La razón es, «pues ésta contiene su propia bondad» (*Id.*): toda la bondad, todo el ser. Porque toda obra interior es una, y al ser una es todo. Razón que le va a permitir terminar con esta especie de aforismo: «Por lo tanto, nunca puede ser pequeña la obra exterior cuando la interior es grande, y cuando esta última es pequeña o no vale nada, aquélla nunca puede ser grande ni buena.» (*Id.*). Téngase presente que lo que opone interior a exterior no es la literalidad de lo interno a lo externo sino lo no-dual a lo dual, lo uno a lo no-uno, de manera que todas nuestras obras materiales y externas, no religiosas, pueden ser interiores y lo son, si son unas, no-duales.

De la espiritualidad así concebida, como espiritualidad del ser y del comprender, brotan para el Maestro Eckhart una serie de requerimientos, criterios y actitudes, muy reiterados en sus enseñanzas, que no solo califican aún más y mejor su espiritualidad como propuesta, sino que la muestran deseable y ayudan más a abrazarla y vivirla. Es el perfil esencial de lo que él entiende por el hombre y mujer verdaderamente espirituales, perfil que completa su espiritualidad como espiritualidad del conocimiento y del ser.

Realizados, ecuanimes, bien posicionados...

Se ha escrito, y con razón, que en lo que tiene que ver con método o camino espiritual, el Maestro Eckhart es el maestro de un solo paso, escala o peldaño²³, en otras palabras, que, a diferencia de otros maestros y maestras espirituales, no solo no abunda en propuestas de pasos o grados, sino que es minimalista. Ello porque siempre va a lo esencial y confía más en la comprensión (entendimiento) de lo esencial que en la voluntad. Su propuesta es el paso del desasimiento total a la unidad plena, del hombre exterior, múltiple, dividido e interesado, al ser interior, noble, uno, total. Sin embargo, sí abunda en el señalamiento de cualidades, requerimientos y actitudes, que se convierten en otros tantos criterios de validación y orientación espiritual en una espiritualidad del ser.

Ante todo, el hombre y mujer espiritual, de acuerdo al Maestro Eckhart, que se ejercitan en la espiritualidad del ser y del comprender o conocimiento, son profundamente bien orientados, ecuanimes, realizados, inalterables, bien dispuestos y formados, hoy diríamos espiritualmente adultos y maduros, con una visión clara de lo que es la espiritualidad como realización humana plena, esto es, llegar a ser lo que somos, unos en la

23 Cf. Teresa Guardans, *La verdad del silencio. Por los caminos del asombro*, Herder, Barcelona 2009, pp. 190 y ss.

unidad, y una voluntad totalmente desinteresada de lograrla, ajenos y liberados de todo voluntarismo y apego, así como de toda subjetividad y afección.

De esta manera presentaba ya el perfil del hombre y mujer espiritual en su primera obra escrita, las *Pláticas Instructivas*, o más bien espirituales, que tuvo con los frailes jóvenes de su convento de Erfurt, en el que él era prior, esto es, máximo responsable y ellos se estaban iniciando en la vida espiritual. Cosa no extraña, al contrario, pues para unos jóvenes que se estaban iniciando espiritualmente lo más oportuno era, respondiendo a sus preguntas e inquietudes, mostrar lo mejor posible el perfil de un verdadero hombre espiritual. De ahí la riqueza de esta obra en términos de este perfil, aunque por otra parte fuera la primera que salía de su pluma.

El primer requerimiento es que la mente —recordemos que para él la mente como entendimiento es la potencia o facultad humana más grande de todas, hecha para conocer a Dios— esté orientada únicamente hacia Dios, hacia el Uno, y ello en forma total. Para él la buena disposición, orientación y encaminamiento —estar en la posición que hay que tener, es decir, manteniendo entendimiento y voluntad totalmente de cara al ser, de cara a Dios—, es mucho más importante que las acciones concretas, por continuas y religiosas que estas sean. Esto le permitirá decir «Si tienes una voluntad honesta y recta nada te puede faltar» (PI 10. *Cómo la voluntad lo puede todo...*, p. 73). E igualmente, «Mientras el hombre nota que su voluntad es buena, no se debe asustar grandemente de nada» (*Id.*). Enfatiza tanto la disposición correcta como actitud sobre ocupaciones, actos y ejercicios, que a propósito de la posesión de Dios dirá, “Esta verdadera posesión de Dios depende de la mente y de una entrañable [y] espiritual tendencia y disposición hacia Dios, [y] no de un continuo y parejo pensamiento [cifrado] en Dios.» (PI 6. *Del desasimiento y posesión de Dios*, p. 69). En otras palabras, posiciones correctas de ser son más importantes que actos y ejercicios tomados como

tales por piadosos y continuos que sean, aunque estos sean los de «un continuo y parejo pensamiento [cifrado] en Dios».

La razón de ello es que estar pensando continuamente en Dios no pareciera humanamente tan posible ni lo mejor, en caso de que fuera deseable. No es lo mejor, porque no es lo más maduro y permanente. Al fin de cuentas se trataría de «un Dios pensado», que se desvanece con el pensamiento. «Uno debe tener más bien un Dios esencial, que se halla muy por encima de los pensamientos de los hombres y de todas las criaturas» (*Id.*). He aquí la razón suprema: un «Dios esencial». Porque este es el único Dios, el Dios que es ser, el ser, y que como ser está más allá y por encima de todo pensamiento. El Dios pensado es un ser, no es el ser, no es Dios. Por otra parte, el Dios pensado, como tal, construcción de cada quien, es un Dios de apego, al que el conocimiento se apega. El Dios esencial, que no es construido, es Dios como en sí mismo es, desnudo de toda imagen de sí mismo, como tantas veces repite Eckhart, al que nuestro conocimiento busca en toda su desnudez y con el que se identifica hasta formar la unidad que son.

En fin, estar espiritualmente bien orientado, bien encaminado, en la posición y con la disposición requeridas, aunque parecieran tratarse de cualidades y condiciones meramente abstractas y formales, son más importantes que el mismo desasimiento, que, para ser correcto, y no meramente renunciamiento ascético, necesita de la guía y orientación correctas que solo pueden nacer de la madurez y adultez espiritual. También en la espiritualidad, y diríamos que sobre todo en ella, se trata de ser maduros y adultos, y en este sentido un ser correcto bien adquirido está por encima de ejercicios y prácticas hechos casi sin contención y, obviamente, con interés.

Con todo, un segundo requerimiento es el desasimiento total, con lo que pareciera connotar de renunciamientos continuos, aunque también aquí, como ya hemos visto, lo que cuenta es el espíritu, la actitud profunda, que implica el desasimiento y con los

que hay que practicarlo. Como categoría es poco recurrente en las *Pláticas Instructivas*, sin embargo, es con ella, bajo el término de «obediencia verdadera y perfecta», con la que comienza la obra, afirmando de manera contundente que «es una virtud sobre todas las virtudes y sin ella no puede haber, ni ser realizada, ninguna obra por grande que sea.» (PI 1. *De la verdadera obediencia*, p. 63). Para él todo lo hecho bajo esta condición, por insignificante y pequeño que sea, es más útil que cualquier otra obra, como celebrar misa, participar en ella, rezar e incluso contemplar, y cualquier otra obra que uno se pueda imaginar. El desasimiento que implica la obediencia verdadera y perfecta es una virtud tan grande que, al salir el ser humano de su yo y despojarse de todo lo suyo, «justamente allí Dios, a su vez, debe entrar por fuerza» (*Ibid.*, p. 64) y la unión es tan grande que, por así decir, si uno no pidiera ni quisiera nada, Dios tiene que pedir y querer en lugar de uno: «Él debe querer forzosamente todo cuanto quiere para sí mismo, ni más ni menos; y del mismo modo que lo quiere para Él» (*Id.*). Por otra parte, el desasimiento es una tarea sin fin, siempre podrá desasirse uno más y más, sin límite alguno. «Has de saber que en esta vida nunca hombre se ha desasido de sí mismo sin haber descubierto que debe desasirse más aún.» (PI 4. *De la utilidad del desasimiento...*, p. 66).

En lo referente a los rasgos del hombre y mujer bien orientado y encaminado en una espiritualidad del ser, sentirse a gusto en todas partes, plenamente realizado, confiado y tranquilo, plena y totalmente ecuánime, incommovible, ante cualquier situación, siempre totalmente libre, son los rasgos que van a caracterizar y que caracterizan al hombre y mujer bien encaminados. Sí, «Quien está bien encaminado en medio de la verdad, se siente a gusto en todas partes y con todas las personas» (PI 6. *Del desasimiento y de la posesión de Dios*, p. 68). Más aun, «Semejante hombre no busca [la] tranquilidad, porque ninguna intranquilidad lo puede perturbar» (*Ibid.*, p. 69).

Nada lo perturba, es absolutamente libre en todo y se siente libre de todo, de manera que, así como se puede decir de Dios que ninguna multiplicidad lo puede distraer, «así nada puede distraer ni diversificar a este hombre ya que es uno solo en Dios, donde la multiplicidad es una cosa y una no-multiplicidad.» (*Ibid.*, p. 68). Todo ello porque es «uno solo en Dios», donde «la multiplicidad es una cosa y una no-multiplicidad.» Y tan libre, que al ser todo uno para él, puede hacer todas las cosas. «El ánimo libre es capaz de hacer todas las cosas» (PI 2, *De la oración más vigorosa de todas*, p. 65). Porque es todo, le pertenece todo, lo tiene todo.

Contrariamente al hombre bien encaminado, el no bien encaminado no va a sentirse ni estar realizado. Va a percibir las cosas como aparecen, como una pluralidad, y va a distinguir espiritualmente entre ellas. Se va a sentir “espiritualmente mejor” en aquellos tiempos y lugares y con aquellas personas que le parecen mejores, más buenas. Así va a tender a sentirse mejor en la soledad, en la capilla, en su celda (habitación monacal), que en otros lugares formalmente no religiosos. De ahí la sabia advertencia de Eckhart: esta disposición hacia Dios que encuentras en la iglesia y en tu celda, «esta misma disposición consévala y llévala contigo en medio de la muchedumbre y de la intranquilidad y de la desigualdad» (PI 6. *Del desasimiento y de la posesión de Dios*, p. 68). Porque todos los lugares son espiritualmente buenos.

La diferencia no está en las cosas, como tampoco el impedimento para percibir las y verlas plenamente como unas que son. El impedimento está en nosotros, así como lo que nos perturba. La clave está, y esto recuerda la enseñanza del décimo toro del zen²⁴, en tener totalmente centrada nuestra atención en nuestro ser, en nuestro interior, y —reparemos en los términos que

24 El toro en *Los diez toros del zen* es nuestro ego. Y el décimo toro es la condición espiritual de aquel que, montado en el toro y tocando la flauta, con su yo totalmente controlado, puede volver al mercado, el lugar social más ruidoso de oriente, sin que absolutamente nada perturbe su concentración y su silencio.

utiliza Eckhart— en tener «un conocimiento recto, verdadero y juicioso [y] real de lo que es el fundamento del ánimo frente a las cosas y a la gente», es decir, un conocimiento correcto de la realidad. Para seguir diciendo a continuación: «Esta [actitud] no la puede aprender el ser humano mediante la huida, es decir, que exteriormente huya de las cosas y vaya al desierto; al contrario, él debe aprender [a tener] un desierto interior donde quiera y con quiera que esté» (PI 6. *Del desasimiento y posesión de Dios*, pp. 69-70).

El desierto es una actitud por cultivar y desarrollar en nosotros en todo tiempo y lugar, de manera permanente, en toda situación y circunstancia, no es un lugar físico donde huir. «No [se trata] de que deba huir o escaparse o desdecir de su interior, sino que justamente dentro de él y con él y a partir de él aprenda a obrar ...» (PI 23, *De las obras interiores y exteriores*, p. 96).

Esta enseñanza la corrobora continuamente Eckhart, como cuando dice que «debemos aprovechar en gran medida todas las cosas, sea lo que fuere, estemos donde estemos, veamos o escuchemos lo que sea, por extraño y poco apropiado que nos resulte. Sólo entonces estamos bien y no antes...» (PI 7. *Cómo el hombre debe ejecutar sus obras de la manera más sensata*, p. 70). Porque detrás de cada cosa está la realidad una y total, en su ser más profundo.

Entonces estaremos bien, porque al ver a Dios, lo que es uno y todo, en todas las cosas, seremos y nos sentiremos plenamente libres en nosotros mismos y en todas las cosas, sin dependencia de nada. Incluso en nuestro actuar seremos totalmente libres y así actuaremos, porque no será el actuar de un ser necesitado y dependiente, sino de un ser pleno y total, mejor aún, del ser sin más, ya que el ser de las cosas y nuestro propio ser será el mismo ser, el ser uno y total. De ahí la sabia enseñanza del Maestro Eckhart: «Uno debe aprender a estar [interiormente] libre en plena actividad.» (PI 21. *Del fervor*, p. 90). En una espiritualidad del ser, no hay contradicción entre actuar y actuar libremente.

Es su única manera de actuar y esta debe ser la aspiración: interiormente libres en plena actividad. Se trata, expresado de otra manera, de hacer que «que la intimidad se abra paso a la actividad y que uno conduzca la actividad hacia la intimidad y que de esa manera uno se acostumbre a obrar sin coacción» (PI 23. *De las obras interiores y exteriores*, p. 96).

Quien sabe ver todas las cosas en Dios, en su ser más profundo, también ve a Dios, lo infinito, en todas las cosas, pequeñas o grandes, resultándole todas iguales. Su disposición ante ellas será la misma y, sin dejar de estar siempre en búsqueda, será un hombre plenamente realizado, en paz y de paz. «Quien de tal manera tiene presente a Dios en todas las cosas y quien domina y usa su entendimiento en lo más elevado, sólo éste conoce la verdadera paz y posee el legítimo reino de los cielos.» (PI 7. *Cómo el hombre debe ejecutar sus obras de la manera más sensata*, p. 71). Y es que, bien encaminado y profundamente posesionado de Dios, para él «Dios resplandecerá, sin duda, tan develadamente en la [obra] mundana como en la más divina.» (*Id.*) Para él nada será grande o pequeño, todo será divino, infinito, gratuito, absoluto. «Al proceder así, la gente estará bien y aprehenderán a Dios de igual modo en todas las cosas y siempre encontrarán a Dios en todas las cosas en la misma medida.» (*Id.*) De ahí la libertad y la importancia del conocimiento: «Y en todas sus obras y en todas las cosas el hombre ha de usar atentamente su entendimiento y en todas las cosas debe tener inteligente conciencia de sí mismo y de su interioridad y aprehender a Dios en todas las cosas de la manera más sublime que le sea posible.» (*Ibid.*, pp. 70-71).

El último rasgo en el hombre y mujer espiritualmente bien encaminados que quisiéramos destacar es el carácter totalmente desinteresado de la búsqueda de Dios, que por otra parte tiene que ser incesante y plena en ellos, convencidos de que sólo así se logra, para terminar con las paradojas típicas del Maestro Eckhart: «No existe ningún consejo tan bueno para buscar a Dios [como el que dice] que [se lo halla] allí donde uno se desprende Él» (PI, 11. *Lo que debe hacer el hombre cuando extraña a Dios*, p. 75). Paradoja

que se completa con la siguiente del Sermón XV, *Homo quídam nobilis abiit in regionem longinquam*: «Cuanto más uno te busque, tanto menos te encontrará. Debes buscarlo de manera tal que no lo halles en ninguna parte. Si no lo buscas, lo encontrarás.» (p. 226). Buscar de otra manera, buscarlo interesadamente, es buscar a un Dios que no es Dios o, mejor, que es “Dios”, pero no es uno, no es todo. Sólo el Dios buscado desde el ser uno y todo que somos y con él, es el Dios verdadero, el Dios uno y total. En la búsqueda así realizada ya se encuentra lo que se busca, Dios uno y todo, la verdadera libertad y la paz.

Estos son los hombres y mujeres bien encaminados, bien orientados y posicionados en una espiritualidad del ser, con actitudes y rasgos inconfundibles confirmando el carácter correcto y sólido de la propia espiritualidad entendida como la dimensión más profunda del ser humano y por tanto como su realización plena y total posible aquí y ahora. La espiritualidad no es una promesa es una realidad, la realidad más presente y total, que puede y debe ser humanamente posible aquí y ahora si el ser humano quiere en verdad realizarse.

OBRAS DEL MAESTRO ECKHART CITADAS

Tratados y sermones del Maestro Eckhart traducidos en castellano, citados y a los que se hace referencia en el presente trabajo.

Maestro Eckhart, *Obras escogidas*, Edicomunicación, S.A., Barcelona, 1998.: Tratados: - *Del hombre noble; Libro del consuelo divino*. Sermones presentados a modo de tratado: *Del nacimiento eterno*; - Y una selección de 29 sermones, numerados con número árabes, y citados en este trabajo de esta manera.

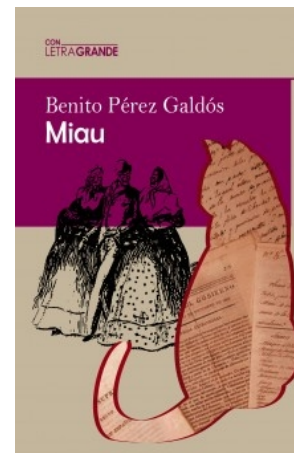
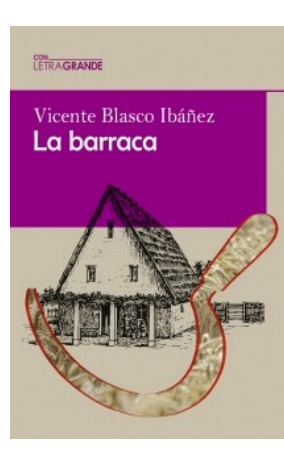
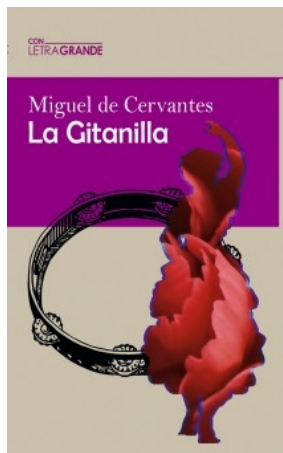
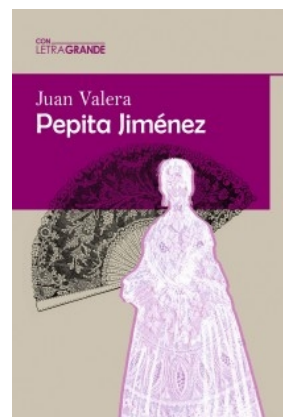
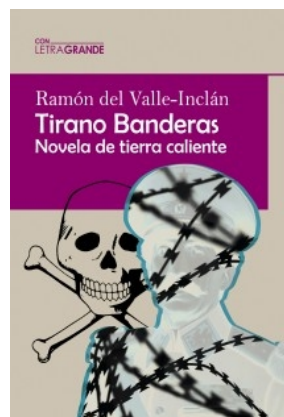
Meister Eckhart, *Obras alemanas, Tratados y sermones*. Introducción y traducción de Ilse Teresa Masbach de Brugger. Libros Taurus, www.LibrosTaurus.com.ar . Esta edición contiene: - *Pláticas instructivas*; Tratados: *Liber "Benedictus": I. El libro de la consolación divina; II. Del hombre noble; Del desasimiento*. Y 59 sermones, numerados con números romanos, y citados en este trabajo de esta manera y según esta edición. En las citas de esta edición van a aparecer con frecuencia palabras entre corchetes [...]. Se trata de agregados hechos en la traducción al alemán moderno realizada por el crítico Josep Quint*, de la que a su vez Ilse de Brugger realiza la traducción al castellano. Según Ilse de Brugger los agregados de Quint son complementos y aclaraciones necesarios para la comprensión de los textos, los agregados realizados por ella han sido requeridos,

Maestro Eckhart, *El fruto de la nada. Y otros escritos*. Edición y traducción de Amador Vega Ezquerro, Ediciones Siruela, Madrid 1999. Incluye catorce sermones, los tratados *Del hombre noble y Del desasimiento*, y unos cortos poemas y dichos atribuidos al Maestro Eckhart.

* Se trata de la primera parte de la edición crítica de las obras en alemán y en latín del Maestro Eckhart, Meister Eckhart, *Die deutschen und lateinischen Werke*, ed. Por encargo de la Deutsche Forschungsgemeinschaft, Suttgart/Berlin, 1936.

¿Conoces nuestro catálogo de **libros con letra grande**?

Están editados con una letra superior a la habitual para que todos podamos **leer sin forzar ni cansar la vista**.



Consulta **AQUI** todo el catálogo completo.

Puedes escribirnos a pedidos@edicionesletragrande.com